

L. Frank Baum

Dorothy y el
Mago en Oz



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DOROTHY Y EL MAGO EN OZ

L. FRANK BAUM

PUBLICADO: 1908
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

CAPÍTULO 1: EL TERREMOTO

El tren de San Francisco llegaba muy tarde. Debía haber llegado al apeadero de Hugson a medianoche, pero ya eran las cinco de la mañana y el alba grisácea despuntaba por el este cuando el pequeño tren se fue acercando lentamente a la marquesina que hacía las veces de estación. Al detenerse, el revisor gritó con voz potente:

— ¡Apeadero de Hugson!

Al punto, una niña se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta del vagón, llevando en una mano una maletita de mimbre y en la otra una jaula redonda tapada con periódicos, mientras que bajo el brazo llevaba encajada una sombrilla. El revisor la ayudó a bajar del vagón y entonces el maquinista reanudó la marcha, de modo que el tren resopló y gruñó y se alejó despacio por la vía. Si llegaba tan tarde era porque durante toda la noche la tierra sólida había temblado y retumbado bajo las ruedas, y el maquinista temía que en cualquier momento los raíles pudieran abrirse y ocurriera un accidente con sus pasajeros. Por eso hacía avanzar los vagones despacio y con cautela.

La niña se quedó quieta viendo alejarse el tren hasta que desapareció tras una curva; luego se volvió para ver dónde estaba.

La marquesina del apeadero de Hugson estaba desnuda salvo por un viejo banco de madera y no resultaba nada acogedora. Mientras escrutaba la tenue luz gris, ninguna casa de ningún tipo era visible cerca de la estación, ni había persona alguna a la vista; pero al cabo de un rato la niña descubrió un caballo y un buggy junto a un grupo de árboles no muy lejos. Se acercó y encontró el caballo atado a un árbol con la cabeza gacha, casi hasta el suelo. Era un caballo grande, alto y huesudo, con las patas largas y las rodillas

y los cascos enormes. Le contaba las costillas fácilmente a través de la piel, y su cabeza era larga y parecía demasiado grande para él, como si no le encajara. El rabo era corto y ralo, y los arneses estaban rotos en muchos sitios y remendados con cuerdas y trozos de alambre. El buggy, en cambio, parecía casi nuevo, pues tenía la capota reluciente y las cortinillas laterales en buen estado. Rodeándolo por delante para poder ver el interior, la niña vio a un muchacho acurrucado en el asiento, profundamente dormido.

Dejó la jaula en el suelo y le dio un toque al chico con la sombrilla. Este se despertó enseguida, se incorporó y se restregó los ojos con brío.

— ¡Hola! — dijo al verla — . ¿Eres Dorothy Gale?

— Sí — respondió ella, mirando con seriedad su pelo revuelto y sus ojos grises parpadeantes — . ¿Has venido a llevarme al rancho de los Hugson?

— Claro — contestó él — . ¿Ha llegado el tren?

— Si no hubiera llegado, no estaría aquí — dijo ella.

Él se echó a reír, y su risa era franca y alegre. Saltó del buggy, metió la maleta de Dorothy debajo del asiento y la jaula en el suelo delante.

— ¿Canarios? — preguntó.

— Oh, no; es Eureka, mi gatita. Pensé que así era la mejor manera de traerla.

El chico asintió.

— Eureka es un nombre raro para una gata — comentó.

— La llamé así porque la encontré — explicó ella — . El tío Henry dice que «eureka» significa «ya lo encontré».

— Bien; sube.

Ella subió al buggy y él la siguió. Entonces el muchacho tomó las riendas, las agitó y dijo:

— ¡Arre!

El caballo no se movió. A Dorothy le pareció que movía apenas una de las orejas caídas, pero nada más.

— ¡Arre! — repitió el chico.

El caballo siguió quieto.

—Quizá —dijo Dorothy— si lo desataras, se pondría en marcha.

El chico soltó una risotada alegre y bajó de un salto.

—Creo que estoy medio dormido todavía —dijo desatando al caballo—. Pero Jim sabe lo que hace, ¿verdad, Jim? —añadió dándole una palmadita en el hocico.

Luego volvió a subir al buggy, tomó las riendas y el caballo se alejó al momento del árbol, giró lentamente y empezó a trotar por el camino arenoso que apenas se distinguía en la tenue claridad.

—Pensé que el tren no iba a llegar nunca —comentó el chico—. Llevo esperando en esa estación cinco horas.

—Hubo muchos terremotos —dijo Dorothy—. ¿No notaste que temblaba el suelo?

—Sí, pero en California estamos acostumbrados a esas cosas —respondió él—. No nos asustan mucho.

—El revisor dijo que era el peor terremoto que había vivido en su vida.

—¿En serio? Entonces debió de ocurrir mientras dormía —dijo él, pensativo.

—¿Cómo está el tío Henry? —preguntó ella, tras una pausa durante la cual el caballo siguió trotando con largas zancadas regulares.

—Bastante bien. Él y el tío Hugson están pasando una visita estupenda.

—¿El señor Hugson es tu tío? —preguntó ella.

—Sí. El tío Bill Hugson se casó con la hermana de la esposa de tu tío Henry; así que debemos de ser primos segundos —dijo el muchacho con tono divertido—. Trabajo para el tío Bill en su rancho, y me paga seis dólares al mes más la manutención.

—¿No es mucho? —preguntó ella con duda.

—Bueno, es mucho para el tío Hugson, pero no para mí. Soy un trabajador excelente. Trabajo tan bien como duermo —añadió con una carcajada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dorothy, que pensaba que le caía bien el trato del chico y el tono animado de su voz.

—No es muy bonito —respondió él, como un poco avergonzado—. Mi nombre completo es Zebediah, pero la gente me llama Zeb. ¿Has estado en Australia?

—Sí, con el tío Henry —contestó ella—. Llegamos a San Francisco hace una semana, y el tío Henry se fue directo al rancho de los Hugson de visita mientras yo me quedaba unos días en la ciudad con unos amigos que habíamos conocido.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte con nosotros? —preguntó él.

—Solo un día. Mañana el tío Henry y yo tenemos que volver a Kansas. Llevamos fuera mucho tiempo, ¿sabes?, y tenemos muchas ganas de volver a casa.

El muchacho chasqueó el látigo sobre el grande y huesudo caballo y se quedó pensativo. Entonces intentó decir algo a su pequeña compañera, pero antes de que pudiera hablar el buggy empezó a balancearse peligrosamente de un lado a otro y la tierra pareció levantarse ante ellos. Un momento después se oyó un estruendo y un crujido agudo, y a su lado Dorothy vio el suelo abrirse en una grieta enorme que luego volvió a cerrarse.

—¡Dios mío! —exclamó aferrándose al pasamanos de hierro del asiento—. ¿Qué ha sido eso?

—Un temblor enorme —respondió Zeb con el rostro pálido—. Por poco nos pilla esa vez, Dorothy.

El caballo se había parado en seco y se mantenía firme como una roca. Zeb agitó las riendas y lo instó a avanzar, pero Jim estaba terco. Entonces el muchacho hizo restallar el látigo y le tocó los flancos con él, y tras un quejido de protesta Jim comenzó a caminar despacio por el camino.

Ni el chico ni la niña volvieron a hablar durante varios minutos. En el mismo aire se percibía un aliento de peligro, y cada pocos instantes la tierra se sacudía con violencia. Las orejas de Jim estaban tiesas sobre su cabeza y cada músculo de su gran cuerpo estaba en tensión mientras trotaba hacia casa. No iba muy deprisa, pero en sus flancos empezaron a aparecer copos de espuma y a ratos temblaba como una hoja.

El cielo se había oscurecido de nuevo y el viento hacía unos extraños sonidos como de sollozo al barrer el valle.

De repente se oyó un ruido de desgarró y quebranto, y la tierra se partió en otra gran grieta justo debajo de donde estaba el caballo. Con un relincho salvaje de terror el animal cayó de lleno al foso, arrastrando al buggy y a sus ocupantes tras él.

Dorothy se agarró con fuerza a la capota del buggy y el muchacho hizo lo mismo. El brusco precipitarse al vacío los dejó tan aturdidos que no podían ni pensar.

La oscuridad los envolvió por todos lados, y en un silencio sin aliento esperaron a que la caída terminara y los aplastara contra rocas dentadas, o a que la tierra se cerrara sobre ellos y los enterrara para siempre en sus terribles profundidades.

La horrible sensación de caer, la oscuridad y los ruidos aterradores resultaron más de lo que Dorothy podía soportar, y por unos instantes la niña perdió el conocimiento. Zeb, al ser un chico, no se desmayó, pero estaba muy asustado y se aferraba al asiento del buggy con tal fuerza que tenía los nudillos blancos, convencido de que cada segundo podía ser el último.

CAPÍTULO 2: LA CIUDAD DE CRISTAL

Cuando Dorothy recobró el sentido seguían cayendo, pero no tan deprisa. La capota del buggy atrapó el aire como un paracaídas o un paraguas abierto al viento y los frenó, de modo que flotaban hacia abajo con un movimiento suave que no era tan desagradable de soportar. Lo peor era el terror de llegar al fondo de aquella enorme grieta en la tierra y el miedo natural a que

la muerte repentina fuera a sorprenderlos en cualquier momento. Estallido tras estallido resonaba muy por encima de sus cabezas cuando la tierra se unía allí donde se había partido, y piedras y terrones de barro les llovían alrededor por todos lados. Estas cosas no podían verlas, pero las sentían golpear la capota del buggy, y Jim gritó casi como un ser humano cuando una piedra lo alcanzó y le dio en el huesudo cuerpo. Las piedras no le hacían realmente daño al pobre caballo, porque todo caía junto; solo que las piedras y los escombros caían más deprisa que el caballo y el buggy, que el empuje del aire frenaba, de modo que el aterrorizado animal estaba en realidad más asustado que herido.

Cuánto duró aquella situación era algo que Dorothy no habría podido decir, tan aturdida estaba. Pero poco a poco, mientras escrutaba el abismo negro ante ella con el corazón desbocado, empezó a distinguir vagamente la silueta del caballo Jim: la cabeza erguida en el aire, las orejas tiesas y las largas patas despatarradas en todas direcciones mientras se precipitaba por el espacio. Además, al volver la cabeza, descubrió que podía ver al chico a su lado, que hasta entonces había permanecido tan quieto y silencioso como ella misma.

Dorothy suspiró y empezó a respirar con más calma. Empezaba a comprender que la muerte no la aguardaba al fin y al cabo, sino que simplemente había emprendido otra aventura que prometía ser tan extraña e insólita como las que había vivido antes.

Con este pensamiento en mente la niña cobró ánimo y asomó la cabeza por el lateral del buggy para ver de dónde venía aquella extraña luz. Muy abajo descubrió seis grandes esferas luminosas suspendidas en el aire. La central, y la más grande, era blanca y le recordó al sol. A su alrededor, formando los cinco puntos de una estrella, estaban dispuestas las otras cinco brillantes esferas: una de color rosa, una violeta, una amarilla, una azul y una naranja. Aquel espléndido grupo de soles de colores lanzaba rayos en todas direcciones, y conforme el caballo y el buggy —con Dorothy y Zeb dentro— seguían descendiendo y se acercaban a las luces, los rayos empezaron a adquirir todos los delicados matices del arco iris, haciéndose más y más nítidos a cada momento hasta que todo el espacio quedó brillantemente iluminado.

Dorothy estaba demasiado aturdida para decir gran cosa, pero observó cómo una de las grandes orejas de Jim se volvía violeta y la otra rosa, y se preguntó por qué su rabo habría de ser amarillo y su cuerpo estar rayado de azul y naranja como las rayas de una cebra. Luego miró a Zeb, cuya cara era azul y cuyo pelo era rosa, y soltó una risita que sonó un poco nerviosa.

—¿A que tiene gracia? —dijo.

El chico estaba sobresaltado y tenía los ojos muy abiertos. Dorothy tenía una franja verde en el centro de la cara, donde la luz azul y la amarilla se mezclaban, y su aspecto parecía añadir aún más susto al del muchacho.

—¡Y-yo no veo... n-nada de gracia! —balbuceó.

En ese momento el buggy se ladeó despacio hacia un lado, y lo mismo le ocurrió al cuerpo del caballo. Pero siguieron cayendo, todos juntos, y el chico y la niña no tuvieron ninguna dificultad en permanecer en el asiento tal como estaban antes. Luego dieron la vuelta boca abajo y continuaron girando despacio hasta quedar de nuevo del derecho. Durante todo ese tiempo Jim se debatía frenéticamente con las cuatro patas pateando el aire; pero al encontrarse en su postura de antes el caballo dijo con tono de alivio:

—¡Bueno, así está mejor!

Dorothy y Zeb se miraron el uno al otro con asombro.

—¿Tu caballo sabe hablar? —preguntó ella.

—Que yo sepa, nunca lo había hecho —respondió el chico.

—Esas son las primeras palabras que pronuncio en mi vida —gritó el caballo, que los había oído—, y no sé explicar por qué me puse a hablar en ese momento. Vaya lío en el que me habéis metido, ¿no?

—En cuanto a eso, nosotros estamos en el mismo lío que tú —respondió Dorothy con alegría—. Pero no importa; en seguida pasará algo.

—Desde luego —gruñó el caballo—, y entonces lamentaremos que haya pasado.

Zeb se estremeció. Todo aquello era tan terrible e irreal que no alcanzaba a entenderlo, y por tanto tenía motivos más que suficientes para estar asustado.

Se fueron acercando rápidamente a los ardientes soles de colores y pasaron muy cerca de ellos. La luz era entonces tan intensa que los cegaba, y se cubrieron la cara con las manos para no quedarse ciegos. Sin embargo, en los soles de colores no había calor alguno, y una vez que hubieron pasado por debajo de ellos la capota del buggy ocultó muchos de los rayos más penetrantes, de modo que el chico y la niña pudieron volver a abrir los ojos.

—Tarde o temprano tenemos que llegar al fondo —comentó Zeb con un hondo suspiro—. No podemos caer eternamente.

—Claro que no —dijo Dorothy—. Estamos en algún punto del interior de la tierra, y lo más probable es que pronto lleguemos al otro lado. Pero es muy grande este hueco, ¿verdad?

—¡Enorme! —respondió el muchacho.

—Ya nos acercamos a algo —anunció el caballo.

A eso asomaron los dos la cabeza por el lateral del buggy y miraron hacia abajo. En efecto, había tierra bajo ellos; y no tan lejos, además. Pero flotaban muy, muy despacio —tan despacio que ya no podía llamarse caída— y los niños tuvieron tiempo de sobra para serenarse y mirar a su alrededor.

Vieron un paisaje con montañas y llanuras, lagos y ríos, muy parecido al de la superficie terrestre; pero toda la escena resplandecía espléndidamente con los matices cambiantes de luz que irradiaban los seis soles. Aquí y allá había grupos de casas que parecían de cristal transparente, porque brillaban con vivísimos destellos.

—Estoy segura de que no corremos ningún peligro —dijo Dorothy en tono sereno—. Caemos tan despacio que no podemos hacernos daño al aterrizar, y el país al que nos acercamos parece bastante bonito.

—¡Pero nunca volveremos a casa! —exclamó Zeb con un gemido.

—Oh, de eso no estoy tan segura —respondió la niña—. Pero no nos preocupemos por esas cosas ahora, Zeb; no podemos hacer nada de momento, ¿sabes?, y siempre me han dicho que es una tontería angustiarse antes de tiempo.

El chico calló, sin respuesta a un razonamiento tan sensato, y pronto ambos estuvieron completamente absortos contemplando los extraños paisajes que se extendían bajo ellos. Parecían estar cayendo justo en medio de una

gran ciudad con muchos edificios altos de cúpulas de cristal y agujas muy puntiagudas. Aquellas agujas eran como enormes puntas de lanza, y si caían sobre alguna de ellas era muy probable que sufrieran heridas graves.

Jim también había visto aquellas agujas, y las orejas se le pusieron tiesas de miedo, mientras Dorothy y Zeb contenían la respiración en suspenso. Pero no; flotaron suavemente hacia abajo hasta un tejado ancho y plano, donde por fin se detuvieron.

Cuando Jim notó algo sólido bajo los pies, las patas del pobre animal temblaron tanto que apenas podía sostenerse; pero Zeb saltó de inmediato del buggy al tejado, y lo hizo con tanta torpeza y precipitación que volcó la jaula de Dorothy, que rodó por el tejado hasta que se abrió la tapa. En ese momento un gatito rosa salió de la jaula volcada, se sentó en el tejado de cristal y bostezó y parpadeó con sus ojos redondos.

—Oh —dijo Dorothy—. Es Eureka.

—Primera vez que veo una gata rosa —dijo Zeb.

—Eureka no es rosa; es blanca. Es esta luz tan rara la que le da ese color.

—¿Dónde está mi leche? —preguntó el gatito mirando a Dorothy a la cara—. Me muero de hambre.

—¡Oh, Eureka! ¿Sabes hablar?

—¿Hablar? ¿Estoy hablando? Vaya, parece que sí. ¿No es extraordinario? —preguntó el gatito.

—Está todo mal —dijo Zeb con gravedad—. Los animales no deben hablar. Pero hasta el viejo Jim ha estado diciendo cosas desde que tuvimos el accidente.

—No veo que esté mal —observó Jim en su tono brusco—. Al menos, no está tan mal como algunas otras cosas. ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

—No lo sé —respondió el muchacho, mirando a su alrededor con curiosidad.

Las casas de la ciudad eran todas de cristal, tan claro y transparente que se podía mirar a través de las paredes con la misma facilidad que por una ventana. Dorothy vio, bajo el tejado donde estaba, varias habitaciones que

servían de dormitorios, e incluso le pareció distinguir un buen número de formas extrañas acurrucadas en los rincones de aquellas habitaciones.

El tejado contiguo tenía un gran agujero hundido en el centro, y trozos de cristal yacían esparcidos en todas direcciones. Una torre cercana había sido tronchada por la mitad y los fragmentos se amontonaban junto a ella. Otros edificios estaban agrietados en algunos puntos o tenían las esquinas desportilladas; pero debían de haber sido muy hermosos antes de que aquellos accidentes vinieron a estropear su perfección. Los matices del arco iris que desprendían los soles de colores caían suavemente sobre la ciudad de cristal y daban a los edificios múltiples y delicados tonos cambiantes que eran muy bonitos de contemplar.

Pero desde que llegaron los forasteros ningún ruido había roto el silencio, salvo el de sus propias voces. Empezaron a preguntarse si no había gente alguna que habitara aquella magnífica ciudad del mundo interior.

De pronto un hombre apareció por un agujero del tejado contiguo y quedó a plena vista. No era un hombre muy alto, pero era de buena planta y tenía una cara hermosa, serena y apacible como el rostro de un buen retrato. Su ropa le ceñía el cuerpo y era de brillantes tonos verdes que variaban al tocarlos los rayos de sol, aunque no estaban del todo dominados por la luz solar.

El hombre había dado uno o dos pasos por el tejado de cristal antes de reparar en los forasteros; pero entonces se detuvo en seco. En su rostro tranquilo no había expresión de miedo ni de sorpresa, aunque debía de estar asombrado y asustado; pues en cuanto sus ojos se posaron por un momento en la desgarrada figura del caballo se dirigió rápidamente hasta el borde más alejado del tejado, con la cabeza girada sobre el hombro para seguir mirando al extraño animal.

—¡Cuidado! —gritó Dorothy, que se había dado cuenta de que el apuesto hombre no miraba por dónde iba—. ¡Tenga cuidado, que se va a caer!

Pero él no prestó atención a su advertencia. Llegó al borde del alto tejado, sacó un pie al aire y se adentró en el espacio con la misma calma que si caminara por tierra firme.

La niña, muy sorprendida, corrió a asomarse al borde del tejado y vio al hombre caminar rápidamente por el aire hacia el suelo. Pronto llegó a la

calle y desapareció por una puerta de cristal en uno de los edificios de cristal.

—¡Qué raro! —exclamó ella, tomando aliento.

—Sí, pero es muy divertido, aunque sea raro —observó la vocecilla del gatito, y Dorothy se volvió y encontró a su mascota paseando por el aire a medio metro del borde del tejado.

—¡Vuelve, Eureka! —la llamó con angustia—. Seguro que te matas.

—Tengo siete vidas —dijo el gatito, ronroneando suavemente mientras daba un círculo en el aire y volvía al tejado—; pero en este país no puedo perder ni una sola de ellas cayendo, porque en realidad soy incapaz de caer aunque quisiera.

—¿Es que el aire soporta tu peso? —preguntó la niña.

—Pues claro; ¿no lo estás viendo? —y de nuevo el gatito se alejó por el aire y regresó al borde del tejado.

—¡Es increíble! —dijo Dorothy.

—¿Y si dejamos que Eureka baje a la calle y busque a alguien que nos ayude? —sugirió Zeb, que había quedado aún más asombrado que Dorothy por aquellas extrañas ocurrencias.

—Quizá podamos caminar por el aire nosotros mismos —respondió la niña.

Zeb retrocedió con un escalofrío.

—Yo no me atrevería a intentarlo —dijo.

—A lo mejor Jim se animaría —continuó Dorothy mirando al caballo.

—¡Y a lo mejor no! —respondió Jim—. Ya he estado dando tumbos por el aire el tiempo suficiente para estar muy contento sobre este tejado.

—Pero no es que hayamos caído de golpe sobre el tejado —dijo la niña—; para cuando llegamos aquí flotábamos muy despacio, y estoy casi segura de que podríamos bajar flotando a la calle sin hacernos daño. Eureka camina por el aire sin ningún problema.

—Eureka pesa solo unos cuatrocientos gramos —respondió el caballo con tono despectivo—, mientras que yo peso unos cuatrocientos cincuenta

kilos.

—La verdad es que no pesas lo que deberías pesar, Jim —observó la niña, moviendo la cabeza mientras miraba al animal—. Estás terriblemente flaco.

—Oh, bueno; soy viejo —dijo el caballo, cabizbajo con abatimiento—, y he tenido muchos problemas en mis tiempos, pequeña. Durante muchos años tiré de un coche de punto en Chicago, y eso es suficiente para dejar a cualquiera en los huesos.

—Desde luego come suficiente para estar gordo —dijo el chico con gravedad.

—¿Ah, sí? ¿Recuerdas algún desayuno que haya tomado hoy? —gruñó Jim, como si le molestara lo que había dicho Zeb.

—Ninguno de nosotros ha desayunado —dijo el chico—; y en un momento de peligro como este es una tontería hablar de comer.

—Nada hay más peligroso que quedarse sin comida —declaró el caballo con un resoplido ante la reprimenda de su joven amo—; y de momento nadie puede saber si hay avena en este extraño país o no. ¡Si la hay, podría ser avena de cristal!

—¡Oh, que no! —exclamó Dorothy—. Puedo ver un montón de bonitos jardines y campos ahí abajo, en el borde de esta ciudad. Pero ojalá encontráramos la manera de bajar al suelo.

—¿Por qué no bajáis andando? —preguntó Eureka—. Yo también tengo tanta hambre como el caballo y quiero mi leche.

—¿Lo intentas tú, Zeb? —preguntó la niña volviéndose hacia su compañero.

Zeb dudó. Estaba todavía pálido y asustado, pues aquella espantosa aventura lo había trastornado y lo tenía nervioso y preocupado. Pero no quería que la niña lo tomara por un cobarde, así que avanzó despacio hasta el borde del tejado.

Dorothy le tendió la mano y Zeb asomó un pie y lo apoyó en el aire un poco más allá del borde del tejado. Parecía lo bastante firme para caminar sobre él, así que cobró valor y sacó el otro pie. Dorothy le mantenía la mano

y lo siguió, y pronto los dos caminaban por el aire con el gatito brincando a su lado.

— ¡Ven, Jim! — llamó el muchacho—. No pasa nada.

Jim se había arrastrado hasta el borde del tejado para mirar, y como era un caballo sensato y con bastante experiencia, se convenció de que podía ir adonde fueran los demás. Así que, con un resoplido y un relincho y un golpe de su corto rabo, se lanzó desde el tejado al aire y enseguida empezó a flotar hacia la calle. Su gran peso lo hacía caer más deprisa que los niños al caminar, y se les adelantó en el descenso; pero cuando llegó al pavimento de cristal aterrizó con tanta suavidad que ni se sacudió.

— ¡Bueno, bueno! — dijo Dorothy tomando aliento—. ¡Qué país tan raro es este!

La gente empezó a salir por las puertas de cristal para ver a los recién llegados, y en seguida se reunió un buen grupo. Había hombres y mujeres, pero ningún niño, y la gente era toda de formas esbeltas, vestimenta elegante y rostros de extraordinaria belleza. No había una persona fea en toda aquella muchedumbre, aunque Dorothy no se sintió especialmente atraída por el aspecto de aquella gente porque sus rasgos no tenían más expresión que las caras de las muñecas. No sonreían ni fruncían el ceño, ni daban muestras de miedo, ni de sorpresa, ni de curiosidad, ni de amabilidad. Se limitaban a mirar fijamente a los forasteros, prestando mayor atención a Jim y Eureka, pues nunca habían visto ni un caballo ni un gato, mientras que los niños guardaban una semejanza exterior con ellos mismos.

Al poco rato se unió al grupo un hombre que llevaba una reluciente estrella sobre la frente en el oscuro cabello. Parecía ser una persona de autoridad, pues los demás se apartaron para hacerle sitio. Tras posar sus ojos tranquilos primero sobre los animales y luego sobre los niños, dijo a Zeb, que era un poco más alto que Dorothy:

— Dime, intruso, ¿fuiste tú quien provocó la Lluvia de Piedras?

Por un momento el muchacho no supo a qué se refería con aquella pregunta. Luego, recordando las piedras que habían caído junto a ellos y los habían adelantado mucho antes de que llegaran a aquel lugar, respondió:

— No, señor; nosotros no provocamos nada. Fue el terremoto.

El hombre de la estrella estuvo un rato callado, reflexionando sobre aquellas palabras. Luego preguntó:

—¿Qué es un terremoto?

—No lo sé —dijo Zeb, que seguía desconcertado. Pero Dorothy, viendo su apuro, respondió:

—Es un temblor de la tierra. En este terremoto se abrió una grieta enorme y caímos a través de ella: el caballo, el buggy y nosotros, y las piedras se soltaron y cayeron con nosotros.

El hombre de la estrella la miró con sus ojos tranquilos e inexpresivos.

—La Lluvia de Piedras ha causado grandes daños en nuestra ciudad —dijo—, y os haremos responsables de ello a menos que podáis demostrar vuestra inocencia.

—¿Cómo podemos hacer eso? —preguntó la niña.

—No estoy en condiciones de decirlo. Es asunto vuestro, no mío. Tendréis que ir a la Casa del Hechicero, que pronto descubrirá la verdad.

—¿Dónde está la Casa del Hechicero? —preguntó la niña.

—Os llevaré. ¡Seguidme!

Se volvió y echó a caminar calle abajo, y tras un momento de duda Dorothy cogió a Eureka en brazos y subió al buggy. El muchacho se sentó a su lado y dijo:

—¡Arre, Jim!

Mientras el caballo avanzaba al paso tirando del buggy, la gente de la ciudad de cristal les fue abriendo paso y fue formando una procesión a sus espaldas. Avanzaron despacio por una calle y luego por otra, girando primero por aquí y luego por allá, hasta llegar a una plaza abierta en cuyo centro se alzaba un gran palacio de cristal con una cúpula central y cuatro esbeltas torres en cada esquina.

CAPÍTULO 3: LA LLEGADA DEL MAGO

La entrada del palacio de cristal era lo bastante grande para que entraran el caballo y el buggy, así que Zeb entró directamente con ellos y los niños se encontraron en un majestuoso vestíbulo de gran belleza. La gente entró de inmediato tras ellos y formó un círculo a lo largo de las paredes de la espaciosa sala, dejando el centro del vestíbulo para el caballo, el buggy y el hombre de la estrella.

— ¡Ven a nosotros, oh Gwig! — llamó el hombre con voz potente.

Al instante apareció una nube de humo que se extendió por el suelo; luego se fue desplegando y subiendo hacia la cúpula, dejando al descubierto a un extraño personaje sentado en un trono de cristal justo ante el hocico de Jim. Tenía la misma constitución que los demás habitantes de aquel lugar y su ropa solo se diferenciaba de la de ellos en ser de un vivo color amarillo. Pero no tenía cabello alguno, y por toda la cabeza calva y la cara y el dorso de las manos le crecían espinas afiladas como las de las ramas de los rosales. Hasta en la punta de la nariz tenía una espina, y su aspecto era tan cómico que Dorothy se echó a reír al verlo.

El Hechicero, al oír la risa, miró a la niña con ojos fríos y crueles, y aquella mirada le borró la sonrisa al instante.

— ¿Cómo os habéis atrevido a introducir vuestra indeseable presencia en el recóndito País de los Mangaboos? — preguntó con severidad.

— Porque no pudimos evitarlo — dijo Dorothy.

— ¿Por qué lanzasteis con maldad y alevosía la Lluvia de Piedras para agrietar y romper nuestras casas? — continuó.

— No lo hicimos — declaró la niña.

— ¡Demostradlo! — gritó el Hechicero.

—No tenemos que demostrar nada —respondió Dorothy con indignación—. Si tuvieras algo de sentido común sabrías que fue el terremoto.

—Solo sabemos que ayer nos cayó encima una Lluvia de Piedras que causó grandes daños e hirió a algunos de los nuestros. Hoy ha caído otra Lluvia de Piedras, y poco después aparecisteis vosotros entre nosotros.

—Por cierto —dijo el hombre de la estrella, mirando fijamente al Hechicero—, ayer nos dijisteis que no habría una segunda Lluvia de Piedras. Sin embargo, acaba de producirse una que fue incluso peor que la primera. ¿Para qué sirve vuestra hechicería si no puede decirnos la verdad?

—¡Mi hechicería dice la verdad! —declaró el hombre cubierto de espinas—. Dije que habría solo una Lluvia de Piedras. Esta segunda ha sido una Lluvia de Personas-y-Caballo-y-Buggy. Y con ellos vinieron algunas piedras.

—¿Habrá más lluvias? —preguntó el hombre de la estrella.

—No, mi Príncipe.

—¿Ni de piedras ni de personas?

—No, mi Príncipe.

—¿Estáis seguro?

—Completamente seguro, mi Príncipe. Mi hechicería me lo dice.

En ese momento entró corriendo en el vestíbulo un hombre que se dirigió al Príncipe tras hacerle una profunda reverencia.

—Más maravillas en el aire, mi señor —dijo.

Inmediatamente el Príncipe y toda su gente salieron en tropel del vestíbulo a la calle para ver qué iba a ocurrir. Dorothy y Zeb saltaron del buggy y corrieron tras ellos, pero el Hechicero permaneció impassible en su trono.

Muy arriba en el aire había un objeto que parecía un globo aerostático. No estaba tan alto como la reluciente estrella de los seis soles de colores, pero descendía lentamente por el aire; tan lentamente que al principio apenas parecía moverse.

La multitud se quedó quieta y esperó. Era todo lo que podía hacer, pues alejarse y dejar de ver aquel espectáculo extraordinario era imposible; ni

tampoco había manera de apresurar su descenso. Los niños de la superficie no llamaban la atención, pues su tamaño se parecía bastante al de los Mangaboos, y el caballo había quedado en la Casa del Hechicero con Eureka dormida hecha un ovillo en el asiento del buggy.

Poco a poco el globo fue haciéndose más grande, señal de que iba posándose sobre el País de los Mangaboos. Dorothy se sorprendió al ver lo pacientes que eran aquellas gentes, pues su propio corazón latía aceleradamente de emoción. Un globo significaba para ella otra llegada desde la superficie de la tierra, y esperaba que fuera alguien capaz de ayudarla a ella y a Zeb a salir de sus dificultades.

Al cabo de una hora el globo se había acercado lo bastante para que distinguiera una barquilla colgando de él; al cabo de dos horas pudo ver una cabeza asomada por encima del borde de la barquilla; al cabo de tres horas el gran globo se posó lentamente en la gran plaza donde estaban y se detuvo sobre el pavimento de cristal.

Entonces un hombrecillo saltó de la barquilla, se quitó el sombrero de copa y saludó con una reverencia muy elegante a la multitud de Mangaboos que lo rodeaba. Era un hombrecillo de cierta edad, con la cabeza larga y completamente calva.

—Pero —exclamó Dorothy con asombro—, ¿si es el Mago!

El hombrecillo la miró y pareció tan sorprendido como ella. Pero sonrió e hizo una reverencia al responder:

—Sí, querida; soy Oz, el Grande y Terrible. ¿Eh? Y tú eres la pequeña Dorothy, de Kansas. Te recuerdo muy bien.

—¿Quién has dicho que era? —le susurró Zeb a la niña.

—Es el maravilloso Mago de Oz. ¿No has oído hablar de él?

En ese momento el hombre de la estrella se acercó y se plantó ante el Mago.

—Señor —dijo—, ¿qué hacéis aquí, en el País de los Mangaboos?

—No sabía cómo se llamaba este país, hijo mío —respondió el otro con una sonrisa amable—, y para ser sincero, no tenía intención de visitaros cuando partí. Vivo encima de la tierra, que es mucho mejor que vivir dentro

de ella; pero ayer subí en globo y al bajar caí en una gran grieta de la tierra que abrió un terremoto. Había dejado salir tanto gas de mi globo que no podía remontar el vuelo, y en pocos minutos la tierra se cerró sobre mi cabeza. Así que seguí bajando hasta llegar aquí, y si me mostráis el camino para salir me iré con mucho gusto. Os pido disculpas por las molestias; pero no podía hacer otra cosa.

El Príncipe había escuchado con atención. Dijo:

—Esta niña, que viene de la corteza de la tierra como vos, os ha llamado Mago. ¿No es un Mago algo parecido a un Hechicero?

—Es mejor —respondió Oz sin dudar— . Un Mago vale por tres Hechiceros.

—Ah, eso tendréis que demostrarlo —dijo el Príncipe—. Nosotros, los Mangaboos, contamos en este momento con uno de los Hechiceros más maravillosos que jamás se han cogido de un arbusto; pero a veces se equivoca. ¿Os equivocáis vosotros alguna vez?

—¡Nunca! —declaró el Mago con aplomo.

—¡Oh, Mago! —dijo Dorothy— , te equivocaste muchísimas veces cuando estabas en el maravilloso País de Oz.

—¡Tonterías! —dijo el hombrecillo poniéndose colorado, aunque en ese momento un rayo de luz violeta le bañaba la redonda cara.

—Venid conmigo —dijo el Príncipe—. Quiero presentaros a nuestro Hechicero.

El Mago no estaba muy contento con aquella invitación, pero no podía negarse a aceptarla. Así que siguió al Príncipe hasta el gran vestíbulo con cúpula, y Dorothy y Zeb fueron tras ellos, mientras la multitud de gente entraba también en tropel.

Allí estaba el espinoso Hechicero en su silla de estado, y cuando el Mago lo vio se echó a reír soltando pequeñas carcajadas cómicas.

—¡Qué criatura tan absurda! —exclamó.

—Puede tener aspecto absurdo —dijo el Príncipe en su voz tranquila— ; pero es un excelente Hechicero. El único defecto que le encuentro es que se equivoca muy a menudo.

— Yo nunca me equivoco —respondió el Hechicero.

— Hace poco me dijisteis que no habría más Lluvias de Piedras —dijo el Príncipe.

— ¿Y bien?

— He aquí otra persona bajada del cielo para demostrar que os equivocabais.

— A una sola persona no se la puede llamar «personas» —dijo el Hechicero—. Si hubieran bajado dos del cielo podríais decir con razón que me equivoqué; pero mientras no aparezca más que esta, mantendré que tenía razón.

— Muy astuto —dijo el Mago asintiendo con la cabeza como si quedara satisfecho—. Me alegra encontrar charlatanes dentro de la tierra igual que encima de ella. ¿Habéis trabajado alguna vez en un circo, hermano?

— No —dijo el Hechicero.

— Deberíais uniros a uno —declaró el hombrecillo con seriedad—. Yo pertenezco al Gran Espectáculo Consolidado de Bailum & Barney: tres pistas en una sola carpa y una feria de animales al lado. Es un espectáculo formidable, os lo aseguro.

— ¿Qué hacéis vos? —preguntó el Hechicero.

— Generalmente subo en globo para atraer al público al circo. Pero acabo de tener la mala suerte de salir por el cielo, saltarme la tierra sólida y aterrizar más abajo de lo que pretendía. Pero no importa. No todo el mundo tiene la oportunidad de ver vuestro País de los Gabazoos.

— Mangaboos —dijo el Hechicero corrigiéndole—. Si sois un Mago deberíais ser capaz de llamar a la gente por su nombre correcto.

— Oh, soy un Mago; podéis estar seguros. Tan buen Mago como vos sois Hechicero.

— Eso está por ver —dijo el otro.

— Si sois capaz de demostrar que sois mejor —dijo el Príncipe al hombrecillo—, os nombraré Mago Supremo de este dominio. En caso contrario...

—¿Qué ocurrirá en caso contrario? —preguntó el Mago.

—Os impediré seguir viviendo y os prohibiré ser plantado —respondió el Príncipe.

—No suena especialmente agradable —dijo el hombrecillo mirando inquieto al de la estrella—. Pero no importa. Le ganaré al Viejo Pinchoso sin ningún problema.

—Mi nombre es Gwig —dijo el Hechicero, volviendo sus ojos despiadados y crueles sobre su rival—. Veamos si sois capaz de igualar la hechicería que voy a hacer.

Agitó una mano llena de espinas y al instante se oyó el tañido de campanas que tocaban una dulce melodía. Sin embargo, por mucho que mirara, Dorothy no fue capaz de descubrir campana alguna en el gran vestíbulo de cristal.

Los Mangaboos escucharon, pero sin mostrar gran interés. Era una de las cosas que Gwig hacía habitualmente para demostrar que era hechicero.

Ahora le tocaba el turno al Mago, que sonrió a los presentes y preguntó:

—¿Alguien sería tan amable de prestarme un sombrero?

Nadie lo hizo, porque los Mangaboos no llevaban sombreros, y Zeb había perdido el suyo en algún momento durante la caída.

—Ejem —dijo el Mago—, ¿alguien tendría la bondad de prestarme un pañuelo?

Pero tampoco tenían pañuelos.

—Muy bien —observó el Mago—. Usaré mi propio sombrero, si no tenéis inconveniente. Ahora, buena gente, observadme con atención. Como veis, no tengo nada en las mangas y no llevo nada oculto. Asimismo, mi sombrero está completamente vacío. —Se quitó el sombrero y lo sostuvo boca abajo, agitándolo con brío.

—Dejadme verlo —dijo el Hechicero.

Lo tomó y lo examinó con cuidado, devolviéndoselo luego al Mago.

—Ahora —dijo el hombrecillo— voy a crear algo de la nada.

Colocó el sombrero en el suelo de cristal, hizo un pase con la mano y luego lo levantó, dejando al descubierto un cochinito blanco no más grande que un ratón, que empezó a corretear de aquí para allá gruñendo y chillando con una vocecilla aguda.

La gente lo observaba con atención, pues nunca había visto un cerdo, ni grande ni pequeño. El Mago extendió la mano, cogió a la diminuta criatura y, sujetándole la cabeza entre el pulgar y el índice de una mano y el rabo entre el pulgar y el índice de la otra, tiró de los dos extremos, y cada una de las dos mitades se convirtió al instante en un cochinito entero e independiente.

Dejó uno en el suelo para que correteara y separó el otro en dos, con lo que eran ya tres cochinitos; luego uno de estos fue separado también y se convirtieron en cuatro. El Mago continuó con aquella sorprendente actuación hasta que nueve diminutos cochinitos correteaban a sus pies, chillando y gruñendo de la manera más cómica.

—Y ahora —dijo el Mago de Oz—, habiendo creado algo de la nada, voy a volver ese algo a la nada.

Con eso cogió dos de los cochinitos y los apretó el uno contra el otro, de modo que los dos se convirtieron en uno. Luego cogió otro cochinito y lo introdujo en el primero, donde desapareció. Y así, uno por uno, los nueve diminutos cochinitos fueron comprimiéndose hasta que no quedó más que uno solo. Este lo colocó el Mago bajo su sombrero e hizo sobre él un signo misterioso. Cuando levantó el sombrero el último cochinito había desaparecido por completo.

El hombrecillo hizo una reverencia a la silenciosa multitud que lo había observado, y entonces el Príncipe dijo con su voz fría y tranquila:

—Sois en verdad un Mago admirable, y vuestros poderes superan a los de mi Hechicero.

—Pronto dejará de ser un Mago admirable —observó Gwig.

—¿Por qué? —preguntó el Mago.

—Porque voy a cortaros la respiración —fue la respuesta—. Percibo que estáis construido de manera curiosa, y que si no podéis respirar no podéis seguir vivo.

El hombrecillo puso cara de preocupación.

—¿Cuánto tiempo os llevará cortarme la respiración? —preguntó.

—Unos cinco minutos. Voy a empezar ahora. Observadme con atención.

Comenzó a hacer extraños signos y pases hacia el Mago; pero el hombrecillo no se quedó observándolo mucho tiempo. En cambio, sacó de su bolsillo un estuche de cuero y de él sacó varios cuchillos afilados que fue uniendo unos a otros, uno tras otro, hasta formar una larga espada. Para cuando había acoplarle una empuñadura a esta espada ya le costaba mucho respirar, pues el encantamiento del Hechicero empezaba a surtir efecto.

Así que el Mago no perdió más tiempo, sino que, saltando hacia delante, alzó la espada afilada, la hizo girar una o dos veces sobre su cabeza y luego asestó un golpe poderoso que partió el cuerpo del Hechicero exactamente por la mitad.

Dorothy gritó y esperó encontrarse ante un espectáculo horrible; pero cuando las dos mitades del Hechicero cayeron separadas al suelo vio que dentro no tenía ni huesos ni sangre, y que el corte tenía mucho el aspecto de un nabo o una patata partidos.

—¡Pero si es vegetal! —exclamó el Mago, asombrado.

—Claro —dijo el Príncipe—. Todos somos vegetales en este país. ¿No sois vegetal vos también?

—No —respondió el Mago—. La gente de la superficie de la tierra somos toda de carne. ¿Morirá vuestro Hechicero?

—Sin duda, señor. En realidad ya está muerto y se marchitará muy deprisa. Así que hay que plantarlo de inmediato, para que en su arbusto crezcan otros Hechiceros —continuó el Príncipe.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó el hombrecillo, muy perplejo.

—Si tenéis a bien acompañarme a nuestros jardines públicos —respondió el Príncipe—, os lo explicaré mucho mejor que aquí, los misterios de nuestro Reino Vegetal.

CAPÍTULO 4: EL REINO VEGETAL

Después de que el Mago hubiera limpiado la humedad de su espada y la hubiera desmontado guardando las piezas en su estuche de cuero, el hombre de la estrella ordenó a algunos de los suyos que llevaran las dos mitades del Hechicero a los jardines públicos.

Jim aguzó las orejas al oír que iban a los jardines y quiso unirse al grupo pensando que quizá encontrara algo adecuado para comer; así que Zeb bajó la capota del buggy e invitó al Mago a subir con ellos. El asiento era suficientemente amplio para el hombrecillo y los dos niños, y cuando Jim salió del vestíbulo el gatito saltó sobre su lomo y se sentó allí muy tranquilo.

Así se puso en marcha la procesión por las calles: primero los portadores del Hechicero, luego el Príncipe, después Jim tirando del buggy con los forasteros dentro, y por último la muchedumbre de personas vegetales que no tenían corazón y no podían ni sonreír ni fruncir el ceño.

La ciudad de cristal tenía varias calles agradables, pues había mucha gente viviendo en ella; pero cuando la procesión las hubo atravesado llegó a una amplia llanura cubierta de jardines regados por muchos bonitos arroyuelos que la atravesaban. Había senderos entre aquellos jardines, y sobre algunos de los arroyuelos había ornamentados puentes de cristal.

Dorothy y Zeb bajaron entonces del buggy y caminaron junto al Príncipe para ver y examinar mejor las flores y las plantas.

—¿Quién construyó estos bonitos puentes? —preguntó la niña.

—No los construyó nadie —respondió el hombre de la estrella—.
Crecen.

—Qué raro —dijo ella—. ¿También las casas de cristal de vuestra ciudad crecieron?

—Claro —respondió él—. Pero tardaron muchos años en crecer tan grandes y tan hermosas como son ahora. Por eso nos enojamos tanto cuando

una Lluvia de Piedras viene a romper nuestras torres y a agrietar nuestros tejados.

—¿No podéis repararlos? —preguntó ella.

—No; pero con el tiempo volverán a unirse y tenemos que esperar.

Pasaron primero por muchos bellos jardines de flores que crecían cerca de la ciudad; pero Dorothy difícilmente podría haber dicho de qué clase de flores se trataba, pues los colores cambiaban constantemente bajo la luz variable de los seis soles. Una flor era rosa un segundo, blanca al siguiente, luego azul o amarilla; y lo mismo les ocurría a las plantas, que tenían hojas anchas y crecían pegadas al suelo.

Al pasar sobre un campo de hierba Jim bajó de inmediato la cabeza y empezó a mordisquearla.

—Buen país este —gruñó—, donde un caballo respetable tiene que comer hierba rosa.

—Es violeta —dijo el Mago desde el buggy.

—Ahora es azul —protestó el caballo—. En realidad, estoy comiendo hierba del arco iris.

—¿Qué tal sabe? —preguntó el Mago.

—No está nada mal —dijo Jim—. Si me dan bastante, no me quejaré del color.

Entre tanto la comitiva había llegado a un campo recién arado, y el Príncipe dijo a Dorothy:

—Este es nuestro terreno de siembra.

Algunos Mangaboos se adelantaron con palas de cristal y cavaron un hoyo en el suelo. Luego metieron en él las dos mitades del Hechicero y las taparon. Después otros trajeron agua de un arroyo y regaron la tierra.

—Brotará muy pronto —dijo el Príncipe—, y crecerá hasta hacerse un arbusto grande del que podremos recoger con el tiempo varios Hechiceros bastante buenos.

—¿Toda vuestra gente crece en arbustos? —preguntó el muchacho.

— Naturalmente — fue la respuesta—. ¿Acaso no crece toda la gente en arbustos en el lugar de donde venís, en la superficie de la tierra?

— Que yo sepa, no.

— ¡Qué raro! Pero si queréis venir conmigo a uno de nuestros jardines de gente, os mostraré cómo crecemos en el País de los Mangaboos.

Al parecer aquellas extrañas personas, si bien podían caminar por el aire con toda facilidad, solían moverse por el suelo de la manera ordinaria. No había escaleras en sus casas, porque no las necesitaban, pero en superficie llana generalmente caminaban como hacemos nosotros.

El pequeño grupo de forasteros siguió ahora al Príncipe cruzando algunos puentes de cristal más y por varios senderos hasta llegar a un jardín rodeado por un seto alto. Jim se había negado a dejar el campo de hierba donde estaba comiéndola con ahínco, así que el Mago bajó del buggy y se unió a Zeb y Dorothy, y el gatito los siguió con tranquilidad a sus talones.

Dentro del seto encontraron hilera tras hilera de plantas grandes y hermosas con anchas hojas que se curvaban graciosamente hasta que sus puntas casi rozaban el suelo. En el centro de cada planta crecía un Mangaboo primorosamente vestido, pues la ropa de todos aquellos seres les crecía encima y estaba unida a sus cuerpos.

Los Mangaboos que crecían eran de todos los tamaños, desde el capullo que acababa de convertirse en un bebé diminuto hasta el hombre o la mujer adulto y casi maduro. En algunos de los arbustos podía verse un capullo, una flor, un bebé, una persona a medio crecer y otra madura; pero incluso los que estaban listos para coger permanecían inmóviles y silenciosos, como si carecieran de vida. Aquel espectáculo le explicó a Dorothy por qué no había visto niños entre los Mangaboos, algo que hasta entonces no había conseguido comprender.

— Nuestra gente no adquiere su vida verdadera hasta que abandona los arbustos — dijo el Príncipe —. Observaréis que todos están unidos a las plantas por las plantas de los pies, y cuando están completamente maduros se separan fácilmente de los tallos y al punto adquieren la capacidad de moverse y hablar. Así que mientras crecen no puede decirse que vivan de verdad, y hay que cogerlos antes de que puedan convertirse en buenos ciudadanos.

—¿Cuánto vivís después de que os cogen? —preguntó Dorothy.

—Eso depende del cuidado que tengamos de nosotros mismos —respondió él—. Si nos mantenemos frescos y húmedos y no tenemos accidentes, a menudo vivimos cinco años. Yo llevo más de seis años cogido, pero nuestra familia es conocida por ser especialmente longeva.

—¿Coméis? —preguntó el muchacho.

—¿Comer? No, en absoluto. Por dentro somos completamente sólidos, y no tenemos necesidad de comer, igual que una patata.

—Pero las patatas a veces brotan —dijo Zeb.

—Y a veces nosotros también —respondió el Príncipe—; pero eso se considera una gran desgracia, pues entonces hay que plantarse de inmediato.

—¿Dónde crecisteis vos? —preguntó el Mago.

—Os lo mostraré —fue la respuesta—. Seguidme, por favor.

Los guio hasta otro círculo de seto, más pequeño, dentro del cual crecía un arbusto grande y hermoso.

—Este —dijo— es el Arbusto Real de los Mangaboos. Todos nuestros Príncipes y Gobernantes han crecido en este mismo arbusto desde tiempos inmemoriales.

Se detuvieron ante él con admiración silenciosa. En el tallo central se erguía la figura de una muchacha de formas tan exquisitas y colores tan delicados, y de una expresión tan encantadora en sus delicados rasgos, que Dorothy pensó que no había visto en su vida una criatura tan dulce y adorable. El vestido de la doncella era suave como el satén y caía a su alrededor en amplios pliegues, mientras que delicadas puntillas adornaban el corpiño y las mangas. Su piel era fina y tersa como el marfil pulido, y su porte expresaba a la vez dignidad y gracia.

—¿Quién es esta? —preguntó el Mago con curiosidad.

El Príncipe había estado mirando fijamente a la muchacha del arbusto. Respondió entonces, con un leve tono de incomodidad en su fría voz:

—Es la Gobernante destinada a sucederme, pues es una Princesa Real. Cuando esté completamente madura tendré que cederle la soberanía de los Mangaboos.

—¿No está ya madura? —preguntó Dorothy.

Él vaciló.

—No del todo —dijo por fin—. Faltarán todavía algunos días para que sea necesario cogerla, al menos según mi criterio. Como comprenderéis, no tengo ninguna prisa por renunciar a mi cargo y ser plantado.

—Probablemente no —declaró el Mago asintiendo.

—Esta es una de las cosas más desagradables de nuestra vida vegetal —continuó el Príncipe con un suspiro—: que cuando estamos en la flor de la vida tenemos que ceder el paso a otro y que nos entierren en el suelo para brotar y crecer y engendrar a otras personas.

—Estoy segura de que la Princesa está lista para ser cogida —afirmó Dorothy, mirando con atención a la bella muchacha del arbusto—. Está tan perfecta como puede estarlo.

—No importa —respondió el Príncipe con precipitación—; estará bien unos días más, y es mejor que yo gobierne hasta que haya podido ocuparme de vosotros, forasteros que habéis venido a nuestra tierra sin ser invitados y de los que hay que ocuparse de inmediato.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó Zeb.

—Es algo que aún no he decidido del todo —fue la respuesta—. Creo que me quedaré con este Mago hasta que haya un nuevo Hechicero listo para coger, pues parece bastante hábil y puede sernos de utilidad. Pero al resto de vosotros habrá que destruirlos de algún modo, y no podéis ser plantados, porque no deseo que caballos y gatos y gente de carne crezcan por todo nuestro país.

—No os preocupéis —dijo Dorothy—. Seguro que nosotros no crecemos bajo tierra.

—Pero ¿por qué destruir a mis amigos? —preguntó el pequeño Mago—. ¿Por qué no dejarlos vivir?

—No pertenecen aquí —respondió el Príncipe—. No tienen ningún derecho a estar dentro de la tierra.

—No es que pidiéramos venir aquí; caímos —dijo Dorothy.

—Eso no es una excusa —declaró el Príncipe con frialdad.

Los niños se miraron perplejos y el Mago suspiró. Eureka se lamió la pata en la cara y dijo con su suave voz ronroneante:

—No necesita tomarse la molestia de destruirme, porque si no consigo comer algo pronto me moriré de hambre y le ahorraré el trabajo.

—Si te plantara, podría hacer crecer colas de gato —sugirió el Mago.

—¡Oh, Eureka! quizá te encontremos algo de hierba lechera para comer —dijo el muchacho.

—¡Bah! —protestó el gatito—. ¡No tocaría esas porquerías!

—No necesitas leche, Eureka —observó Dorothy—; ya eres bastante mayor para comer cualquier tipo de alimento.

—Si es que puedo conseguirlo —añadió Eureka.

—Yo también tengo hambre —dijo Zeb—. Pero he visto fresas creciendo en uno de los jardines y melones en otro. Esta gente no come esas cosas, así que quizá al volver nos dejen cogerlos.

—No os preocupéis por vuestra hambre —interrumpió el Príncipe—. Os voy a mandar destruir dentro de unos minutos, así que no tendréis necesidad de arruinar nuestras bonitas enredaderas de melones y nuestros arbustos de fresas. Seguidme, por favor, a encontraros con vuestro destino.

CAPÍTULO 5: DOROTHY COGE A LA PRINCESA

Las palabras del frío y húmedo Príncipe vegetal no eran muy reconfortantes, y al pronunciarlas se volvió y abandonó el recinto. Los niños, tristes y abatidos, estaban a punto de seguirlo cuando el Mago tocó suavemente a Dorothy en el hombro.

—Espera —le susurró.

—¿Para qué? —preguntó la niña.

—¿Y si cogiéramos a la Princesa Real? —dijo el Mago—. Estoy bastante seguro de que está madura, y en cuanto cobre vida será la Gobernante y quizá nos trate mejor de lo que ese despiadado Príncipe pretende.

—¡Muy bien! —exclamó Dorothy con entusiasmo—. Cojámosla mientras tengamos la oportunidad, antes de que vuelva el hombre de la estrella.

Así que se inclinaron juntos sobre el gran arbusto y cada uno cogió una de las manos de la bella Princesa.

—¡Tira! —gritó Dorothy, y al hacerlo la dama real se inclinó hacia ellos y los tallos se troncharon y se separaron de sus pies. No pesaba nada, así que el Mago y Dorothy consiguieron depositarla suavemente en el suelo.

La bella criatura se pasó las manos por los ojos un instante, se colocó un mechón de pelo que se había desordenado y, tras echar una mirada alrededor del jardín, hizo a los presentes una graciosa reverencia y dijo con una voz dulce pero pausada:

—Os lo agradezco mucho.

—¡Saludamos a Vuestra Alteza Real! —exclamó el Mago arrodillándose y besándole la mano.

En ese momento se oyó la voz del Príncipe que los llamaba para que se dieran prisa, y un momento después regresó al recinto seguido de varios de

los suyos.

Al instante la Princesa se volvió para encararse con él, y cuando el Príncipe vio que había sido cogida se detuvo y empezó a temblar.

— Señor — dijo la Dama Real con mucha dignidad —, me habéis agraviado gravemente y me habríais agraviado aún más de no haber sido por estos forasteros que vinieron a rescatarme. Llevaba toda la semana pasada lista para ser cogida, pero como erais egoísta y deseabais continuar vuestro gobierno ilegítimo, me dejasteis en pie sobre el arbusto en silencio.

— No sabía que estuvierais madura — respondió el Príncipe en voz baja.

— ¡Dadme la Estrella de la Realeza! — ordenó ella.

Lentamente él se quitó la reluciente estrella de su propia frente y la colocó en la de la Princesa. Entonces toda la gente se inclinó ante ella, y el Príncipe se dio la vuelta y se alejó solo. Qué fue de él más tarde, nuestros amigos nunca lo supieron.

Los Mangaboos se formaron entonces en procesión y marcharon hacia la ciudad de cristal para acompañar a su nueva gobernante a su palacio y celebrar las ceremonias propias de la ocasión. Pero mientras el pueblo de la procesión caminaba por el suelo, la Princesa caminaba en el aire justo por encima de sus cabezas, para demostrar que era un ser superior y más elevado que sus súbditos.

Ahora parecía que nadie prestaba atención a los forasteros, así que Dorothy y Zeb y el Mago dejaron pasar la comitiva y luego vagaron solos por los jardines vegetales. No se molestaron en cruzar los puentes sobre los arroyuelos, sino que cuando llegaban a uno levantaban el paso y caminaban por el aire hasta el otro lado. Aquello era una experiencia muy interesante para ellos, y Dorothy dijo:

— Me pregunto por qué podemos caminar tan fácilmente por el aire.

— Quizá — respondió el Mago — es porque estamos cerca del centro de la tierra, donde la atracción de la gravedad es muy débil. Aunque he observado que en los países de las hadas ocurren muchas cosas extrañas.

— ¿Es este un país de las hadas? — preguntó el muchacho.

—Claro que sí —respondió Dorothy sin dudar—. Solo un país de las hadas podría tener personas vegetales; y solo en un país de las hadas podrían Eureka y Jim hablar como nosotros.

—Es verdad —dijo Zeb pensativo.

En los jardines vegetales encontraron las fresas y los melones, y otras varias frutas desconocidas pero deliciosas, de las que comieron con ganas. Pero el gatito no paraba de fastidiarlos reclamando leche o carne, y le ponía apodos al Mago porque no era capaz de traerle un cuenco de leche con su magia.

Mientras estaban sentados en la hierba observando a Jim, que seguía comiéndola con ahínco, Eureka dijo:

—¡No creo que seas un Mago!

—No —respondió el hombrecillo—, tienes toda la razón. En el sentido estricto de la palabra no soy un Mago, sino solo un farsante.

—El Mago de Oz siempre ha sido un farsante —coincidió Dorothy—. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Si es así —dijo el muchacho—, ¿cómo pudo hacer aquel truco tan maravilloso con los nueve cochinillos diminutos?

—No lo sé —dijo Dorothy—, pero seguro que era puro teatro.

—Exacto —declaró el Mago asintiendo a ella—. Era necesario engañar a ese horrible Hechicero y al Príncipe, así como a sus estúpidos súbditos; pero no me importa decirlo a vosotros, que sois mis amigos, que el asunto no era más que un truco de prestidigitación.

—¡Pero yo vi los cochinillos con mis propios ojos! —exclamó Zeb.

—Yo también —ronroneó el gatito.

—Naturalmente —respondió el Mago—. Los visteis porque estaban allí. Ahora están en mi bolsillo interior. Pero eso de separarlos y volver a unirlos era solo un juego de manos.

—Enséñanos los cerdos —dijo Eureka con impaciencia.

El hombrecillo buscó cuidadosamente en su bolsillo y sacó los diminutos cochinillos, depositándolos uno a uno sobre la hierba, donde correataron y

mordisquearon los tiernos tallos.

—Ellos también tienen hambre —dijo.

—¡Oh, qué monadas! —exclamó Dorothy cogiendo uno y acariciándolo.

—¡Con cuidado! —dijo el cochinito con un chillido—. ¡Me estás apretando!

—¡Vaya! —murmuró el Mago mirando a sus animales con asombro—. ¡Si pueden hablar de verdad!

—¿Puedo comerme uno? —preguntó el gatito con voz suplicante—. Tengo un hambre terrible.

—¡Pero, Eureka! —dijo Dorothy con reproche—. ¡Qué pregunta tan cruel! Sería espantoso comerse a estos pobres animalitos.

—¡Hay que ver! —gruñó otro de los cochinitos mirando al gatito con inquietud—. ¡Los gatos son criaturas terribles!

—Yo no soy terrible —respondió el gatito bostezando—. Es que tengo hambre.

—No puedes comerte mis cochinitos aunque te estés muriendo de hambre —declaró el hombrecillo con voz severa—. Son lo único que tengo para demostrar que soy mago.

—¿Cómo es que son tan pequeños? —preguntó Dorothy—. Nunca había visto cerdos tan pequeños.

—Son de la Isla de Tintitín —dijo el Mago—, donde todo es pequeño porque es una isla pequeña. Un marinero los trajo a Los Ángeles y yo le di nueve entradas para el circo a cambio de ellos.

—Pero ¿qué voy a comer yo? —se lamentó el gatito sentándose ante Dorothy y mirándola a la cara con expresión suplicante—. Aquí no hay vacas que den leche, ni ratones, ni siquiera saltamontes. Y si no puedo comerme los cochinitos bien podéis plantarme en el acto y hacer crecer salsa de gato.

—Se me ocurre —dijo el Mago— que en estos arroyos habrá peces. ¿Te gustan los peces?

—¿Los peces? —exclamó el gatito—. ¿Si me gustan los peces? ¡Si son mejores que los cochinitos, e incluso que la leche!

—Pues intentaré pescarte alguno —dijo él.

—Pero ¿no serán vegetales, como todo lo que hay aquí? —preguntó el gatito.

—Creo que no. Los peces no son animales, y son tan fríos y húmedos como las verduras. No veo razón para que no puedan existir en las aguas de este extraño país.

Entonces el Mago dobló un alfiler a modo de anzuelo y sacó del bolsillo un largo trozo de hilo que le hizo de sedal. El único cebo que pudo encontrar fue una flor de vivo color rojo; pero sabía que los peces son fáciles de engañar si algo brillante atrae su atención, así que decidió usar la flor. Habiendo arrojado el extremo del hilo al agua de un arroyo cercano, al poco notó un tirón brusco que le indicó que un pez había picado y quedado enganchado en el alfiler doblado; así que el hombrecillo recogió el hilo, y con él llegó el pez, que fue a caer sano y salvo en la orilla, donde empezó a agitarse con gran excitación.

El pez era gordo y redondo, y sus escamas brillaban como piedras preciosas primorosamente talladas y apretadas unas contra otras; pero no había tiempo para examinarlo detenidamente, pues Eureka pegó un salto y lo atrapó entre sus garras, y en pocos momentos había desaparecido por completo.

—¡Oh, Eureka! —exclamó Dorothy—, ¿te has comido las espinas?

—Si tenía espinas, me las he comido —respondió el gatito con compostura mientras se lavaba la cara después de la comida—. Pero no creo que ese pez tuviera espinas, porque no las noté rascarme la garganta.

—Has sido muy glotona —dijo la niña.

—Es que tenía mucha hambre —respondió el gatito.

Los pequeños cochinitos se habían apiñado en grupo observando la escena con ojos asustados.

—¡Los gatos son criaturas horribles! —dijo uno de ellos.

—¡Me alegra no ser un pez! —dijo otro.

—No os preocupéis —murmuró Dorothy en tono tranquilizador—. No dejaré que el gatito os haga nada.

Entonces cayó en la cuenta de que en un rincón de su maleta había una o dos galletas que habían sobrado del almuerzo en el tren, y fue al buggy a buscarlas. Eureka volvió el hocico ante semejante comida, pero los diminutos cochinitos chillaron de alegría al ver las galletas y las engulleron en un santiamén.

—Ahora volvamos a la ciudad —sugirió el Mago—. Es decir, si Jim ya ha tenido bastante hierba rosa.

El caballo de punto, que estaba paciendo cerca, levantó la cabeza con un suspiro.

—He intentado comer lo que he podido mientras tenía la oportunidad —dijo—, porque en este extraño país puede pasar mucho tiempo entre comida y comida. Pero estoy listo para irme cuando queráis.

Así que, después de que el Mago hubiera vuelto a guardar los cochinitos en su bolsillo interior, donde se hicieron un ovillo y se quedaron dormidos, los tres subieron al buggy y Jim emprendió el camino de regreso a la ciudad.

—¿Dónde nos alojaremos? —preguntó la niña.

—Creo que me apoderaré de la Casa del Hechicero —respondió el Mago—; pues el Príncipe dijo en presencia de su gente que me retendría hasta que cogieran otro Hechicero, y la nueva Princesa no tendrá por qué saber que no somos de allí.

Convinieron en este plan, y cuando llegaron a la gran plaza Jim metió el buggy por la enorme puerta del vestíbulo abovedado.

—No parece muy hogareño —dijo Dorothy mirando a su alrededor por la sala desnuda—. Pero de todos modos es un lugar donde quedarse.

—¿Qué son esos agujeros que hay ahí arriba? —preguntó el muchacho señalando unas aberturas que se veían cerca de lo alto de la cúpula.

—Parecen puertas —dijo Dorothy—; solo que no hay escaleras para llegar a ellas.

—Olvidáis que las escaleras son innecesarias —observó el Mago—. Subamos andando a ver adónde llevan esas puertas.

Con eso empezó a caminar por el aire hacia las altas aberturas, y Dorothy y Zeb lo siguieron. Era el mismo tipo de ascenso que se experimenta al subir una cuesta, y estaban casi sin aliento cuando llegaron a la fila de aberturas, que vieron que eran puertas que daban a pasillos en la parte alta del edificio. Siguiendo aquellos pasillos descubrieron muchas habitaciones pequeñas que se abrían a ellos, y algunas estaban amuebladas con bancos, mesas y sillas de cristal. Pero no había camas en absoluto.

—Me pregunto si esta gente nunca duerme —dijo la niña.

—Parece que en este país no hay noche —respondió Zeb—. Esos soles de colores están exactamente en el mismo sitio que cuando llegamos, y si no hay puesta de sol no puede haber noche.

—Es cierto —asintió el Mago—. Pero llevo mucho tiempo sin dormir y estoy cansado. Así que creo que me tumbaré en uno de estos duros bancos de cristal y daré una cabezada.

—Yo también —dijo Dorothy, eligiendo una pequeña habitación al fondo del pasillo.

Zeb volvió a bajar para desuncir a Jim, que, al verse libre, rodó varias veces por el suelo y luego se acomodó para dormir con Eureka acurrucada cómodamente junto a su gran cuerpo huesudo. Entonces el muchacho regresó a una de las habitaciones de arriba y, a pesar de la dureza del banco de cristal, pronto estaba inmerso en el mundo de los sueños.

CAPÍTULO 6: LOS MANGABOOS SE VUELVEN PELIGROSOS

Cuando el Mago se despertó, los seis soles de colores brillaban sobre el País de los Mangaboos exactamente igual que desde su llegada. El hombrecillo, tras haber dormido bien, se sentía descansado y repuesto, y mirando a través del tabique de cristal de la habitación vio a Zeb sentado en su banco bostezando. Así que el Mago fue a reunirse con él.

—Zeb —le dijo—, mi globo ya no me sirve de nada en este extraño país, así que lo mismo da dejarlo en la plaza donde cayó. Pero en la barquilla hay algunas cosas que quisiera conservar. ¿Podrías ir a buscar mi maletín, dos faroles y una lata de petróleo que hay debajo del asiento? No hay nada más que me importe.

Así que el muchacho fue de buena gana a cumplir el encargo, y para cuando volvió Dorothy ya se había despertado. Entonces los tres celebraron un consejo para decidir qué debían hacer a continuación, pero no se les ocurría ninguna manera de mejorar su situación.

—No me gusta esta gente vegetal —dijo la niña—. Son fríos y blandos como coles, a pesar de ser tan guapos.

—Estoy de acuerdo. Es porque no tienen sangre caliente —observó el Mago.

—Y no tienen corazón; así que no pueden querer a nadie, ni siquiera a sí mismos —declaró el muchacho.

—La Princesa es preciosa de ver —continuó Dorothy pensativa—; pero en el fondo no me cae tan bien. Si hubiera algún otro sitio adonde ir, me gustaría ir allí.

—¿Pero hay algún otro sitio? —preguntó el Mago.

—No lo sé —respondió ella.

En ese momento oyeron la potente voz de Jim, el caballo de punto, que los llamaba, y al acudir a la entrada que daba a la cúpula encontraron que la Princesa y una multitud de los suyos habían entrado en la Casa del Hechicero.

Bajaron pues a saludar a la bella dama vegetal, que les dijo:

—He estado hablando con mis consejeros sobre vosotros, la gente de carne, y hemos decidido que no pertenecéis al País de los Mangaboos y que no podéis quedaros aquí.

—¿Cómo podemos marcharnos? —preguntó Dorothy.

—Oh, no podéis marcharos, claro está; así que tendréis que ser destruidos —fue la respuesta.

—¿De qué manera? —preguntó el Mago.

—A vosotros tres os arrojaremos al Jardín de las Enredaderas Trepadoras —dijo la Princesa—, que pronto os aplastarán y devorarán vuestros cuerpos para crecer más. A los animales que habéis traído los conduciremos a las montañas y los meteremos en el Pozo Negro. Así nuestro país quedará libre de todos sus visitantes no deseados.

—Pero necesitáis un Hechicero —dijo el Mago—, y ninguno de los que están creciendo está aún bastante maduro para coger. Soy más grande que cualquier hechicero cubierto de espinas que haya crecido jamás en vuestro jardín. ¿Por qué destruirme?

—Es cierto que necesitamos un Hechicero —reconoció la Princesa—, pero me informan de que uno de los nuestros estará listo para coger en pocos días, para ocupar el lugar de Gwig, al que vos partisteis en dos antes de que llegara el momento de plantarlo. Mostradnos vuestras artes y las hechicerías que sois capaz de hacer. Entonces decidiré si os destruyo junto a los demás o no.

Con esto el Mago hizo una reverencia al público y repitió su truco de sacar los nueve cochinillos diminutos y hacerlos desaparecer de nuevo. Lo hizo con gran habilidad, y la Princesa miró a los extraños cochinillos como si estuviera tan de verdad asombrada como puede estarlo una persona vegetal. Pero después dijo:

—He oído hablar de esta magia maravillosa. Pero no consigue nada de valor. ¿Qué más sabéis hacer?

El Mago intentó pensar. Luego unió las hojas de su espada y la equilibró con gran destreza en la punta de la nariz. Pero ni eso satisfizo a la Princesa.

Entonces sus ojos cayeron sobre los faroles y la lata de petróleo que Zeb había traído de la barquilla del globo, y de aquellos objetos tan corrientes obtuvo una idea ingeniosa.

—Alteza —dijo—, procederé ahora a demostrar mi magia creando dos soles que nunca habéis visto; y además os mostraré un Destructor mucho más terrible que vuestras Enredaderas Trepadoras.

Así que colocó a Dorothy a un lado suyo y al muchacho al otro, y puso un farol sobre la cabeza de cada uno.

—No os riáis —les susurró—, o estropearéis el efecto de mi magia.

Luego, con mucha solemnidad y una expresión de gran importancia en su arrugado rostro, el Mago sacó su caja de cerillas y encendió los dos faroles. El resplandor que producían era muy pequeño comparado con la luminosidad de los seis grandes soles de colores; pero seguían brillando con firmeza y claridad. Los Mangaboos quedaron muy impresionados porque nunca habían visto luz alguna que no procediera directamente de sus soles.

A continuación el Mago derramó un charco de petróleo de la lata sobre el suelo de cristal, que cubrió una superficie bastante amplia. Cuando le prendió fuego al petróleo brotaron cien lenguas de llama, y el efecto fue verdaderamente impresionante.

—Ahora, Princesa —exclamó el Mago—, los consejeros vuestros que deseaban arrojarnos al Jardín de las Enredaderas Trepadoras deberán entrar en este círculo de luz. Si os aconsejaron bien y tenían razón, no sufrirán ningún daño. Pero si alguno os aconsejó mal, la luz lo marchitará.

Los consejeros de la Princesa no eran nada partidarios de aquella prueba; pero ella les ordenó que entraran en la llama, y uno a uno lo hicieron, y se chamuscaron tan gravemente que pronto el aire se llenó de un olor parecido al de las patatas asadas. Algunos de los Mangaboos se desplomaron y tuvieron que ser arrastrados fuera del fuego, y todos quedaron tan marchitos que habría que plantarlos de inmediato.

— Señor — dijo la Princesa al Mago —, sois más grande que cualquier Hechicero que hayamos conocido jamás. Dado que es evidente que mi gente me ha aconsejado mal, no arrojaré a vosotros tres al terrible Jardín de las Enredaderas Trepadoras; pero vuestros animales deberán ser conducidos al Pozo Negro de la montaña, pues mis súbditos no soportan tenerlos cerca.

El Mago estaba tan contento de haber salvado a los dos niños y a sí mismo que no dijo nada contra aquel decreto; pero cuando la Princesa se hubo marchado tanto Jim como Eureka protestaron de que no querían ir al Pozo Negro, y Dorothy prometió que haría todo lo posible por salvarlos de semejante destino.

Durante dos o tres días después de esto — si llamamos días a los períodos entre sueño y sueño, no habiendo noche que dividiera las horas en días — nuestros amigos no fueron molestados en modo alguno. Se les permitió incluso ocupar la Casa del Hechicero en paz, como si fuera suya, y vagar por los jardines en busca de comida.

Una vez se acercaron al cercado Jardín de las Enredaderas Trepadoras, y ascendiendo por el aire miraron hacia él con gran interés. Vieron una masa de tenaces enredaderas verdes enmarañadas unas con otras, que se retorcían y serpenteaban como un nido de grandes serpientes. Todo lo que las enredaderas tocaban lo aplastaban, y nuestros aventureros daban gracias de haber escapado de ser arrojados entre ellas.

Siempre que el Mago se dormía sacaba los nueve cochinillos diminutos de su bolsillo y los dejaba corretear por el suelo de su habitación para que se entretuvieran y se ejercitaran; y una vez encontraron la puerta de cristal entreabierta y se aventuraron al pasillo y luego a la parte inferior de la gran cúpula, caminando por el aire con tanta facilidad como Eureka. Ya conocían al gatito para entonces, así que corretearon hacia donde estaba tumbada junto a Jim y empezaron a jugar y retozar con ella.

El caballo de punto, que nunca dormía mucho rato seguido, estaba sentado sobre los cuartos traseros y observaba a los diminutos cochinillos y al gatito con gran aprobación.

— ¡No seáis tan brutos! — gritaba, si Eureka derribaba a uno de los redondos y gordezuelos cochinillos de un manotazo; pero los cerditos nunca hacían caso y disfrutaban enormemente con el juego.

De pronto levantaron la vista y encontraron la sala llena de Mangaboos de ojos solemnes y silenciosos. Cada uno de aquellos seres vegetales llevaba una rama cubierta de espinas afiladas, que apuntaba con aire desafiante hacia el caballo, el gatito y los cochinillos.

—¡Eh, basta ya de tonterías! —rugió Jim con ira; pero tras recibir uno o dos pinchazos se puso a cuatro patas y se mantuvo fuera del alcance de las espinas.

Los Mangaboos los rodearon en filas cerradas, pero dejaron un hueco hacia la puerta del pasillo; así que los animales fueron retrocediendo poco a poco hasta que los sacaron de la sala y los dejaron en la calle. Allí había más personas vegetales con espinas, y en silencio fueron empujando a las ya asustadas criaturas calle abajo. Jim tenía cuidado de no pisar a los diminutos cochinillos, que corrían entre sus patas gruñendo y chillando, mientras Eureka, bufando y mordiendo las espinas que se le acercaban, también intentaba proteger a los pequeñines de que les hicieran daño. Lenta pero constantemente los despiadados Mangaboos los fueron arreando hasta que hubieron atravesado la ciudad y los jardines y llegado a las amplias llanuras que conducían a la montaña.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el caballo saltando para esquivar una espina.

—Pues que nos están llevando hacia el Pozo Negro con el que nos amenazaron —respondió el gatito—. Si yo fuera tan grande como tú, Jim, le daría una buena paliza a estos miserables rabanitos.

—¿Qué harías? —preguntó Jim.

—Daría patadas con esas patas largas y esos cascos herrados.

—Bien —dijo el caballo—; pues lo haré.

Un instante después se echó de repente hacia atrás contra la muchedumbre de Mangaboos y soltó coces con las patas traseras con todas sus fuerzas. Una docena de ellos chocaron entre sí y cayeron al suelo, y al ver el éxito Jim siguió coceando una y otra vez, cargando contra la multitud vegetal, lanzándolos en todas direcciones y dispersando a los demás que huían para escapar de sus cascos de hierro. Eureka lo ayudó lanzándose a la cara del enemigo y arañando y mordiendo con furia, y el gatito estropeó tantas com-

plexiones vegetales que los Mangaboos le tenían tanto miedo como al caballo.

Pero los enemigos eran demasiado numerosos para ser rechazados mucho tiempo. Acabaron agotando a Jim y a Eureka, y aunque el campo de batalla quedó cubierto de Mangaboos aplastados e inutilizados, nuestros amigos animales tuvieron que rendirse al fin y dejarse llevar hasta la montaña.

CAPÍTULO 7: EN EL POZO NEGRO Y FUERA DE ÉL

Cuando llegaron a la montaña resultó ser una mole escarpada y imponente de cristal verde oscuro, y tenía un aspecto sombrío y amenazador en extremo. A media altura del escarpado había una caverna abierta, negra como la noche más allá del punto donde los rayos del arco iris de los soles de colores alcanzaban a penetrar.

Los Mangaboos empujaron al caballo, al gatito y los cochinillos hacia aquel agujero oscuro y luego, habiendo metido también el buggy —pues al parecer algunos de ellos lo habían arrastrado desde el vestíbulo abovedado—, empezaron a apilar grandes rocas de cristal en la entrada para que los prisioneros no pudieran salir.

—¡Esto es terrible! —gimió Jim—. Creo que esto será el fin de nuestras aventuras.

—Si el Mago estuviera aquí —dijo uno de los cochinillos sollozando amargamente—, no nos dejaría sufrir así.

—Tendríamos que haberlo llamado a él y a Dorothy cuando nos atacaron por primera vez —añadió Eureka—. Pero no importa; sed valientes, amigos

míos, y yo iré a decirles a nuestros amos dónde estáis para que vengan a rescataros.

La boca del agujero estaba ya casi tapada, pero el gatito pegó un salto por la abertura que quedaba y en seguida subió corriendo por el aire. Los Mangaboos vieron su huida, y varios de ellos recogieron sus espinas y salieron en su persecución, ascendiendo por el aire tras ella. Eureka, sin embargo, pesaba menos que los Mangaboos, y mientras ellos solo podían subir unos treinta metros sobre la tierra el gatito descubrió que podía llegar a casi sesenta. Así que corrió por encima de sus cabezas hasta que los dejó muy atrás y debajo, y llegó a la ciudad y a la Casa del Hechicero. Allí entró por la ventana de Dorothy en la cúpula y la despertó de su sueño.

En cuanto la niña supo lo que había ocurrido despertó al Mago y a Zeb, y en seguida se prepararon para ir al rescate de Jim y los cochinitos. El Mago llevaba su maletín, que era bastante pesado, y Zeb los dos faroles y la lata de petróleo. La maleta de mimbre de Dorothy seguía debajo del asiento del buggy, y por fortuna el muchacho también había guardado los arneses en el buggy cuando los había quitado a Jim para dejar al caballo tumbarse a descansar. Así que la niña no tenía nada que llevar salvo al gatito, que apretó contra su pecho e intentó consolar, pues su pequeño corazón seguía latiendo aceleradamente.

Algunos Mangaboos los descubrieron en cuanto salieron de la Casa del Hechicero; pero cuando se dirigieron hacia la montaña la gente vegetal los dejó avanzar sin obstaculizarlos, aunque los siguieron en masa por detrás para que no pudieran dar media vuelta.

Al poco se acercaron al Pozo Negro, donde un enjambre activo de Mangaboos, encabezados por su Princesa, estaba ocupado en apilar rocas de cristal ante la entrada.

— ¡Deteneos, os lo ordeno! — gritó el Mago con tono airado, y en seguida empezó a retirar las rocas para liberar a Jim y los cochinitos. En lugar de oponérsele se quedaron quietos en silencio hasta que hubo abierto un agujero bastante grande en la barrera, momento en que, por orden de la Princesa, todos se lanzaron hacia delante y sacaron sus espinas afiladas.

Dorothy saltó dentro de la apertura para no ser pinchada, y Zeb y el Mago, tras aguantar algunos pinchazo, se alegraron de seguirla. De inmedi-

ato los Mangaboos comenzaron a apilar de nuevo las rocas de cristal, y cuando el hombrecillo se dio cuenta de que iban a quedar todos enterrados en la montaña dijo a los niños:

—Queridos míos, ¿qué hacemos? ¿Salimos de un salto y luchamos?

—¿Para qué? —respondió Dorothy—. Prefiero morir aquí que seguir viviendo mucho más tiempo entre esa gente cruel y despiadada.

—Yo siento lo mismo —dijo Zeb frotándose las heridas—. Ya he tenido bastante de los Mangaboos.

—Bien —dijo el Mago—; yo estoy con vosotros, hagan lo que hagan. Pero lo cierto es que no podemos vivir mucho tiempo en esta caverna.

Advirtiendo que la luz se hacía más tenue, recogió a sus nueve cochinitos, le dio a cada uno una cariñosa palmadita en su redonda cabecita y los colocó con cuidado en su bolsillo interior.

Zeb encendió una cerilla y alumbró uno de los faroles. Los rayos de los soles de colores quedaban ahora bloqueados para siempre, pues se había tapado el último resquicio del muro que separaba su prisión del País de los Mangaboos.

—¿Cómo de grande es este agujero? —preguntó Dorothy.

—Lo exploraré y lo comprobaré —respondió el muchacho.

Así que se adentró con el farol una buena distancia, mientras Dorothy y el Mago lo seguían a su lado. La caverna no llegaba a su fin como esperaban, sino que se inclinaba hacia arriba a través de la gran montaña de cristal, discuriendo en una dirección que prometía llevarlos al lado opuesto al país de los Mangaboos.

—No es un camino tan malo —observó el Mago—, y si lo seguimos podría llevarnos a algún lugar más confortable que este oscuro rincón en el que estamos ahora. Supongo que la gente vegetal siempre tuvo miedo de entrar en esta caverna porque está oscura; pero nosotros tenemos nuestros faroles para iluminar el camino, así que propongo que partamos y descubramos adónde lleva este túnel en la montaña.

Los demás asintieron fácilmente a esta sensata sugerencia, y en seguida el muchacho empezó a enganchar a Jim al buggy. Cuando todo estuvo listo

los tres tomaron asiento en el buggy y Jim empezó a avanzar con cautela por el camino, Zeb conduciendo mientras el Mago y Dorothy sostenía cada uno un farol encendido para que el caballo pudiera ver por dónde ir.

A veces el túnel era tan estrecho que las ruedas del buggy rozaban las paredes; luego se ensanchaba como una calle; pero el suelo era por lo general liso, y durante mucho tiempo avanzaron sin ningún percance. Jim se detenía de vez en cuando a descansar, pues la subida era bastante empinada y agotadora.

— Ya debemos de estar casi a la altura de los seis soles de colores — dijo Dorothy —. No sabía que esta montaña fuera tan alta.

— Desde luego estamos bastante lejos del País de los Mangaboos — añadió Zeb —; pues nos hemos ido alejando de él desde que partimos.

Pero siguieron avanzando sin detenerse, y justo cuando Jim estaba casi agotado por su largo viaje el camino se hizo de repente más luminoso, y Zeb apagó los faroles para ahorrar el petróleo.

Con alegría comprobaron que era una luz blanca la que ahora les salía al encuentro, pues todos estaban cansados de la luz del arco iris de colores que, con el tiempo, había hecho que les dolieran los ojos con sus rayos en constante cambio. Las paredes del túnel se mostraban ante ellos como el interior de un largo catalejo, y el suelo se volvió más nivelado. Jim apresuró sus cansados pasos ante aquella señal de un alivio próximo de la oscuridad del pasaje, y pocos momentos después habían salido de la montaña y se encontraban de frente ante un país nuevo y encantador.

CAPÍTULO 8: EL VALLE DE LAS VOCES

Atravesando la montaña de cristal habían llegado a un delicioso valle con la forma del hueco de una gran taza, con otra montaña escarpada visible al otro lado y suaves y bonitas colinas verdes en los extremos. Estaba todo trazado en hermosas praderas y jardines, con senderos de grava que los cruzaban y grupos de árboles hermosos y majestuosos salpicando el paisaje aquí y allá. Había también huertos que daban frutos jugosos desconocidos en nuestro mundo. Arroyuelos de agua cristalina fluían centelleantes entre orillas cubiertas de flores, mientras que repartidas por el valle se veían docenas de las casitas más pintorescas y singulares que nuestros viajeros habían visto jamás. Ninguna estaba agrupada en pueblos o aldeas, sino que cada una tenía sus propios y amplios terrenos, con huertos y jardines a su alrededor.

Al contemplar aquella escena exquisita los recién llegados quedaron arrebatados por sus bellezas y por la fragancia que impregnaba el suave aire que respiraron con tanto agrado tras la atmósfera confinada del túnel. Varios minutos transcurrieron en silenciosa admiración antes de que advirtieran dos hechos muy singulares e inusuales sobre aquel valle. El primero era que estaba iluminado por alguna fuente que no se veía; pues no había sol ni luna en el arqueado cielo azul, aunque cada objeto estaba bañado en una luz clara y perfecta. El segundo hecho, aún más singular, era la ausencia de cualquier habitante de aquel espléndido lugar. Desde su posición elevada podían abarcar con la vista todo el valle, pero no vieron ni un solo objeto en movimiento. Todo parecía misteriosamente desierto.

La montaña de este lado no era de cristal, sino de una roca parecida al granito. Con cierta dificultad y peligro Jim arrastró el buggy por las rocas sueltas hasta llegar a los prados verdes de abajo, donde empezaban los senderos, los huertos y los jardines. La casita más cercana seguía estando a cierta distancia.

—¡Qué bonito! —exclamó Dorothy con voz gozosa, saltando del buggy y dejando a Eureka retozar por la hierba aterciopelada.

—¡Ya lo creo! —respondió Zeb—. Hemos tenido suerte de escapar de esa horrible gente vegetal.

—No estaría tan mal —observó el Mago mirando a su alrededor—, si nos viéramos obligados a vivir aquí para siempre. No podríamos encontrar un lugar más bonito, estoy seguro.

Sacó los cochinitos del bolsillo y los dejó correr sobre la hierba, y Jim probó un bocado de las briznas verdes y declaró que estaba muy a gusto en su nuevo entorno.

—Aquí no podemos caminar por el aire —llamó Eureka, que lo había intentado y fracasado; pero los demás se conformaban con caminar por el suelo, y el Mago dijo que debían de estar más cerca de la superficie de la tierra que en el país de los Mangaboos, pues todo era más hogareño y natural.

—Pero ¿dónde está la gente? —preguntó Dorothy.

El hombrecillo sacudió su calva cabeza.

—No tengo ni idea, querida —respondió.

Oyeron el gorjeo repentino de un pájaro, pero no encontraron al animal en ninguna parte. Fueron avanzando despacio por el sendero hacia la casita más cercana, con los cochinitos correteando y brincando a su lado y Jim haciendo una pausa a cada paso para otro bocado de hierba.

De pronto llegaron a una planta baja de hojas anchas y extendidas, en cuyo centro crecía un solo fruto de tamaño parecido al de un melocotón. El fruto era de colores tan delicados y tan fragante, y tenía un aspecto tan apetitoso y delicioso, que Dorothy se detuvo y exclamó:

—¿Qué será esto?

Los cochinitos habían olido el fruto rápidamente, y antes de que la niña pudiera extender la mano para cogerlo los nueve diminutos se habían lanzado sobre él y habían empezado a devorarlo con gran avidez.

—Bueno estará —dijo Zeb—, o esos pilluelos no lo habrían engullido con tanta gula.

—¿Dónde están? —preguntó Dorothy con asombro.

Todos miraron alrededor, pero los cochinitos habían desaparecido.

—¡Vaya! —exclamó el Mago—. Deben de haberse escapado. Pero no los he visto irse; ¿vosotros sí?

—¡No! —respondieron el muchacho y la niña a la vez.

—¡Aquí, cerdito, cerdito, cerdito! —los llamó su dueño con inquietud.

Se oyeron al instante varios chillidos y gruñidos a sus pies, pero el Mago no fue capaz de ver ni un solo cochinito.

—¿Dónde estáis? —preguntó.

—Pues aquí mismo, a tu lado —respondió una vocecilla—. ¿Es que no nos veis?

—No —respondió el hombrecillo con tono perplejo.

—Nosotros sí os vemos —dijo otro de los cochinitos.

El Mago se agachó y extendió la mano, y al instante notó el pequeño cuerpo regordete de una de sus mascotas. Lo levantó, pero no podía ver lo que sostenía.

—Es muy extraño —dijo sobriamente—. Los cochinitos se han vuelto invisibles de alguna manera curiosa.

—¡Apuesto a que fue por comer ese melocotón! —exclamó el gatito.

—No era un melocotón, Eureka —dijo Dorothy—. Solo espero que no fuera veneno.

—Estaba buenísimo, Dorothy —llamó uno de los cochinitos.

—Comeremos todos los que encontremos —dijo otro.

—Pero nosotros no debemos comerlos —advirtió el Mago a los niños—, o también podríamos volvernos invisibles y perdernos los unos a los otros. Si nos encontramos con otro de esos extraños frutos, hay que evitarlos.

Llamando a los cochinitos, los recogió uno a uno y los guardó en su bolsillo; pues aunque no podía verlos sí podía palparlos, y al abrocharse el abrigo supo que por el momento estaban a salvo.

Los viajeros reanudaron entonces su camino hacia la casita, a la que llegaron al poco rato. Era un lugar bonito, con enredaderas que crecían espesas sobre el amplio porche delantero. La puerta estaba abierta y en la habitación delantera había una mesa puesta con cuatro sillas arrimadas. Sobre la mesa había platos, cuchillos y tenedores, y fuentes de pan, carne y frutas. La carne humeaba caliente y los cuchillos y tenedores hacían extrañas piruetas y saltaban de aquí para allá de manera bastante desconcertante. Pero no se veía a ninguna persona en la habitación.

— ¡Qué curioso! — exclamó Dorothy, que estaba con Zeb y el Mago en el umbral.

Una carcajada alegre les respondió, y los cuchillos y los tenedores cayeron sobre los platos con un tintineo. Una de las sillas se apartó de la mesa, lo que era tan asombroso y misterioso que Dorothy tuvo casi ganas de salir corriendo de miedo.

— ¡Hay forasteros, mamá! — gritó la voz aguda e infantil de alguna persona invisible.

— Ya lo veo, querida — respondió otra voz, suave y femenina.

— ¿Qué queréis? — exigió una tercera voz, en tono severo y brusco.

— ¡Vaya, vaya! — dijo el Mago—. ¿Hay realmente personas en esta habitación?

— Claro — respondió la voz del hombre.

— Y... perdonad la pregunta absurda, pero... ¿sois todos invisibles?

— Pues sí — respondió la mujer, repitiendo su risa suave y ondulante—. ¿Os sorprende no poder ver a la gente de Voe?

— Pues sí — balbuceó el Mago—. Todas las personas que he conocido hasta ahora eran perfectamente visibles.

— ¿Y de dónde venís? — preguntó la mujer con tono curioso.

— Pertenece a la superficie de la tierra — explicó el Mago—, pero hace poco, durante un terremoto, caímos por una grieta y aterrizamos en el País de los Mangaboos.

— ¡Criaturas horribles! — exclamó la voz de la mujer—. He oído hablar de ellos.

— Nos tapiaron en una montaña — continuó el Mago—; pero encontramos que había un túnel que llegaba hasta este lado, así que vinimos por aquí. Es un lugar precioso. ¿Cómo lo llamáis?

— Es el Valle de Voe.

— Gracias. No hemos visto a nadie desde que llegamos, así que hemos venido a esta casa a preguntar el camino.

— ¿Tenéis hambre? — preguntó la voz de la mujer.

— Yo podría comer algo — dijo Dorothy.

— Yo también — añadió Zeb.

— Pero no quisiéramos molestar, os lo aseguro — se apresuró a decir el Mago.

— No es ninguna molestia — respondió la voz del hombre, con más amabilidad que antes—. Sois bienvenidos a lo que tenemos.

Al hablar la voz se acercó tanto a Zeb que el muchacho retrocedió asustado. Dos vocecillas infantiles se echaron a reír alegremente ante aquella reacción, y Dorothy estaba segura de que no corrían ningún peligro entre gente tan alegre, aunque no se la pudiera ver.

— ¿Qué curioso animal es ese que está comiendo la hierba de mi prado? — preguntó la voz del hombre.

— Es Jim — dijo la niña—. Es un caballo.

— ¿Para qué sirve? — fue la siguiente pregunta.

— Tira del buggy que veis enganchado a él, y nosotros viajamos en el buggy en lugar de caminar — explicó ella.

— ¿Sabe luchar? — preguntó la voz del hombre.

— ¡No! Puede cocear bastante fuerte con las patas traseras y morder un poco; pero Jim no sabe luchar propiamente — respondió ella.

— Entonces los osos se lo comerán — dijo una de las voces infantiles.

— ¿Osos? — exclamó Dorothy—. ¿Hay osos aquí?

—Es el único mal de nuestro país —respondió el hombre invisible—. Muchos osos grandes y feroces vagan por el Valle de Voe, y cuando consiguen atrapar a alguno de los nuestros se lo comen; pero como no pueden vernos, rara vez nos atrapan.

—¿Los osos también son invisibles? —preguntó la niña.

—Sí, pues comen de la fruta dama, como todos nosotros, y eso los mantiene ocultos a cualquier ojo, ya sea humano o animal.

—¿La fruta dama crece en una mata baja y tiene el aspecto de un melocotón? —preguntó el Mago.

—Sí —fue la respuesta.

—Si os vuelve invisibles, ¿por qué la coméis? —preguntó Dorothy.

—Por dos razones, querida —respondió la voz de la mujer—. La fruta dama es lo más delicioso que existe, y cuando nos vuelve invisibles los osos no pueden encontrarnos para comernos. Pero ahora, buenos caminantes, vuestro almuerzo está en la mesa, así que sentaos y comed todo lo que queráis.

CAPÍTULO 9: LUCHAN CONTRA LOS OSOS INVISIBLES

Los forasteros tomaron asiento a la mesa de buena gana, pues todos tenían hambre y las fuentes estaban ahora colmadas de cosas buenas. Ante cada puesto había un plato con una de las deliciosas frutas dama, y el perfume que de ellas emanaba era tan tentador y dulce que estuvieron muy tentados de comerlas y volverse invisibles.

Pero Dorothy apaciguó su hambre con otras cosas, y sus compañeros hicieron lo mismo, resistiendo la tentación.

—¿Por qué no coméis las damas? —preguntó la voz de la mujer.

—No queremos volvernos invisibles —respondió la niña.

—Pero si seguís siendo visibles los osos os verán y os devorarán —dijo una vocecilla juvenil y femenina que pertenecía a uno de los niños—. Los que vivimos aquí preferimos con mucho ser invisibles; pues podemos seguir abrazándonos y besándonos, y estamos bastante a salvo de los osos.

—Y no hay que preocuparse tanto por cómo uno va vestido —observó el hombre.

—¡Y mamá no puede ver si tengo la cara sucia o no! —añadió la otra vocecilla infantil con alegría.

—Pero te la hago lavar cada vez que me acuerdo —dijo la madre—; pues es lógico que tengas la cara sucia, Ianu, tanto si puedo verla como si no.

Dorothy se echó a reír y extendió los brazos.

—Venid aquí, por favor, Ianu y tu hermana, y dejadme palparos —les pidió.

Vinieron a ella de buena gana, y Dorothy les pasó las manos por la cara y el cuerpo y decidió que una era una niña más o menos de su misma edad y el otro un niño algo más pequeño. El pelo de la niña era suave y esponjoso y su piel tersa como el satén. Cuando Dorothy le tocó con suavidad la nariz, las orejas y los labios parecían estar bien formados y ser delicados.

—Si pudiera verte estoy segura de que serías preciosa —declaró.

La niña se echó a reír, y su madre dijo:

—No somos vanidosos en el Valle de Voe, porque no podemos exhibir nuestra belleza, y son las buenas acciones y las maneras agradables lo que nos hace querer a nuestros semejantes. Sin embargo, podemos ver y apreciar las bellezas de la naturaleza: las flores y los árboles delicados, los campos verdes y el azul claro del cielo.

—¿Y los pájaros, las bestias y los peces? —preguntó Zeb.

—Los pájaros no podemos verlos, porque les encanta comer damas tanto como a nosotros; sin embargo, oímos sus dulces cantos y los disfrutamos. Tampoco podemos ver a los crueles osos, pues también comen la fruta. Pero sí podemos ver los peces que nadan en nuestros arroyos, y a menudo los pescamos para comerlos.

—Se me ocurre que tenéis mucho para ser felices, incluso siendo invisibles —observó el Mago—. No obstante, preferimos seguir siendo visibles mientras estemos en vuestro valle.

Justo entonces entró Eureka, que hasta ese momento había estado vagando fuera con Jim; y cuando el gatito vio la mesa puesta con comida exclamó:

—Ahora tenéis que darme de comer, Dorothy, que me muero de hambre.

Los niños estaban inclinados a asustarse al ver al pequeño animal, que les recordaba a los osos; pero Dorothy los tranquilizó explicándoles que Eureka era una mascota y no podía hacerles daño aunque quisiera. Luego, como los demás se habían apartado ya de la mesa, el gatito saltó sobre la silla y puso las patas sobre el mantel para ver qué había de comer. Para su sorpresa una mano invisible la agarró y la tuvo suspendida en el aire. Eureka estaba frenética de terror e intentó arañar y morder, así que al momento siguiente la soltaron en el suelo.

—¿Has visto eso, Dorothy? —jadeó.

—Sí, querida —respondió su dueña—; hay personas viviendo en esta casa aunque no podamos verlas. Y debes tener mejores modales, Eureka, o algo peor te pasará.

Puso un plato de comida en el suelo y el gatito comió con voracidad.

—Dame esa fruta de olor tan rico que vi en la mesa —suplicó cuando hubo limpiado el plato.

—Son damas —dijo Dorothy—, y nunca debes probarlas, Eureka, o te volverás invisible, y entonces no podremos verte.

El gatito miró con anhelo la fruta prohibida.

—¿Duele ser invisible? —preguntó.

—No lo sé —respondió Dorothy—; pero a mí me dolería muchísimo perderte.

—Bien, no la tocaré —decidió el gatito—; pero tenéis que mantenerla lejos de mí, porque el olor es muy tentador.

—¿Podéis decirnos, señor o señora —dijo el Mago dirigiéndose al aire porque no sabía bien dónde estaban las personas invisibles—, si hay alguna manera de salir de vuestro hermoso Valle y volver a la superficie de la tierra?

—Oh, salir del Valle es bastante fácil —respondió la voz del hombre—; pero para ello tendréis que entrar en un país mucho menos agradable. En cuanto a llegar a la superficie de la tierra, nunca he oído que sea posible hacerlo, y si lo consiguierais probablemente os caeríais.

—Oh, no —dijo Dorothy—; hemos estado allí y lo sabemos.

—El Valle de Voe es sin duda un lugar encantador —continuó el Mago—; pero no podemos contentarnos mucho tiempo en ninguna otra tierra que no sea la nuestra. Aunque en el camino encontremos lugares desagradables, es necesario, para llegar a la superficie de la tierra, seguir avanzando hacia ella.

—En ese caso —dijo el hombre—, lo mejor será que crucéis nuestro Valle y subáis la escalera de caracol que hay dentro de la Montaña Piramidal. La cima de esa montaña se pierde en las nubes, y cuando lleguéis arriba estaréis en la terrible Tierra de la Nada, donde viven los Gárgolas.

—¿Qué son los Gárgolas? —preguntó Zeb.

—No lo sé, joven señor. Nuestro gran Campeón, Sobrehumano-Anu, subió una vez la escalera de caracol y luchó nueve días contra los Gárgolas antes de poder escapar de ellos y volver; pero nunca pudo ser inducido a describir a aquellas terribles criaturas, y poco después un oso lo atrapó y se lo comió.

Los caminantes se desanimaron bastante ante aquel sombrío relato, pero Dorothy dijo con un suspiro:

—Si la única manera de volver a casa es encontrarse con los Gárgolas, tendremos que encontrarnos con ellos. No pueden ser peores que la Bruja Malvada o el Rey de los Nombres.

—Pero hay que recordar que teníais al Espantapájaros y al Hombre de Hojalata para ayudaros a vencer a esos enemigos —señaló el Mago—. Ahora mismo, querida, no hay ni un solo guerrero en tu compañía.

—Oh, creo que Zeb podría luchar si tuviera que hacerlo. ¿Verdad, Zeb? —preguntó la niña.

—Quizá; si no hubiera más remedio —respondió Zeb con dudas.

—Y tienes la espada articulada con la que partiste al Hechicero vegetal en dos —le dijo la niña al hombrecillo.

—Cierto —respondió él—; y en mi maletín hay otras cosas útiles para luchar.

—Lo que más temen los Gárgolas es el ruido —dijo la voz del hombre—. Nuestro Campeón me contó que cuando gritaba su grito de guerra las criaturas se estremecían y retrocedían, dudando en proseguir el combate. Pero eran en gran número, y el Campeón no podía gritar mucho porque tenía que reservar el aliento para luchar.

—Muy bien —dijo el Mago—; todos podemos gritar mejor de lo que podemos luchar, así que deberíamos vencer a los Gárgolas.

—Pero dime —dijo Dorothy—, ¿cómo pudo un Campeón tan valioso dejarse comer por los osos? Y si él era invisible y los osos también eran invisibles, ¿quién sabe que realmente se lo comieron?

—El Campeón había matado a once osos en su tiempo —respondió el hombre invisible—; y sabemos que es cierto porque cuando cualquier criatura muere el encantamiento invisible de la fruta dama deja de estar activo, y la víctima puede ser vista claramente por todos los ojos. Cuando el Campeón mataba a un oso todo el mundo podía verlo; y cuando los osos mataron al Campeón vimos varios pedazos de él esparcidos por el suelo, que claro está desaparecieron de nuevo cuando los osos los devoraron.

Se despidieron entonces de los amables aunque invisibles habitantes de la casita, y después de que el hombre les señalara una montaña de forma piramidal al otro lado del Valle y les indicara el camino para llegar a ella, volvieron a emprender su viaje.

Siguieron el curso de un ancho arroyo y pasaron junto a varias casitas más; pero por supuesto no vieron a nadie, ni nadie les habló. Frutas y flores

crecían en abundancia por todas partes, y había muchas de las deliciosas damas de las que tan aficionados eran los habitantes de Voe.

Hacia el mediodía se detuvieron para dejar descansar a Jim a la sombra de un bonito huerto, y mientras cogían y comían cerezas y ciruelas que crecían allí una voz suave les dijo de repente:

—Hay osos cerca. Tened cuidado.

El Mago sacó su espada al instante, y Zeb agarró el látigo del caballo. Dorothy subió al buggy, aunque Jim había sido desenganchado de él y estaba pastando a cierta distancia.

El dueño de la voz invisible se echó a reír suavemente y dijo:

—No podéis escapar de los osos de esa manera.

—¿Cómo podemos escapar? —preguntó Dorothy nerviosa, pues un peligro invisible es siempre el más difícil de afrontar.

—Tenéis que refugiaros en el río —fue la respuesta—. Los osos no se aventuran en el agua.

—¡Pero nos ahogáramos! —exclamó la niña.

—Oh, eso no es necesario —dijo la voz, que por su tono gentil parecía pertenecer a una muchacha joven—. Sois forasteros en el Valle de Voe y no parecéis conocer nuestras costumbres; así que intentaré salvaros.

Un momento después arrancó del suelo donde crecía una planta de hojas anchas y la sostuvo suspendida en el aire ante el Mago.

—Señor —dijo la voz—, debéis frotar estas hojas en las suelas de todos vuestros pies, y entonces podréis caminar sobre el agua sin hundir. Es un secreto que los osos no conocen, y nosotros la gente de Voe solemos caminar sobre el agua cuando viajamos, y así escapamos de nuestros enemigos.

—¡Gracias! —exclamó el Mago con alegría, y enseguida frotó una hoja en las suelas de los zapatos de Dorothy y luego en los suyos. La niña tomó una hoja y la frotó en las patas del gatito, y el resto de la planta pasó a Zeb, quien, después de aplicarla en sus propios pies, la frotó cuidadosamente en los cuatro cascos de Jim y luego en las llantas de las ruedas del buggy. Estaba terminando esta última tarea cuando de repente se oyó un gruñido

sordo y el caballo empezó a dar saltos y cocear con fuerza con las patas traseras.

— ¡Deprisa! ¡Al agua, o estáis perdidos! — gritó su amiga invisible, y sin dudar el Mago tiró del buggy por la orilla y lo sacó al ancho río, pues Dorothy seguía sentada en él con Eureka en brazos. No se hundieron en absoluto gracias a las virtudes de la extraña planta que habían usado, y cuando el buggy estuvo en mitad de la corriente el Mago volvió a la orilla para ayudar a Zeb y Jim.

El caballo se debatía enloquecido, y dos o tres cortes profundos aparecieron en sus flancos, de los que manaba sangre abundantemente.

— ¡Corre hacia el río! — gritó el Mago, y Jim se liberó rápidamente de sus atormentadores invisibles a base de unas pocas coces violentas y luego obedeció. En cuanto trotó sobre la superficie del río se encontró a salvo de la persecución, y Zeb ya corría sobre el agua hacia Dorothy.

Cuando el pequeño Mago se volvió para seguirlos sintió un aliento caliente en la mejilla y oyó un gruñido sordo y feroz. Enseguida empezó a apuñalar el aire con su espada, y supo que había golpeado algo porque al retirar la hoja estaba goteando sangre. La tercera vez que la lanzó hacia delante hubo un rugido fuerte y un golpe, y de repente a sus pies apareció la forma de un gran oso rojo, casi tan grande como el caballo y mucho más fuerte y feroz. La bestia estaba bien muerta por las estocadas de la espada, y tras una mirada a sus terribles garras y dientes afilados el hombrecillo se dio la vuelta presa del pánico y se apresuró a salir al agua, pues otros gruñidos amenazadores le indicaban que había más osos cerca.

En el río, sin embargo, los aventureros parecían estar perfectamente a salvo. Dorothy y el buggy habían ido flotando despacio río abajo con la corriente, y los demás se apresuraron a reunirse con ella. El Mago abrió su maletín y sacó unos esparadrapos con los que curó los cortes que Jim había recibido de las garras de los osos.

— Creo que lo mejor es que sigamos en el río — dijo Dorothy —. Si nuestra desconocida amiga no nos hubiera avisado y dicho qué hacer, ya estaríamos todos muertos.

— Es verdad — asintió el Mago —, y como el río parece fluir en dirección a la Montaña Piramidal, será el camino más fácil para viajar.

Zeb enganchó de nuevo a Jim al buggy, y el caballo trotó y los arrastró rápidamente sobre el agua lisa. El gatito tenía al principio un miedo terrible a mojarse, pero Dorothy lo dejó bajar y pronto Eureka retozaba junto al buggy sin asustarse lo más mínimo. Una vez un pececillo nadó demasiado cerca de la superficie, y el gatito lo atrapó en la boca y se lo comió en un abrir y cerrar de ojos; pero Dorothy le advirtió que tuviera cuidado con lo que comía en aquel valle de encantamientos, y ningún pez más fue tan imprudente como para nadar al alcance de sus garras.

Tras un viaje de varias horas llegaron a un punto donde el río hacía una curva, y vieron que tenían que cruzar un kilómetro y medio del Valle antes de llegar a la Montaña Piramidal. En aquella parte había pocas casas y pocos huertos y flores; así que nuestros amigos temían encontrarse con más de los salvajes osos que habían aprendido a temer con toda el alma.

—Tendrás que salir al galope, Jim —dijo el Mago—, y correr tan deprisa como puedas.

—De acuerdo —respondió el caballo—; haré lo que pueda. Pero hay que recordar que soy viejo y que mis tiempos de galope ya pasaron.

Los tres subieron al buggy y Zeb tomó las riendas, aunque Jim no necesitaba guía de ningún tipo. El caballo seguía sufriendo por las afiladas garras de los osos invisibles, y en cuanto se encontró en tierra firme y con rumbo a la montaña, el pensamiento de que podía haber más de aquellas temibles criaturas cerca actuó como espuela y lo lanzó al galope de una manera que a Dorothy se le cortó la respiración.

Entonces Zeb, en un impulso travieso, soltó un gruñido parecido al de los osos, y Jim aguzó las orejas y salió disparado. Sus huesudas patas se movían tan deprisa que apenas podían verse, y el Mago se agarró fuerte al asiento y gritó «¡Soo!» a pleno pulmón.

—Me... me parece que se está... se está desbocando —jadeó Dorothy.

—Ya lo sé —dijo Zeb—; pero ningún oso puede alcanzarlo si sigue a ese paso... con tal de que los arneses y el buggy aguanten.

Jim no alcanzó el kilómetro y medio por minuto; pero casi antes de que se dieran cuenta se detuvo al pie de la montaña, tan bruscamente que el Mago y Zeb salieron volando por encima del salpicadero y aterrizaron en la hierba blanda, donde rodaron varias veces antes de detenerse. Dorothy estu-

vo a punto de irse con ellos, pero se aferró con fuerza al pasamanos de hierro del asiento, y eso la salvó. Estrujó al gatito de tal manera que el animal dio un alarido; y luego el viejo caballo de punto emitió varios sonidos curiosos que hicieron sospechar a la niña que se estaba riendo de todos ellos.

CAPÍTULO 10: EL HOMBRE TRENZADO DE LA MONTAÑA PIRAMIDAL

La montaña que tenían ante ellos tenía forma de cono y era tan alta que su punta se perdía en las nubes. Justo frente al lugar donde Jim se había detenido había una abertura en arco que daba a una amplia escalinata. Los escalones estaban tallados en la roca del interior de la montaña, y eran anchos y no muy empinados, porque daban vueltas como un sacacorchos, y en la abertura en arco por donde comenzaba el tramo el círculo era bastante grande. Al pie de la escalera había un letrero que decía:

ADVERTENCIA

Estos escalones conducen a la Tierra de los Gárgolas.

¡PELIGRO! PROHIBIDO EL PASO.

—Me pregunto cómo va a subir Jim el buggy por tantos escalones —dijo Dorothy con gravedad.

—Sin ningún problema —declaró el caballo con un desdeñoso relincho—. Eso sí, no tengo intención de arrastrar a ningún pasajero. Tendréis que subir todos andando.

—¿Y si los escalones se hacen más empinados? —sugirió Zeb con duda.

—Entonces tendréis que empujar las ruedas del buggy, nada más —respondió Jim.

—Lo intentaremos de todas formas —dijo el Mago—. Es la única manera de salir del Valle de Voe.

Así que empezaron a subir la escalera: Dorothy y el Mago primero, luego Jim tirando del buggy, y después Zeb para asegurarse de que no le pasara nada a los arneses.

La luz era escasa, y pronto subieron hacia una oscuridad total, de modo que el Mago se vio obligado a sacar sus faroles para alumbrar el camino. Pero eso les permitió avanzar con paso firme hasta llegar a un rellano donde había una rendija en la pared de la montaña que dejaba entrar luz y aire. Mirando por aquella abertura podían ver el Valle de Voe extendido muy abajo, con las casitas que parecían casas de juguete desde aquella distancia.

Después de descansar unos minutos reanudaron la subida, y los escalones seguían siendo lo bastante anchos y bajos para que Jim pudiera arrastrar fácilmente el buggy tras él. El viejo caballo resoplaba un poco y tenía que pararse a menudo a recobrar el aliento. En esos momentos todos se alegraban de esperarlo, pues subir escaleras sin parar es algo que a cualquiera le duelen las piernas.

Fueron dando vueltas, siempre hacia arriba, durante algún tiempo. Las luces de los faroles iluminaban débilmente el camino, pero era una travesía sombría, y se alegraron cuando una amplia franja de luz delante de ellos les aseguró que se acercaban a un segundo rellano.

Aquí un lado de la montaña tenía un gran agujero, como la boca de una caverna, y la escalera se interrumpía en el borde cercano del suelo y comenzaba de nuevo en el borde opuesto.

La abertura de la montaña daba al lado opuesto al Valle de Voe, y nuestros viajeros contemplaron una escena extraña. Bajo ellos había un vasto espacio en cuyo fondo se veía un mar negro de oleaje agitado, del que

brotaban constantemente pequeñas lenguas de fuego. Justo encima de ellos, casi al nivel de su plataforma, había bancos de nubes rodantes que cambiaban constantemente de posición y de color. Los azules y los grises eran muy hermosos, y Dorothy advirtió que sobre los bancos de nubes descansaban o se recostaban formas vaporosas y etéreas de seres hermosos que debían de ser las Hadas de las Nubes. Los mortales que se detienen en la tierra y miran al cielo no suelen distinguir estas formas, pero nuestros amigos estaban ahora tan cerca de las nubes que observaban a las delicadas hadas con toda claridad.

—¿Son reales? —preguntó Zeb con voz sobrecogida.

—Claro —respondió Dorothy en voz baja—. Son las Hadas de las Nubes.

—Parecen de encaje —observó el muchacho mirando con atención—. Si apretara una no quedaría nada de ella.

En el espacio abierto entre las nubes y el negro y burbujeante mar de muy abajo podía verse de vez en cuando algún extraño pájaro que surcaba velozmente el aire. Aquellos pájaros eran de tamaño enorme y le recordaron a Zeb a los roques que había leído en Las mil y una noches. Tenían ojos feroces y garras y picos afilados, y los niños esperaban que ninguno de ellos se aventurara en la caverna.

—¡Vaya, vaya! —exclamó de repente el pequeño Mago—. ¿Qué diablos es esto?

Se volvieron y encontraron a un hombre de pie en el suelo en el centro de la cueva, que hizo una reverencia muy cortés cuando vio que le prestaban atención. Era un hombre muy anciano, casi doblado por la mitad; pero lo más raro de él era su cabello y su barba blancos. Eran tan largos que le llegaban a los pies, y tanto el cabello como la barba estaban cuidadosamente trenzados en muchas trenzas, y el extremo de cada trenza atado con un lazo de cinta de colores.

—¿De dónde venís? —preguntó Dorothy con asombro.

—De ningún sitio —respondió el hombre de las trenzas—; es decir, no recientemente. En otro tiempo viví en la superficie de la tierra, pero hace muchos años que tengo mi fábrica en este lugar: a medio camino de la Montaña Piramidal.

—¿Solo estamos a medio camino? —preguntó el muchacho con tono desanimado.

—Eso creo, muchacho —respondió el hombre trenzado—. Pero como nunca he salido en ninguna dirección, ni hacia abajo ni hacia arriba, desde que llegué, no puedo asegurar con exactitud si es exactamente la mitad del camino o no.

—¿Tenéis una fábrica en este lugar? —preguntó el Mago, que había estado examinando con cuidado a aquel singular personaje.

—Así es —dijo el otro—. Soy un gran inventor, como sabéis, y fabrico mis productos en este solitario paraje.

—¿Cuáles son vuestros productos? —preguntó el Mago.

—Pues bien, fabrico Aleteos Surtidos para banderas y gallardetes, y una calidad superior de Crujidos para los vestidos de seda de las señoras.

—Ya me lo imaginaba —dijo el Mago con un suspiro—. ¿Podemos examinar algunos de estos artículos?

—Sí, por supuesto; entrad en mi taller, por favor —y el hombre trenzado se volvió y los guio hasta una caverna más pequeña donde evidentemente vivía. Allí, sobre un amplio estante, había varias cajas de cartón de diferentes tamaños, cada una atada con hilo de algodón.

—Esta —dijo el hombre cogiendo una caja y manejándola con cuidado— contiene doce docenas de crujidos, suficientes para durarle a cualquier señora un año. ¿La queréis comprar, querida? —preguntó dirigiéndose a Dorothy.

—Mi vestido no es de seda —dijo ella con una sonrisa.

—No importa. Cuando abráis la caja los crujidos escaparán, tanto si lleváis un vestido de seda como si no —dijo el hombre con seriedad. Luego recogió otra caja—. En esta —continuó— hay muchos aleteos surtidos. Son inestimables para hacer que las banderas ondeen en los días de calma, cuando no hay viento. Vos, señor —volviéndose al Mago—, deberíais tener esta colección. Una vez que hayáis probado mis productos estoy seguro de que nunca podréis prescindir de ellos.

—No llevo dinero conmigo —dijo el Mago con evasivas.

—No quiero dinero —respondió el hombre trenzado—, pues aunque lo tuviera no podría gastarlo en este lugar desierto. Pero me gustaría mucho una cinta para el pelo de color azul. Observaréis que mis trenzas están atadas con cintas amarillas, rosas, marrones, rojas, verdes, blancas y negras; pero no tengo cintas azules.

—¡Os consigo una! —exclamó Dorothy, a quien daba lástima aquel pobre hombre; así que fue corriendo al buggy y sacó de su maleta una bonita cinta azul. Le alegró ver cómo brillaban los ojos del hombre trenzado cuando recibió aquel tesoro.

—¡Me habéis hecho muy, muy feliz, querida! —exclamó; y luego insistió en que el Mago aceptara la caja de aleteos y la niña la de crujidos.

—Quizá los necesitéis algún día —dijo—, y en realidad no tiene mucho sentido que siga fabricando estas cosas si nadie las usa.

—¿Por qué abandonasteis la superficie de la tierra? —preguntó el Mago.

—No pude evitarlo. Es una historia triste, pero si intentáis contener las lágrimas os la contaré. En la tierra era fabricante de Agujeros Importados para el Queso Suizo Americano, y reconozco que suministraba un artículo superior que tenía gran demanda. También fabricaba poros para los emplastos porosos y agujeros de primera calidad para donuts y botones. Finalmente inventé un nuevo Poste-agujero Ajustable que creí que me haría rico. Fabriqué una gran cantidad de estos poste-agujeros, y al no tener espacio para almacenarlos los coloqué todos uno a continuación del otro y metí el de arriba en el suelo. Eso formó un agujero extraordinariamente largo, como podéis imaginar, que llegaba muy adentro de la tierra; y cuando me asomé sobre él para tratar de ver el fondo perdí el equilibrio y caí dentro. Por desgracia, el agujero conducía directamente al vasto espacio que veis fuera de esta montaña; pero conseguí agarrarme a una punta de roca que sobresalía de esta caverna, y así me salvé de caer de cabeza a las olas negras de abajo, donde las lenguas de fuego que brotan me habrían consumido sin duda. Aquí, pues, establecí mi hogar; y aunque es un lugar solitario me entretengo fabricando crujidos y aleteos, y así me las arreglo bastante bien.

Cuando el hombre trenzado hubo terminado aquella extraña historia Dorothy estuvo a punto de echarse a reír, porque todo era tan absurdo; pero el Mago se tocó significativamente la sien con el dedo, dando a entender

que creía que el pobre hombre estaba loco. Así que se despidieron cortésmente de él y volvieron a la caverna exterior para reanudar su viaje.

CAPÍTULO 11: SE ENCUENTRAN CON LOS GÁRGOLAS DE MADERA

Otra extenuante subida llevó a nuestros aventureros a un tercer rellano donde había una rendija en la montaña. Al asomarse lo único que vieron eran bancos de nubes que rodaban, tan espesas que lo ocultaban todo.

Pero los viajeros necesitaban descansar, y mientras estaban sentados en el suelo rocoso el Mago metió la mano en el bolsillo y sacó los nueve cochinillos diminutos. Para su alegría eran perfectamente visibles, lo que demostraba que habían pasado más allá del influjo del mágico Valle de Voe.

— ¡Podemos vernos los unos a los otros otra vez! —exclamó uno con alegría.

— Sí —suspiró Eureka—; y yo también puedo veros otra vez, y la vista me da un hambre espantosa. Por favor, señor Mago, ¿puedo comerme uno de los cochinillos gordezuelos? Estoy segura de que nunca echaría a faltar uno solo.

— ¡Qué bestia tan horrible y salvaje! —exclamó un cochinillo—. ¡Y después de haber sido tan buenos amigos y haber jugado juntos!

— Cuando no tengo hambre me encanta jugar con todos vosotros —dijo el gatito con recato—; pero cuando el estómago está vacío me parece que nada lo llenaría tan bien como un cochinillo gordo.

— ¡Y nosotros que nos fiábamos de ti! —dijo otro de los nueve con reproche.

— ¡Y te considerábamos respetable! — dijo otro.

— Parece que nos equivocamos — declaró un tercero mirando al gatito con temor—. Nadie con tan homicidas deseos debería pertenecer a nuestra compañía, estoy seguro.

— Ya ves, Eureka — observó Dorothy con reproche—, que te estás haciendo querer menos. Hay ciertas cosas que es propio de un gatito comer; pero nunca he oído que un gatito se coma a un cerdo en ninguna circunstancia.

— ¿Has visto alguna vez cerditos tan pequeños? — preguntó el gatito—. No son más grandes que ratones, y estoy segura de que los ratones sí son propios de que me los coma.

— No es cuestión de tamaño, querida; es cuestión de especie — respondió la niña—. Estos son las mascotas del señor Mago, igual que tú eres la mía, y no sería más correcto que te los comieras que que Jim te comiera a ti.

— Y eso es exactamente lo que haré si no dejas en paz a esas bolitas de cerdo — dijo Jim mirando fijamente al gatito con sus ojos grandes y redondos—. Si le haces daño a cualquiera de ellos te mastico al instante.

El gatito miró al caballo pensativo, como intentando decidir si lo decía en serio o no.

— En ese caso — dijo—, los dejaré en paz. No te quedan muchos dientes, Jim, pero los pocos que tienes son lo bastante afilados como para que me estremezca. Así que los cochinitos estarán perfectamente a salvo en adelante por lo que a mí respecta.

— Bien dicho, Eureka — observó el Mago con seriedad—. Seamos todos una familia feliz y querámoslos unos a los otros.

Eureka bostezó y se desperezó.

— Yo siempre he querido a los cochinitos — dijo—; pero ellos no me quieren a mí.

— Nadie puede querer a alguien que le da miedo — afirmó Dorothy—. Si te portas bien y no asustas a los cerditos, estoy segura de que se encariñarán mucho contigo.

El Mago volvió a meter a los nueve diminutos en su bolsillo y se reanudó el viaje.

— Ya debemos de estar bastante cerca de la cima — dijo el muchacho mientras subían penosamente la oscura escalera de caracol.

— El País de los Gárgolas no puede estar muy lejos de la superficie de la tierra — observó Dorothy—. Aquí abajo no es muy agradable. Me gustaría volver a casa, eso seguro.

Nadie respondió a esto, pues descubrieron que necesitaban todo el aliento para la subida. Los escalones se habían ido estrechando y Zeb y el Mago a menudo tenían que ayudar a Jim a arrastrar el buggy de un escalón al siguiente, o a impedir que se encajara contra las paredes rocosas.

Por fin, sin embargo, apareció ante ellos una tenue luz que fue haciéndose más clara y más intensa a medida que avanzaban.

— ¡Gracias a Dios que casi llegamos! — jadeó el pequeño Mago.

Jim, que iba en cabeza, vio el último escalón ante él y asomó la cabeza por encima de las paredes rocosas de la escalera. Luego se detuvo, se agachó y empezó a retroceder, de modo que casi cayó con el buggy encima de los demás.

— ¡Volvamos atrás! — dijo con su voz ronca.

— ¡Ni hablar! — protestó el cansado Mago—. ¿Qué te pasa, viejo?

— De todo — gruñó el caballo—. He echado una mirada a este lugar, y no es un país apropiado para las criaturas de verdad. Allí arriba todo está muerto: ni carne ni sangre ni nada que crezca.

— No importa; no podemos dar media vuelta — dijo Dorothy—, y de todas formas no pensamos quedarnos allí.

— Es peligroso — gruñó Jim con terquedad.

— Oye, buen corcel — intervino el Mago—, la pequeña Dorothy y yo hemos estado en muchos países extraños en nuestros viajes, y siempre hemos salido ilesos. Hasta hemos estado en el maravilloso País de Oz, ¿verdad, Dorothy?, así que el País de los Gárgolas nos importa bien poco. Adelante, Jim, y pase lo que pase lo afrontaremos.

—Bien —respondió el caballo—; esta es vuestra excursión, no la mía; así que si os metéis en problemas no me echéis la culpa.

Con estas palabras se inclinó hacia delante y arrastró el buggy por los últimos escalones. Los demás lo siguieron y pronto estaban todos de pie sobre una amplia plataforma contemplando la escena más curiosa y asombrosa que sus ojos habían contemplado jamás.

—¡El País de los Gárgolas es todo de madera! —exclamó Zeb; y así era. El suelo era serrín y los guijarros esparcidos por doquier eran nudos duros de los árboles, alisados con el tiempo. Había casas de madera de aspecto peculiar, con flores de madera tallada en los jardines delanteros. Los troncos de los árboles eran de madera ordinaria, pero las hojas de los árboles eran virutas de madera. Las zonas de hierba eran astillas de madera, y donde no había ni hierba ni serrín había un entarimado de madera sólida. Pájaros de madera revoloteaban entre los árboles y vacas de madera pastaban sobre la hierba de madera; pero lo más asombroso de todo eran las personas de madera: las criaturas conocidas como Gárgolas.

Estas eran muy numerosas, pues el lugar estaba densamente habitado, y un gran grupo de aquellos seres tan extraños se había congregado cerca, observando con mirada penetrante a los forasteros que habían salido de la larga escalera de caracol.

Los Gárgolas eran muy pequeños de estatura, pues no llegaban al metro de altura. Tenían el cuerpo redondo, las piernas cortas y gruesas y los brazos extraordinariamente largos y fornidos. Sus cabezas eran demasiado grandes para el cuerpo y sus caras eran decididamente feas de contemplar. Algunos tenían la nariz y la barbilla largas y curvadas, los ojos pequeños y la boca ancha y siempre sonriente. Otros tenían la nariz chata, los ojos saltones y las orejas con forma de elefante. Había muchos tipos, apenas dos iguales entre sí; pero todos eran igualmente desagradables de ver. La parte superior de la cabeza no tenía cabello, sino que estaba tallada en una variedad de formas fantásticas: algunos tenían una hilera de puntas o bolas en la parte superior, otros diseños que parecían flores o verduras, y otros cuadros que parecían gofres marcados en cruz sobre la cabeza. Todos llevaban cortas alas de madera fijadas a sus cuerpos de madera mediante bisagras de madera con tornillos de madera, y con esas alas volaban de aquí para allá rápida y silenciosamente, pues las piernas les servían de poco.

Aquel movimiento silencioso era una de las cosas más peculiares de los Gárgolas. No emitían sonido alguno ni al volar ni al intentar hablar, y se comunicaban principalmente mediante señales rápidas hechas con los dedos o los labios de madera. Tampoco se oía ningún sonido en ninguna parte por todo aquel país de madera. Los pájaros no cantaban, ni las vacas mugían; sin embargo, en todas partes había más actividad que de ordinario.

El grupo de aquellas extrañas criaturas que estaba congregado cerca de la escalera permaneció al principio mirando inmóvil y fijamente, con ojos malignos clavados en los intrusos que habían aparecido tan de repente en su tierra. A su vez el Mago y los niños, el caballo y el gatito, examinaron a los Gárgolas con la misma atención silenciosa.

—Esto se va a poner feo, estoy seguro —observó el caballo—. Desengánchame las correas, Zeb, y déjame libre del buggy para que pueda luchar cómodamente.

—Jim tiene razón —suspiró el Mago—. Esto se va a poner feo, y mi espada no es lo bastante resistente para cortar esos cuerpos de madera; así que tendré que sacar mis revólveres.

Sacó su maletín del buggy y, abriéndolo, extrajo dos revólveres de aspecto mortífero que hicieron que los niños se encogieran de miedo solo de verlos.

—¿Qué daño pueden hacernos los Gárgolas? —preguntó Dorothy—. No tienen armas para herirnos.

—Cada uno de sus brazos es una maza de madera —respondió el hombrecillo—, y estoy seguro de que las criaturas tienen malas intenciones, a juzgar por la mirada de sus ojos. Incluso estos revólveres solo conseguirán estropear algunos de sus cuerpos de madera, y después de eso estaremos a su merced.

—Pero entonces ¿para qué luchar? —preguntó la niña.

—Para morir con la conciencia tranquila —respondió el Mago con gravedad—. Es el deber de todo hombre hacer lo mejor que sabe; y yo voy a hacerlo.

—Ojalá tuviera un hacha —dijo Zeb, que para entonces ya había desenganchado al caballo.

—Si hubiéramos sabido que veníamos podríamos haber traído varias otras cosas útiles —respondió el Mago—. Pero hemos caído en esta aventura con bastante poca preparación.

Los Gárgolas se habían alejado cuando oyeron el sonido de la conversación, pues aunque nuestros amigos habían hablado en voz baja sus palabras sonaban fuerte en el silencio que los rodeaba. Pero en cuanto cesó la conversación las grotescas y feas criaturas se alzaron en bandada y volaron velozmente hacia los forasteros con los largos brazos extendidos ante ellos como los baupreses de una flota de veleros. El caballo había llamado especialmente su atención por ser la criatura más grande y extraña que habían visto jamás; así que se convirtió en el centro de su primer ataque.

Pero Jim estaba preparado, y cuando los vio venir les volvió las patas traseras y empezó a cocear con todas sus fuerzas. ¡Crac! ¡Crash! ¡Bang! Sus cascos herrados golpearon los cuerpos de madera de los Gárgolas, que salieron despedidos a derecha e izquierda con tal fuerza que se dispersaron como paja al viento. Pero el ruido y el estrépito les parecían tan terribles como los cascos de Jim, pues todos los que podían se dieron la vuelta y huyeron volando a gran distancia. Los demás se fueron levantando del suelo uno a uno y se reunieron rápidamente con sus compañeros, de modo que por un momento el caballo creyó que había ganado el combate con facilidad.

Pero el Mago no estaba tan convencido.

—A esas cosas de madera es imposible hacerles daño —dijo—, y todo el daño que Jim les ha hecho es arrancarles algunas astillas de la nariz y las orejas. Eso seguramente no los hará parecer más feos, y mi opinión es que no tardarán en volver al ataque.

—¿Por qué se han alejado? —preguntó Dorothy.

—Por el ruido, claro. ¿No recuerdas cómo escapó el Campeón gritando su grito de guerra?

—¿Y si escapamos también nosotros escalera abajo? —sugirió el muchacho—. Aún hay tiempo, y prefiero enfrentarme a los osos invisibles que a esos duendes de madera.

—No —respondió Dorothy con firmeza—, no podemos dar media vuelta, porque entonces nunca llegaríamos a casa. Luchemos hasta el final.

—Es lo que aconsejo —dijo el Mago—. Todavía no nos han vencido, y Jim solo vale por un ejército entero.

Pero los Gárgolas fueron lo bastante listos para no atacar al caballo la siguiente vez. Avanzaron en una gran nube, a la que se habían unido muchos más de los suyos, y volaron directamente por encima de la cabeza de Jim hacia donde estaban los demás.

El Mago alzó uno de sus revólveres y disparó contra la masa de enemigos, y el disparo resonó como un trueno en aquel lugar silencioso.

Algunos de los seres de madera cayeron de bruces al suelo, donde temblaron y se sacudieron en todos sus miembros; pero la mayoría consiguió girar y escapar de nuevo a distancia.

Zeb corrió y recogió uno de los Gárgolas que yacía más cerca. La parte superior de su cabeza estaba tallada como una corona, y la bala del Mago le había dado exactamente en el ojo izquierdo, que era un nudo de madera dura. La mitad de la bala había quedado clavada en la madera y la otra mitad sobresalía, de modo que había sido más bien el impacto y el ruido repentino lo que había derribado a la criatura que el hecho de estar realmente herida. Antes de que aquel Gárgola con corona se hubiera recuperado, Zeb le había enrollado varias veces una correa alrededor del cuerpo, inmovilizándole las alas y los brazos para que no pudiera moverse. Luego, habiendo atado firmemente a la criatura de madera, el muchacho abrochó la correa y lanzó a su prisionero al buggy. Para entonces los demás se habían retirado todos.

CAPÍTULO 12: UNA FUGA MARAVILLOSA

Durante un rato el enemigo dudó en renovar el ataque. Luego algunos de ellos avanzaron hasta que otro disparo del revólver del Mago los hizo retroceder.

—Bien —dijo Zeb—. Los tenemos en retirada, seguro.

—Pero solo por un tiempo —respondió el Mago sacudiendo la cabeza con semblante sombrío—. Estos revólveres tienen seis disparos cada uno, pero cuando se acaben estaremos indefensos.

Los Gárgolas parecían darse cuenta de ello, pues enviaban a un pequeño grupo de los suyos una y otra vez a atacar a los forasteros para que el hombrecillo gastara los disparos de sus revólveres. De ese modo ninguno de ellos recibía el impacto del terrible estampido más de una vez, pues el grueso del grupo se mantenía a distancia y cada vez se enviaba al combate una nueva compañía. Cuando el Mago hubo disparado todas sus doce balas no había causado ningún daño al enemigo salvo aturdir a unos pocos con el ruido, y por tanto no estaba más cerca de la victoria que al principio de la refriega.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Dorothy con inquietud.

—Gritemos todos juntos —dijo Zeb.

—Y luchemos al mismo tiempo —añadió el Mago—. Nos pondremos cerca de Jim para que pueda ayudarnos, y cada uno debe coger algún arma y hacer lo que pueda. Yo usaré mi espada, aunque no sirva de mucho en este asunto. Dorothy debe coger su sombrilla y abrirla de golpe cuando la gente de madera la ataque. Para ti, Zeb, no tengo nada.

—Yo usaré al rey —dijo el muchacho, y sacó a su prisionero del buggy. Los brazos del Gárgola atado se extendían mucho más allá de su cabeza, así que agarrándolo por las muñecas Zeb descubrió que el rey le hacía un buen

garrote. El muchacho era fuerte para su edad, pues había trabajado siempre en el campo; así que era probable que resultara más peligroso para el enemigo que el Mago.

Cuando la siguiente compañía de Gárgolas avanzó, nuestros aventureros empezaron a gritar como locos. Hasta el gatito lanzó un alarido espantosamente agudo, y al mismo tiempo Jim el caballo de punto relinchó con fuerza. Aquello arredró al enemigo por un momento, pero los defensores pronto se quedaron sin aliento. Al advertirlo, y al comprobar también que ya no iban a salir más de aquellos horrorosos «estampidos» de los revólveres, los Gárgolas avanzaron en una nube tan densa como un enjambre de abejas, llenando el aire con su número.

Dorothy se agachó en el suelo y abrió la sombrilla, que casi la cubría entera y le sirvió de gran protección. La hoja de la espada del Mago se partió en una docena de pedazos al primer golpe que dio contra la gente de madera. Zeb machacaba con el Gárgola que usaba de garrote hasta haber derribado docenas de enemigos; pero al final se apiñaron tan espesamente a su alrededor que ya no tenía espacio para mover los brazos. El caballo ejecutó unas coces prodigiosas e incluso Eureka colaboró lanzándose de cuerpo entero sobre los Gárgolas y arañándolos y mordiéndolos como un gato montés.

Pero toda aquella valentía no sirvió de absolutamente nada. Las criaturas de madera enrollaron sus largos brazos alrededor de Zeb y del Mago y los sujetaron con fuerza. Dorothy fue capturada de la misma manera, y un buen número de Gárgolas se colgó de las patas de Jim, cargándolo tanto que el pobre animal quedó inmovilizado. Eureka intentó una desesperada huida y salió disparada por el suelo como una centella; pero un Gárgola sonriente salió volando tras ella y la agarró antes de que hubiera llegado muy lejos.

Todos esperaban nada menos que la muerte inmediata; pero para su sorpresa las criaturas de madera se elevaron por el aire con ellos y los llevaron muy lejos, a lo largo de muchos kilómetros de país de madera, hasta llegar a una ciudad de madera. Las casas de aquella ciudad tenían muchos ángulos, siendo cuadradas y hexagonales y octagonales. Tenían forma de torre y las mejores parecían viejas y desgastadas por los años; sin embargo, todas eran sólidas y resistentes.

A una de aquellas casas, que no tenía ni puertas ni ventanas, sino solo una amplia abertura bastante alta debajo del tejado, fueron conducidos los prisioneros por sus captores. Los Gárgolas los empujaron sin miramientos dentro de la abertura, donde había una plataforma, y luego se marcharon volando y los dejaron solos. Como no tenían alas, los forasteros no podían salir volando, y si saltaban desde aquella altura sin duda se matarían. Las criaturas tenían el suficiente sentido como para razonar así, y el único error que cometieron fue suponer que la gente de la superficie de la tierra era incapaz de superar dificultades tan ordinarias.

Jim fue traído junto con los demás, aunque hicieron falta muchos Gárgolas para transportar al gran animal por el aire y dejarlo en la plataforma elevada, y el buggy fue metido a continuación porque pertenecía al grupo y la gente de madera no tenía ni idea de para qué servía ni si estaba vivo o no. Cuando el captor de Eureka hubo arrojado al gatito junto a los demás el último Gárgola desapareció en silencio, dejando a nuestros amigos respirar con alivio.

— ¡Qué pelea tan espantosa! — dijo Dorothy con la respiración entrecortada.

— Oh, no sé yo — ronroneó Eureka, alisándose el pelo erizado con la pata —; no hemos conseguido hacerle daño a nadie, y nadie ha conseguido hacernos daño a nosotros.

— Gracias a Dios que estamos juntos de nuevo, aunque seamos prisioneros — suspiró la niña.

— Me pregunto por qué no nos han matado en el acto — observó Zeb, que había perdido al rey en el combate.

— Probablemente nos están reservando para alguna ceremonia — respondió el Mago con aire reflexivo —; pero no cabe duda de que piensan matarnos de la manera más definitiva posible en poco tiempo.

— «De la manera más definitiva posible» sería bastante definitivo, ¿no? — preguntó Dorothy.

— Sí, querida. Pero no tenemos por qué preocuparnos por eso ahora mismo. Examinemos nuestra prisión y veamos cómo es.

El espacio bajo el tejado donde se encontraban les permitía ver los cuatro lados del alto edificio, y contemplaron con mucha curiosidad la ciudad que se extendía bajo ellos. Todo lo que se veía era de madera, y la escena parecía rígida y sumamente poco natural.

Desde su plataforma una escalera descendía al interior de la casa, y los niños y el Mago la exploraron después de encender un farol que los iluminara. Varias plantas de habitaciones vacías fue todo lo que hallaron; así que al cabo de un rato volvieron a la plataforma. Si las habitaciones de abajo hubieran tenido puertas o ventanas, o si las tablas de la casa no hubieran sido tan gruesas y resistentes, la fuga habría sido fácil; pero quedarse abajo era como estar en un sótano o en la bodega de un barco, y la oscuridad y el olor a humedad no les gustaban.

En aquel país, como en todos los demás que habían visitado bajo la superficie de la tierra, no había noche, y una luz constante e intensa provenía de alguna fuente desconocida. Mirando afuera podían ver el interior de algunas casas cercanas, que tenían abundantes ventanas abiertas, y distinguir las formas de los Gárgolas de madera moviéndose por sus viviendas.

—Este parece ser su momento de descanso —observó el Mago—. Toda la gente necesita descanso, aunque sea de madera, y como aquí no hay noche escogen un cierto momento del día para dormir o dormitar.

—Yo también tengo sueño —observó Zeb bostezando.

—Oye, ¿dónde está Eureka? —exclamó Dorothy de repente.

Todos miraron alrededor, pero el gatito no estaba por ninguna parte.

—Ha salido a dar un paseo —dijo Jim con brusquedad.

—¿Dónde? ¿Por el tejado? —preguntó la niña.

—No; ha clavado las garras en la madera y ha bajado por las paredes de esta casa hasta el suelo.

—No podía bajar trepando, Jim —dijo Dorothy—. Trepas significa subir.

—¿Quién lo dice? —preguntó el caballo.

—Mi maestra lo dice; y ella sabe mucho, Jim.

— «Tregar hacia abajo» se usa a veces en sentido figurado —observó el Mago.

— Bien, esta era la figura de un gato —dijo Jim—, y bajó de todas formas, tanto si trepó como si se deslizó.

— ¡Ay, qué descuidada es Eureka! —exclamó la niña con gran angustia—. ¡Los Gárgolas la atraparán seguro!

— ¡Ja, ja! —rio el viejo caballo de punto—. No son «Gárgoles», señorita; son Gárgolas.

— Da igual; la atraparán, sea como sea que se llamen.

— No la atraparán —dijo la voz del gatito, y Eureka en persona trepó por el borde de la plataforma y se sentó tranquilamente en el suelo.

— ¿Dónde has estado, Eureka? —preguntó Dorothy con severidad.

— Observando a la gente de madera. Son demasiado graciosos para ser verdad, Dorothy. Ahora mismo se están acostando todos, y ¿a que no sabéis lo que hacen? Desenganchan las bisagras de las alas y las dejan en un rincón hasta que se despiertan.

— ¿Cómo, las bisagras?

— No; las alas.

— Eso —dijo Zeb— explica por qué usan esta casa de prisión. Si alguno de los Gárgolas se porta mal y hay que meterlo en la cárcel, lo traen aquí y le quitan las alas desenganchadas hasta que promete portarse bien.

El Mago había escuchado con atención lo que Eureka había dicho.

— Ojalá tuviéramos algunas de esas alas sueltas —dijo.

— ¿Podríamos volar con ellas? —preguntó Dorothy.

— Creo que sí. Si los Gárgolas pueden desenganchar las alas entonces el poder de volar reside en las propias alas y no en los cuerpos de madera de la gente que las usa. Así que, si tuviéramos las alas, probablemente podríamos volar tan bien como ellos; al menos mientras estemos en su país y bajo el hechizo de su magia.

— Pero ¿de qué nos serviría poder volar? —preguntó la niña.

— Ven aquí — dijo el hombrecillo, y la llevó a uno de los rincones del edificio—. ¿Ves esa gran roca que hay en la ladera de la colina? — continuó señalando con el dedo.

— Sí; está bastante lejos, pero puedo verla — respondió ella.

— Bien, dentro de esa roca, que llega hasta las nubes, hay un arco muy parecido al que entramos cuando subimos la escalera de caracol desde el Valle de Voe. Iré a buscar mi catalejo y entonces podrás verlo más claramente.

Sacó un pequeño pero potente telescopio que guardaba en su maletín, y con él la niña vio claramente la abertura.

— ¿Adónde lleva? — preguntó.

— Eso no puedo decirlo — dijo el Mago—; pero ahora no podemos estar muy por debajo de la superficie de la tierra, y esa entrada puede llevar a otra escalera que nos saque a la superficie de nuestro mundo, donde pertenecemos. Así que, si tuviéramos las alas y pudiéramos escapar de los Gárgolas, podríamos volar a esa roca y estaríamos salvados.

— Yo os consigo las alas — dijo Zeb, que había escuchado todo aquello pensativo—. Es decir, si el gatito me muestra dónde están.

— Pero ¿cómo vas a bajar? — preguntó la niña con extrañeza.

Como respuesta Zeb comenzó a desabrochar los arneses de Jim, correa por correa, y a enlazar unas piezas con otras hasta hacer una larga tira de cuero que alcanzaría el suelo.

— Por ahí puedo bajar perfectamente — dijo.

— No puedes — observó Jim con un brillo en sus grandes ojos redondos—. Puedes bajar, pero solo se puede trepar hacia arriba.

— Bien, treparé hacia arriba cuando vuelva — dijo el muchacho con una carcajada—. Ahora, Eureka, tienes que mostrarme el camino a esas alas.

— Tienes que ser muy silencioso — advirtió el gatito—; pues si haces el menor ruido los Gárgolas se despertarán. Oyen caer un alfiler.

— No voy a dejar caer ningún alfiler — dijo Zeb.

Había atado un extremo de la correa a una rueda del buggy, y ahora dejó colgar el cabo por el lateral de la casa.

—Ten cuidado —le advirtió Dorothy con earnestidad.

—Lo tendré —dijo el muchacho, y se dejó deslizar por el borde.

La niña y el Mago se asomaron y vieron a Zeb avanzar con cuidado hacia abajo, mano sobre mano, hasta que se posó en el suelo de abajo. Eureka se sujetó con las garras a la pared de madera de la casa y bajó con facilidad. Luego se alejaron juntos para entrar por la baja puerta de una vivienda vecina.

Los que observaban esperaron en suspenso con el aliento contenido hasta que el muchacho apareció de nuevo con los brazos cargados de alas de madera.

Cuando llegó al lugar donde colgaba la correa ató todas las alas en un fardo al extremo del cabo, y el Mago las subió. Luego se bajó de nuevo la correa para que Zeb la subiera. Eureka lo siguió enseguida, y pronto estaban todos de pie sobre la plataforma con ocho de las tan preciadas alas de madera junto a ellos.

El muchacho ya no tenía sueño, sino que estaba lleno de energía y emoción. Recompuso los arneses y enganchó a Jim al buggy. Luego, con ayuda del Mago, intentó fijar algunas de las alas al viejo caballo de punto.

No era tarea fácil, porque la mitad de cada una de las bisagras de las alas faltaba, pues seguía unida al cuerpo del Gárgola que las había usado. Sin embargo, el Mago fue de nuevo a su maletín —que parecía contener una sorprendente variedad de artículos varios— y sacó un carrete de alambre resistente con el que lograron fijar cuatro de las alas a los arneses de Jim, dos cerca de la cabeza y dos cerca del rabo. Estaban algo inestables pero lo bastante seguras con tal de que los arneses aguantaran.

Las otras cuatro alas fueron fijadas entonces al buggy, dos a cada lado, pues el buggy tendría que soportar el peso de los niños y el Mago mientras volaba por el aire.

Aquellos preparativos no habían llevado mucho tiempo, pero los Gárgolas dormidos empezaban a despertar y a moverse, y en breve algunos

de ellos estarían buscando sus alas desaparecidas. Así que los prisioneros resolvieron abandonar su cárcel de inmediato.

Subieron al buggy, Dorothy con Eureka sujeta en el regazo. La niña se sentó en el centro del asiento, con Zeb y el Mago a cada lado. Cuando todo estuvo listo el muchacho sacudió las riendas y dijo:

— ¡Vuela, Jim!

— ¿Cuáles alas nuevo primero? — preguntó el caballo de punto con indecisión.

— Muévelas todas juntas — sugirió el Mago.

— Algunas están torcidas — objetó el caballo.

— No importa; gobernaremos con las alas del buggy — dijo Zeb—. Tú lánzate y pon rumbo a esa roca, Jim; y no pierdas el tiempo, tampoco.

Así que el caballo soltó un gemido, batió sus cuatro alas todas a la vez y se alejó de la plataforma volando. Dorothy estaba un poco inquieta por el éxito del viaje, pues la manera en que Jim arqueaba su largo cuello y extendía sus huesudas patas mientras aleteaba y se agitaba por el aire era suficiente para poner nerviosa a cualquiera. También gemía, como si tuviera miedo, y las alas crujían espantosamente porque el Mago había olvidado engrasarlas; pero llevaban bastante bien el compás con las alas del buggy, de modo que progresaron magníficamente desde el principio. Lo único de lo que alguien podría quejarse con justicia era el hecho de que oscilaban primero para arriba y luego para abajo, como si el camino tuviera baches en lugar de ser tan liso como el aire podía hacerlo.

Pero lo importante era que volaban, y que volaban deprisa, aunque un tanto desigualmente, hacia la roca a la que habían puesto rumbo.

Algunos Gárgolas los vieron en seguida y no tardaron en reunir un grupo para perseguir a los prisioneros fugados; de modo que cuando Dorothy se volvió a mirar los vio llegar en una gran nube que casi oscureció el cielo.

CAPÍTULO 13: LA GUARIDA DE LAS DRAGONETAS

Nuestros amigos llevaban buena ventaja y pudieron mantenerla, pues con sus ocho alas podían ir tan deprisa como los Gárgolas. Durante todo el camino hasta la gran roca la gente de madera los siguió, y cuando Jim aterrizó por fin en la boca de la caverna los perseguidores estaban todavía a cierta distancia.

—Pero me temo que aún pueden alcanzarnos —dijo Dorothy muy excitada.

—No; hay que detenerlos —declaró el Mago—. ¡Deprisa, Zeb, ayúdame a arrancar estas alas de madera!

Arrancaron las alas, para las que ya no tenían más uso, y el Mago las apiló en un montón justo en la entrada de la caverna. Luego vertió sobre ellas todo el petróleo que quedaba en su lata, y encendiendo una cerilla prendió fuego al montón.

Las llamas brotaron de inmediato y la hoguera empezó a humear y rugir y crepitar en el mismo momento en que llegaba el gran ejército de Gárgolas de madera. Las criaturas retrocedieron al instante, llenas de miedo y horror; pues algo tan terrible como el fuego nunca lo habían conocido en toda la historia de su país de madera.

Dentro del arco había varias puertas que daban a distintas habitaciones construidas en la montaña, y Zeb y el Mago las arrancaron de sus goznes y las arrojaron todas a las llamas.

—Eso servirá de barrera por algún tiempo —dijo el hombrecillo sonriendo con satisfacción en toda su arrugada cara ante el éxito de su estratagema—. Quizá las llamas le prendan fuego a todo ese miserable país de madera, y si es así la pérdida será muy pequeña y nadie echará de menos a los Gárgolas. Pero vamos, hijos míos; exploremos la montaña y descubramos

qué camino debemos seguir para salir de esta caverna, que se está poniendo casi tan caliente como un horno.

Para su decepción no había dentro de aquella montaña una escalinata regular por la que pudieran subir a la superficie de la tierra. Una especie de túnel inclinado llevaba hacia arriba por un trecho, y el suelo era tanto irregular como empinado. Luego un giro repentino los llevó a una galería estrecha por donde el buggy no podía pasar. Aquello los retrasó y les causó molestias por un tiempo, pues no querían dejar el buggy atrás. Les servía de transporte para el equipaje y era útil para ir en él donde hubiera buenos caminos, y como los había acompañado tan lejos en sus viajes se sentían obligados a conservarlo. Así que Zeb y el Mago se pusieron manos a la obra y desmontaron las ruedas y la capota, y luego pusieron el buggy de canto para que ocupara el menor espacio posible. En esa posición lograron, con la ayuda del paciente caballo de punto, arrastrar el vehículo por la parte estrecha del pasaje. Por fortuna no era una gran distancia, y cuando el camino se ensanchó volvieron a montar el buggy y prosiguieron con más comodidad. Pero el camino no era más que una serie de grietas o fisuras en la montaña, que zigzagueaba en todas direcciones, inclinándose primero hacia arriba y luego hacia abajo hasta que les resultaba imposible saber si estaban más cerca de la superficie de la tierra que cuando habían partido, horas antes.

—De todos modos —dijo Dorothy—, hemos escapado de esos horribles Gárgolas, y eso es un consuelo.

—Probablemente los Gárgolas siguen ocupados intentando apagar el fuego —respondió el Mago—. Pero aunque lo lograran les resultaría muy difícil volar entre estas rocas; así que estoy seguro de que ya no tenemos nada que temer de ellos.

De vez en cuando se topaban con una grieta profunda en el suelo que hacía el camino bastante peligroso; pero los faroles aún tenían petróleo suficiente para darles luz, y las grietas no eran tan anchas que no pudieran saltar sobre ellas. A veces tenían que trepar por montones de roca suelta, donde Jim apenas podía arrastrar el buggy. En tales momentos Dorothy, Zeb y el Mago empujaban todos desde atrás y levantaban las ruedas por los sitios más difíciles; así que lograban, a fuerza de duro trabajo, seguir avanzando. Pero el pequeño grupo estaba cansado y desanimado cuando por fin, al

doblar una esquina abrupta, los caminantes se encontraron en una vasta caverna que se arqueaba muy por encima de sus cabezas y tenía un suelo liso y nivelado.

La caverna era de forma circular, y por todo su borde, cerca del suelo, aparecían grupos de luces amarillas apagadas que siempre iban de dos en dos. Al principio estaban inmóviles, pero pronto empezaron a brillar con más fuerza y a oscilar despacio de un lado a otro y luego hacia arriba y hacia abajo.

—¿Qué clase de lugar es este? —preguntó el muchacho intentando ver con más claridad en la penumbra.

—No tengo ni idea —respondió el Mago, también escudriñando a su alrededor.

—¡Ugh! —bufó Eureka arqueando el lomo hasta que el pelo se le puso tieso—. ¡Es una guarida de caimanes, o cocodrilos, o alguna otra criatura horrible! ¿No veis sus terribles ojos?

—Eureka ve mejor en la oscuridad que nosotros —susurró Dorothy—. Dinos, querida, ¿qué aspecto tienen las criaturas? —preguntó dirigiéndose a su mascota.

—Sencillamente no puedo describirlas —respondió el gatito estremeciéndose—. Tienen los ojos como platos de tarta y las bocas como cubos de carbón. Pero los cuerpos no parecen muy grandes.

—¿Dónde están? —preguntó la niña.

—Están en pequeños huecos a lo largo de todo el borde de esta caverna. Oh, Dorothy, ¡no puedes imaginarte qué criaturas tan horrorosas son! Son más feas que los Gárgolas.

—¡Vamos, vamos! Ten cuidado con cómo criticas a tus vecinos —dijo una voz áspera cercana—. En realidad vosotros también sois criaturas de aspecto bastante feo, y estoy seguro de que nuestra madre nos dice a menudo que somos las criaturas más encantadoras y bonitas de todo el mundo.

Al oír aquellas palabras nuestros amigos se volvieron en dirección al sonido, y el Mago sostuvo sus faroles de modo que su luz inundara uno de los pequeños huecos de la roca.

— ¡Pero si es un dragón! — exclamó.

— No — respondió el dueño de los grandes ojos amarillos que los miraban fijamente —; os equivocáis. Esperamos llegar a ser dragones algún día, pero de momento solo somos dragonetas.

— ¿Qué es eso? — preguntó Dorothy mirando con temor la gran cabeza escamosa, la boca abierta de par en par y los ojos grandes.

— Dragones jóvenes, naturalmente; pero no se nos permite llamarnos dragones de verdad hasta que alcancemos nuestro pleno desarrollo — fue la respuesta —. Los dragones grandes son muy orgullosos y no creen que los niños valgan mucho; pero nuestra madre dice que algún día seremos todos muy poderosos e importantes.

— ¿Dónde está vuestra madre? — preguntó el Mago mirando a su alrededor con inquietud.

— Ha subido a la superficie de la tierra a cazar nuestra cena. Si tiene suerte nos traerá un elefante, o un par de rinocerontes, o quizá algunas docenas de personas para saciar nuestra hambre.

— ¡Oh! ¿Tenéis hambre? — preguntó Dorothy echándose hacia atrás.

— Mucha — dijo la dragoneta chasqueando las mandíbulas.

— ¿Y... y os coméis a las personas?

— Desde luego, cuando podemos conseguirlas. Pero han escaseado bastante en los últimos años y normalmente tenemos que conformarnos con elefantes o búfalos — respondió la criatura con tono lamentoso.

— ¿Cuántos años tenéis? — preguntó Zeb, que miraba fijamente los ojos amarillos como si estuviera hechizado.

— Bastante joven, me pesa decirlo; y todos mis hermanos y hermanas que veis aquí tienen prácticamente mi misma edad. Si no recuerdo mal, cumplimos sesenta y seis años anteayer.

— ¡Pero eso no es ser joven! — exclamó Dorothy con asombro.

— ¿No? — dijo lentamente la dragoneta —. A mí me parece una edad muy de bebé.

— ¿Cuántos años tiene vuestra madre? — preguntó la niña.

—Nuestra madre tiene unos dos mil años; pero descuidadamente perdió la cuenta de su edad hace unos siglos y se saltó varios centenares. Es un poco maniática, ¿sabéis?, y tiene miedo de envejecer, siendo viuda y estando todavía en la flor de la vida.

—No me sorprende —asintió Dorothy. Luego, tras un momento de reflexión, preguntó—: ¿Somos amigos o enemigos? Quiero decir, ¿vais a ser buenos con nosotros, o pensáis comernos?

—En cuanto a eso, a las dragonetas nos encantaría comerlos, pequeña; pero por desgracia nuestra madre ha atado todos nuestros rabos a las rocas al fondo de nuestras cuevas individuales, de modo que no podemos salir a por vosotros. Si elegís acercaros os tragaremos en un abrir y cerrar de ojos; pero si no lo hacéis estaréis perfectamente seguros.

Había un acento de pesar en la voz de la criatura, y ante aquellas palabras todas las demás dragonetas suspiraron con lástima.

Dorothy se sintió aliviada. Al poco preguntó:

—¿Por qué os ató vuestra madre los rabos?

—Oh, a veces se ausenta varias semanas en sus viajes de caza, y si no estuviéramos atados rastraríamos por toda la montaña y nos pelearíamos unos con otros y nos meteríamos en un montón de travesuras. Nuestra madre suele saber lo que hace, pero esta vez cometió un error; pues seguramente vosotros escaparéis de nosotros a menos que os acerquéis demasiado, y probablemente no lo haréis.

—¡No, desde luego! —dijo la niña—. No tenemos ningún deseo de ser comidos por bestias tan terribles.

—Permitidme deciros —respondió la dragoneta— que sois bastante descorteses al insultarnos, sabiendo que no podemos responder a vuestras injurias. Nos consideramos a nosotras mismas de muy bello aspecto, pues nuestra madre así nos lo ha dicho, y ella sabe. Y somos de una familia excelente y tenemos un árbol genealógico que quisiera ver igualado por cualquier ser humano, pues se remonta unos veinte mil años, a los tiempos del famoso Dragón Verde de la Atlántida, que vivió en una época en que los seres humanos aún no habían sido creados. ¿Puedes igualar ese árbol genealógico, pequeña?

—Bien —dijo Dorothy—, yo nací en una granja de Kansas, y creo que eso es tan respetable y digno como vivir en una cueva con el rabo atado a una roca. Si no lo es, tendré que aguantarme.

—Para gustos, los colores —murmuró la dragoneta bajando despacio sus escamosos párpados sobre sus ojos amarillos hasta que parecieron medias lunas.

Tranquilizados por el hecho de que las criaturas no podían salir de sus huecos de roca, los niños y el Mago se tomaron tiempo para examinarlas más de cerca. Las cabezas de las dragonetas eran tan grandes como barriles y estaban cubiertas de duras escamas de color verdoso que relucían brillantemente bajo la luz de los faroles. Sus patas delanteras, que nacían justo detrás de la cabeza, eran también fuertes y grandes; pero sus cuerpos eran más estrechos que las cabezas y se iban estrechando en una larga línea hasta que sus rabos eran delgados como un cordón de zapato. Dorothy pensó que, si les había llevado sesenta y seis años crecer hasta aquel tamaño, tardarían como mínimo cien años más antes de poder llamarse dragones, y eso parecía mucho tiempo para esperar a hacerse mayores.

—Se me ocurre —dijo el Mago— que deberíamos salir de este lugar antes de que vuelva la madre dragón.

—No tengáis prisa —llamó una de las dragonetas—; a nuestra madre le alegrará conoceros, estoy segura.

—Puede que tengáis razón —respondió el Mago—, pero somos un poco exigentes en materia de compañías. ¿Tendrías la amabilidad de decirnos por dónde fue vuestra madre para subir a la superficie de la tierra?

—Esa no es una pregunta justa que hacernos —declaró otra dragoneta—. Pues si os dijéramos la verdad podríais escapar de nosotras por completo; y si os mintiéramos seríamos traviesas y merecerías que nos castigaran.

—Entonces —decidió Dorothy—, tendremos que encontrar el camino de salida lo mejor que podamos.

Rodearon toda la caverna manteniéndose a buena distancia de los parpadeantes ojos amarillos de las dragonetas, y descubrieron que en la pared opuesta al lugar por donde habían entrado había dos caminos. Escogieron uno al azar y se apresuraron por él tan deprisa como podían,

pues no tenían ni idea de cuándo volvería la madre dragón y tenían muchísimas ganas de no hacer su conocimiento.

CAPÍTULO 14: OZMA USA EL CINTURÓN MÁGICO

Durante un buen trecho el camino llevaba directamente hacia arriba con una suave inclinación, y los caminantes avanzaron con tanto ímpetu que se fueron llenando de esperanza y entusiasmo, creyendo que en cualquier momento verían la luz del sol. Pero al final se toparon inesperadamente con una enorme roca que bloqueaba el pasaje y les impedía dar un solo paso más.

Aquella roca estaba separada del resto de la montaña y estaba en movimiento, girando despacio sobre sí misma como sobre un pivote. Cuando llegaron a ella por primera vez tenían ante ellos una pared sólida; pero al poco giró hasta dejar al descubierto un camino ancho y liso que cruzaba hasta el otro lado. Aquello apareció tan inesperadamente que al principio no estaban preparados para aprovecharlo, y dejaron que la pared de roca diera vuelta de nuevo antes de decidirse a cruzar. Pero ya sabían que había una manera de escapar y esperaron con paciencia a que el camino apareciera por segunda vez.

Los niños y el Mago cruzaron corriendo la roca giratoria y saltaron al pasaje del otro lado, aterrizando sanos y salvos aunque algo sin aliento. Jim el caballo de punto llegó el último, y la pared de roca casi lo cogió; pues justo cuando saltó al suelo del pasaje siguiente la pared giró cerrándolo, y una piedra suelta que golpearon las ruedas del buggy cayó en la estrecha ranura por donde giraba la roca y quedó encajada allí.

Oyeron un crujido y un rechinamiento, un fuerte chasquido, y el plato giratorio se detuvo con su superficie más ancha bloqueando el camino por el que habían venido.

—No importa —dijo Zeb—; de todas formas no queremos volver.

—No estoy tan segura de eso —respondió Dorothy—. La madre dragón puede bajar y atraparnos aquí.

—Es posible —asintió el Mago—, si resulta ser el camino que ella suele tomar. Pero he estado examinando este túnel y no veo señales de que haya pasado por él una bestia tan grande.

—Entonces estamos bien —dijo la niña—, pues si el dragón fue por el otro lado ya no puede llegar hasta nosotros de ningún modo.

—Claro que no, querida. Pero hay otra cosa que considerar. La madre dragón probablemente conoce el camino a la superficie de la tierra, y si fue por el otro lado es que hemos tomado el camino equivocado —dijo el Mago pensativo.

—¡Vaya! —exclamó Dorothy—. Eso sería un fastidio, ¿verdad?

—Mucho. A menos que este pasaje también lleve a la superficie de la tierra —dijo Zeb—. Por mi parte, si conseguimos salir de aquí me alegra que no sea el camino por donde va el dragón.

—Y a mí —respondió Dorothy—. Basta con que esas impertinentes dragonetas te echen en cara tu árbol genealógico. Quién sabe lo que podría hacer la madre.

Volviéron a ponerse en marcha, trepando despacio por otra empinada subida. Los faroles empezaban a debilitarse, y el Mago vertió el petróleo que quedaba de uno en el otro para que la única luz durara más. Pero su viaje estaba casi terminado, pues al poco tiempo llegaron a una pequeña caverna de la que no había ninguna salida más.

Al principio no se dieron cuenta de su mala fortuna, pues sus corazones se llenaron de alegría al ver un rayo de sol que se colaba por una pequeña grieta en el techo de la caverna, muy arriba. Eso significaba que su mundo —el mundo real— no estaba muy lejos, y que la sucesión de aventuras peligrosas que habían vivido los había acercado por fin a la superficie de la tierra, que para ellos significaba el hogar. Pero cuando los aventureros miraron

con más atención a su alrededor descubrieron que estaban en una sólida prisión de la que no había ninguna esperanza de escapar.

—Pero estamos casi en la tierra —exclamó Dorothy—. ¡Ahí está el sol, el sol más hermoso que brilla! —y señaló con entusiasmo la grieta en el lejano techo.

—Casi en la tierra no es estar en ella —dijo el gatito con tono descontento—. Ni siquiera yo podría llegar hasta esa grieta o pasar por ella aunque lo consiguiera.

—Parece que el camino termina aquí —anunció el Mago con semblante sombrío.

—Y no hay manera de volver atrás —añadió Zeb con un silbido de perplejidad.

—Ya estaba seguro de que llegaríamos a esto al final —observó el viejo caballo de punto—. La gente no cae al centro de la tierra y luego vuelve para contarlo; no en la vida real. Y todo el asunto ha sido antinatural porque ese gato y yo somos capaces de hablar en vuestra lengua y de entender las palabras que decís.

—Y también los nueve cochinitos diminutos —añadió Eureka—. No os olvidéis de ellos, pues puede que al final tenga que comerlos.

—He oído hablar a los animales antes —dijo Dorothy—, y no pasó nada malo.

—¿Te han encerrado antes en una cueva muy bajo tierra sin manera de salir? —preguntó el caballo con seriedad.

—No —respondió Dorothy—. Pero no pierdas la esperanza, Jim, pues estoy segura de que esto no es el final de nuestra historia, ni mucho menos.

La referencia a los cochinitos le recordó al Mago que sus mascotas no habían tenido mucho ejercicio últimamente y debían de estar cansadas de su prisión en el bolsillo. Así que se sentó en el suelo de la caverna, fue sacando a los cochinitos uno a uno y los dejó corretear a su antojo.

—Queridos míos —les dijo—, me temo que os he metido en un buen lío, y que nunca más podréis salir de esta lúgubre caverna.

—¿Qué pasa? —preguntó un cochinito—. Llevamos bastante tiempo en la oscuridad y bien puedes explicarnos lo que ha ocurrido.

El Mago les contó la desgracia que había caído sobre los caminantes.

—Bien —dijo otro cochinito—, eres un mago, ¿no?

—Lo soy —respondió el hombrecillo.

—Entonces puedes hacer unos cuantos magismos y sacarnos de este hoyo —declaró el pequeñín con mucha confianza.

—Podría si fuera un mago de verdad —respondió el amo con tristeza—. Pero no lo soy, cochinitos míos; soy un mago de pacotilla.

—¡Tonterías! —exclamaron varios de los cochinitos a la vez.

—Podéis preguntarle a Dorothy —dijo el hombrecillo con tono ofendido.

—Es verdad —respondió la niña con seriedad—. Nuestro amigo Oz es simplemente un mago de pacotilla, pues me lo demostró en su momento. Puede hacer algunas cosas verdaderamente maravillosas si sabe cómo hacerlas. Pero no puede hacer ni un solo magismo si no tiene las herramientas y la maquinaria con que trabajar.

—Gracias, querida, por hacerme justicia —respondió el Mago con agradecimiento—. Que me acusen de ser un mago de verdad, cuando no lo soy, es una calumnia que no voy a aceptar sin protestar. Pero soy uno de los más grandes magos de pacotilla que jamás hayan existido, y os daréis cuenta de ello cuando hayamos muerto todos de hambre y nuestros huesos estén esparcidos por el suelo de esta solitaria caverna.

—No creo que nos demos cuenta de nada cuando llegue ese momento —observó Dorothy, que había estado pensando profundamente—. Pero no voy a esparcir mis huesos todavía, porque los necesito, y probablemente vosotros también necesitáis los vuestros.

—Somos incapaces de escapar —suspiró el Mago.

—Quizá nosotros sí —respondió Dorothy sonriéndole—, pero hay otros que pueden hacer más que nosotros. Animaos, amigos. Estoy segura de que Ozma nos ayudará.

—¿Ozma? —exclamó el Mago—. ¿Quién es Ozma?

—La niña que gobierna el maravilloso País de Oz —fue la respuesta—. Es amiga mía, pues me encontré con ella en el País de Ev no hace mucho, y fui con ella a Oz.

—¿Por segunda vez? —preguntó el Mago con gran interés.

—Sí. La primera vez que fui a Oz te encontré allí, gobernando la Ciudad Esmeralda. Después de que te fuiste en globo y escapaste, yo volví a Kansas gracias a un par de zapatos de plata mágicos.

—Recuerdo esos zapatos —dijo el hombrecillo asintiendo—. Pertenecieron a la Bruja Malvada. ¿Los tienes aquí contigo?

—No; los perdí en algún punto del aire —explicó la niña—. Pero la segunda vez que fui al País de Oz era dueña del Cinturón Mágico del Rey de los Nombres, que es mucho más poderoso que los Zapatos de Plata.

—¿Dónde está ese Cinturón Mágico? —preguntó el Mago, que había escuchado con gran interés.

—Ozma lo tiene; pues sus poderes no funcionan en un país corriente y normal como los Estados Unidos. Cualquiera en un país de hadas como el País de Oz puede hacer cualquier cosa con él; así que se lo dejé a mi amiga la Princesa Ozma, que lo usó para desearme en Australia con el tío Henry.

—¿Y fuiste? —preguntó Zeb asombrado ante lo que oía.

—Claro; en un abrir y cerrar de ojos. Y Ozma tiene un cuadro encantado colgado en su habitación que le muestra la escena exacta donde se encuentra cualquiera de sus amigos en el momento en que ella lo desee. Lo único que tiene que hacer es decir: «Me pregunto qué estará haciendo Fulano», y enseguida el cuadro muestra dónde está su amigo y qué está haciendo. Eso es magia de verdad, señor Mago, ¿verdad? Bien, todos los días a las cuatro en punto Ozma ha prometido mirarme en ese cuadro, y si necesito ayuda debo hacerle una determinada señal y ella se pondrá el Cinturón Mágico del Rey de los Nombres y me deseará con ella en Oz.

—¿Quieres decir que la Princesa Ozma verá esta caverna en su cuadro encantado, y nos verá a todos aquí, y lo que estamos haciendo? —exigió saber Zeb.

—Claro; cuando sean las cuatro —respondió ella riendo ante su expresión de sorpresa.

—¿Y cuando le hagas la señal te llevará junto a ella en el País de Oz? — continuó el muchacho.

—Exactamente; mediante el Cinturón Mágico.

—Entonces —dijo el Mago—, estarás a salvo, pequeña Dorothy, y me alegro muchísimo. Los demás moriremos mucho más contentos sabiendo que has escapado de nuestro triste destino.

—¡Yo no pienso morir contenta! —protestó el gatito—. En el morir no veo nada de contento que yo haya podido ver nunca, aunque dicen que un gato tiene nueve vidas y por tanto debe morir nueve veces.

—¿Has muerto alguna vez? —preguntó el muchacho.

—No, y no tengo ningún deseo de empezar —dijo Eureka.

—No te preocupes, querida —exclamó Dorothy—. Te cogeré en brazos y te llevaré conmigo.

—¡Llevadnos a nosotros también! —gritaron los nueve cochinillos diminutos todos a la vez.

—Quizá pueda —respondió Dorothy—. Lo intentaré.

—¿No podrías encontrar la manera de llevarme en brazos? —preguntó el caballo de punto.

Dorothy se echó a reír.

—Lo haré incluso mejor que eso —prometió—, pues puedo salvaros a todos fácilmente una vez que esté yo misma en el País de Oz.

—¿Cómo? —preguntaron.

—Usando el Cinturón Mágico. Lo único que tengo que hacer es desearos conmigo, y allí estaréis, a salvo en el palacio real.

—¡Bien! —exclamó Zeb.

—Yo construí ese palacio, y también la Ciudad Esmeralda —observó el Mago con tono pensativo—, y me gustaría volver a verlos, pues era muy feliz entre los Munchkins y los Winkies y los Quadlings y los Gillikins.

—¿Quiénes son esos? —preguntó el muchacho.

—Las cuatro naciones que habitan el País de Oz —fue la respuesta—. Me pregunto si me tratarían bien si volviera.

—¡Claro que sí! —declaró Dorothy—. Siguen orgullosos de su antiguo Mago y a menudo hablan de ti con cariño.

—¿Sabes qué fue del Hombre de Hojalata y el Espantapájaros? —preguntó.

—Siguen viviendo en Oz —dijo la niña—, y son personas muy importantes.

—¿Y el León Cobarde?

—Oh, él también vive allí, con su amigo el Tigre Hambriento; y Billina está allí porque le gustó más el lugar que Kansas y no quiso volver conmigo a Australia.

—Me temo que no conozco al Tigre Hambriento ni a Billina —dijo el Mago sacudiendo la cabeza—. ¿Es Billina una niña?

—No; es una gallina amarilla y una gran amiga mía. Seguro que te cae bien Billina cuando la conozcas —aseguró Dorothy.

—Tus amigos suenan a un zoológico —observó Zeb con inquietud—. ¿No podrías desearme en algún lugar más seguro que Oz?

—No te preocupes —respondió la niña—. Adorarás a la gente de Oz cuando la conozcas. ¿Qué hora es, señor Mago?

El hombrecillo miró su reloj, uno grande de plata que llevaba en el bolsillo del chaleco.

—Las tres y media —dijo.

—Entonces tenemos que esperar media hora —continuó ella—; pero no tardará mucho después de eso en llevarnos a todos a la Ciudad Esmeralda.

Se quedaron en silencio pensando durante un rato. Entonces Jim preguntó de repente:

—¿Hay caballos en Oz?

—Solo uno —respondió Dorothy—, y es un caballejo de sierra.

—¿Un qué?

—Un caballejo de sierra. La Princesa Ozma lo cobró vida una vez con un polvo de bruja, cuando era un niño.

—¿Ozma fue niño alguna vez? —preguntó Zeb con asombro.

—Sí; una bruja malvada la encantó para que no pudiera gobernar su reino. Pero ahora es una niña, la más dulce y encantadora de todo el mundo.

—Un caballejo de sierra es un artilugio en el que se apoyan las tablas para serrarlas —observó Jim con un resoplido.

—Lo es cuando no está vivo —reconoció la niña—. Pero este caballejo puede trotar tan deprisa como tú, Jim; y además es muy sabio.

—¡Bah! ¡Echaré una carrera con ese miserable asno de madera cualquier día de la semana! —exclamó el caballo de punto.

Dorothy no respondió a eso. Sentía que Jim conocería mejor al Caballejo de Sierra más adelante.

El tiempo se arrastró penosamente para los ansiosos observadores, pero al final el Mago anunció que habían dado las cuatro, y Dorothy cogió al gatito en brazos y empezó a hacer la señal convenida a la lejana e invisible Ozma.

—No parece que pase nada —dijo Zeb con duda.

—Oh, hay que darle tiempo a Ozma para que se ponga el Cinturón Mágico —respondió la niña.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando de repente desapareció de la caverna, y con ella el gatito. No se había oído ningún ruido ni había habido ninguna advertencia. Un momento Dorothy estaba sentada junto a ellos con el gatito en el regazo, y un momento después el caballo, los cochinitos, el Mago y el muchacho eran todo lo que quedaba en la prisión subterránea.

—Creo que pronto la seguiremos —anunció el Mago con tono de gran alivio—; pues conozco algo de la magia del país de las hadas que se llama el País de Oz. Preparémonos, pues pueden mandarnos llamar en cualquier momento.

Guardó a los cochinitos de nuevo en su bolsillo y luego él y Zeb subieron al buggy y se sentaron con expectación en el asiento.

—¿Dolerá? —preguntó el muchacho con voz que temblaba un poco.

—En absoluto —respondió el Mago—. Ocurrirá todo tan deprisa como un parpadeo.

Y así fue exactamente.

El caballo de punto dio un nervioso respingo y Zeb empezó a frotarse los ojos para asegurarse de que no estaba soñando. Pues se encontraban en las calles de una hermosa ciudad de color verde esmeralda, bañada en una agradable luz verde que sus ojos agradecían especialmente, y rodeados de gente de rostro alegre en suntuosos trajes de verde y oro de muchos diseños extraordinarios.

Ante ellos estaban las puertas tachonadas de joyas de un magnífico palacio, y ahora las puertas se abrían lentamente como invitándoles a entrar en el patio, donde florecían espléndidas flores y bonitas fuentes lanzaban sus plateados chorros al aire.

Zeb agitó las riendas para despertar al caballo de punto de su estupor de asombro, pues la gente empezaba a congregarse alrededor mirando fijamente a los forasteros.

—¡Arre! —gritó el muchacho, y ante aquella palabra Jim trotó despacio hacia el patio y tiró del buggy por el camino enjoyado hasta la gran entrada del palacio real.

CAPÍTULO 15: SE REÚNEN LOS VIEJOS AMIGOS

Muchos criados vestidos con elegantes uniformes estaban listos para recibir a los recién llegados, y cuando el Mago bajó del buggy una bonita joven

con un vestido verde exclamó sorprendida:

—¡Pero si es Oz, el Maravilloso Mago, que ha vuelto!

El hombrecillo la miró con atención y luego tomó las dos manos de la doncella entre las suyas y las estrechó cordialmente.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Si es la pequeña Jellia Jamb, tan viva y bonita como siempre!

—¿Por qué no, señor Mago? —preguntó Jellia con una reverencia—. Pero me temo que no podéis gobernar la Ciudad Esmeralda como antes, porque ahora tenemos una bella Princesa a quien todos quieren entrañablemente.

—Y su pueblo no la cedería de buen grado —añadió un alto soldado con uniforme de General en Jefe.

El Mago se volvió a mirarlo.

—¿No llevabais en otro tiempo una barba verde? —preguntó.

—Sí —dijo el soldado—; pero me la afeité hace mucho tiempo, y desde entonces he ascendido de soldado raso a General en Jefe de los Ejércitos Reales.

—Eso está bien —dijo el hombrecillo—. Pero os aseguro, buena gente, que no deseo gobernar la Ciudad Esmeralda —añadió con seriedad.

—¡En ese caso sois muy bienvenido! —gritaron todos los criados, y al Mago le complació notar el respeto con que los servidores reales se inclinaban ante él. Su fama no había sido olvidada en el País de Oz, en modo alguno.

—¿Dónde está Dorothy? —preguntó Zeb con ansiedad, bajando del buggy y quedando junto a su amigo el pequeño Mago.

—Está con la Princesa Ozma, en las habitaciones privadas del palacio —respondió Jellia Jamb—. Pero nos ha encargado que os demos la bienvenida y os acompañemos a vuestros aposentos.

El muchacho miró a su alrededor con ojos maravillados. Aquella magnificencia y riqueza que se desplegaba en aquel palacio superaba todo lo que

hubiera soñado jamás, y apenas podía creer que todo aquel esplendor deslumbrante fuera real y no oropel.

—¿Y yo qué? —preguntó el caballo con inquietud. Había conocido bastante la vida de las ciudades en sus años mozos y sabía que aquel palacio regio no era lugar para él.

Incluso a Jellia Jamb le costó un momento saber qué hacer con el animal. La doncella verde estaba muy asombrada ante la vista de una criatura tan insólita, pues los caballos eran desconocidos en aquel País; pero los que vivían en la Ciudad Esmeralda estaban acostumbrados a ver cosas raras, de modo que tras examinar al caballo de punto y notar la expresión apacible de sus grandes ojos la joven decidió no tenerle miedo.

—Aquí no hay establos —dijo el Mago—, a menos que hayan construido algunos desde que me fui.

—Nunca los hemos necesitado antes —respondió Jellia—; pues el Caballejo de Sierra vive en una habitación del palacio, siendo mucho más pequeño y de aspecto más natural que esta gran bestia que habéis traído.

—¿Quiere decir eso que soy un bicho raro? —preguntó Jim con enojo.

—Oh, no —se apresuró a decir ella—; puede que haya muchos como vos en el lugar de donde venís, pero en Oz cualquier caballo que no sea el Caballejo es inusual.

Eso calmó un poco a Jim, y tras meditarlo la doncella verde decidió darle una habitación en el palacio, pues aquel edificio tan grande tenía muchas habitaciones que rara vez se usaban.

Así que Zeb desenganchó a Jim, y varios de los criados llevaron entonces al caballo a la parte trasera, donde escogieron un bonito y amplio aposento que podría tener para él solo.

Entonces Jellia dijo al Mago:

—Vuestra habitación, la que estaba detrás del gran Salón del Trono, ha estado vacía desde que nos dejasteis. ¿Queréis recuperarla?

—¡Ya lo creo! —respondió el hombrecillo—. Será como volver a casa, pues viví en aquella habitación durante muchos, muchos años.

Conocía el camino, y un criado lo siguió llevando su maletín. A Zeb también lo escoltaron a una habitación, tan grandiosa y hermosa que casi tenía miedo de sentarse en las sillas o tumbarse en la cama para no deslucir su esplendor. En los armarios descubrió muchos elegantes trajes de ricos terciopelos y brocados, y uno de los asistentes le dijo que se vistiera con cualquiera de las ropas que le gustaran y que se preparara para cenar con la Princesa y Dorothy en una hora.

Junto a la alcoba había un magnífico cuarto de baño con una bañera de mármol de agua perfumada; así que el muchacho, aún aturdido por la novedad de lo que le rodeaba, tomó un buen baño y luego escogió un traje de terciopelo granate con botones de plata para reemplazar su propia ropa sucia y muy gastada. Había medias de seda y suaves zapatillas de cuero con hebillas de diamantes para acompañar su nuevo traje, y cuando estuvo completamente vestido Zeb parecía mucho más digno e imponente que en toda su vida.

Estaba listo cuando un asistente vino a escoltarle a la presencia de la Princesa; lo siguió con timidez y fue introducido en una sala más delicada y encantadora que suntuosa. Allí encontró a Dorothy sentada junto a una joven de tan maravillosa belleza que el muchacho se detuvo de golpe con una exclamación de admiración.

Pero Dorothy se levantó de un salto y corrió a coger la mano de su amigo, llevándolo con impulso hacia la encantadora Princesa, que sonrió con mucha gracia a su huésped. Entonces entró el Mago, y su presencia alivió el apuro del muchacho. El hombrecillo iba vestido de terciopelo negro con muchos centelleantes adornos de esmeralda en el pecho; pero su cabeza calva y sus rasgos arrugados lo hacían parecer más divertido que imponente.

Ozma había sentido bastante curiosidad por conocer al famoso hombre que había construido la Ciudad Esmeralda y unido a los Munchkins, los Gillikins, los Quadlings y los Winkies en un solo pueblo; así que cuando los cuatro estuvieron sentados a la mesa del comedor la Princesa dijo:

—Por favor, señor Mago, decidme si os llamasteis Oz por este gran país, o si creéis que mi país se llama Oz por vos. Es un asunto sobre el que llevo mucho tiempo queriendo preguntar, porque sois de una raza extraña y mi propio nombre es Ozma. Nadie, estoy segura, puede explicar mejor este misterio que vos.

—Es cierto —respondió el pequeño Mago—; así que me complacerá explicaros mi relación con vuestro país. En primer lugar, debo deciros que nací en Omaha, y mi padre, que era político, me llamó Óscar Zoroástro Fárdago Isidoro Norman Henkel Emmanuel Ambrosio Diggs, siendo Diggs el apellido porque no se le ocurrió nada más que ponerle delante. En conjunto, era un nombre terriblemente largo con el que cargar a un pobre niño inocente, y una de las lecciones más difíciles que aprendí fue la de recordar mi propio nombre. Cuando crecí me llamé simplemente O. Z., porque las otras iniciales eran F-I-N-H-E-A-D en inglés; y eso deletreaba «cabeza de alfiler», que era un insulto a mi inteligencia.

—Desde luego nadie puede culparos por abreviar vuestro nombre —dijo Ozma con simpatía—. Pero ¿no lo abreviasteis demasiado?

—Quizá —respondió el Mago—. De joven hui de casa y me uní a un circo. Me hacía llamar Mago y hacía trucos de ventriloquia.

—¿Qué significa eso? —preguntó la Princesa.

—Proyectar mi voz en cualquier objeto que quisiera, para hacer creer que era el objeto el que hablaba en lugar de yo. También empecé a hacer ascensiones en globo. En mi globo y en todos los demás artículos que usaba en el circo pinté las dos iniciales: «O. Z.», para mostrar que aquellas cosas me pertenecían.

»Un día mi globo se escapó conmigo y me trajo cruzando los desiertos hasta este hermoso país. Cuando la gente me vio bajar del cielo pensó naturalmente que era algún ser superior y se postró ante mí. Les dije que era un Mago y les mostré algunos trucos sencillos que los dejaron asombrados; y cuando vieron las iniciales pintadas en el globo me llamaron Oz.

—Ahora empiezo a entender —dijo la Princesa sonriendo.

—En aquel tiempo —continuó el Mago comiendo su sopa con ahínco mientras hablaba—, había cuatro países separados en esta Tierra, cada uno de los cuatro gobernado por una Bruja. Pero la gente creía que mi poder era mayor que el de las Brujas; y quizá las propias Brujas lo creyeran también, pues nunca se atrevieron a oponérseme. Ordené que se construyera la Ciudad Esmeralda justo donde los cuatro países se unían, y cuando estuvo terminada me proclamé Gobernante del País de Oz, que incluía los cuatro países de los Munchkins, los Gillikins, los Winkies y los Quadlings. Sobre

esta Tierra gobernaba en paz durante muchos años, hasta que envejecí y anhelé ver de nuevo mi ciudad natal. Así que cuando la pequeña Dorothy fue arrastrada hasta aquí por vez primera por un ciclón, arreglé marcharme con ella en globo; pero el globo escapó demasiado pronto y me llevó de vuelta solo. Tras muchas aventuras llegué a Omaha, solo para descubrir que todos mis viejos amigos habían muerto o se habían marchado. Así que, al no tener nada más que hacer, me uní de nuevo a un circo y siguiendo con mis ascensiones en globo hasta que el terremoto me atrapó.

—Es toda una historia —dijo Ozma—; pero hay un poco más de historia sobre el País de Oz que no parecéis conocer, quizá porque nadie os la contó nunca. Muchos años antes de que llegarais aquí este País estaba unido bajo un solo Gobernante, como lo está ahora, y el nombre del Gobernante era siempre «Oz», que en nuestra lengua significa «Grande y Bueno»; o, si el Gobernante era una mujer, su nombre era siempre «Ozma». Pero en cierta ocasión cuatro Brujas se confabularon para destronar al rey y gobernar ellas mismas las cuatro partes del reino; así que cuando el Gobernante, mi abuelo, salió de caza un día, una Bruja Malvada llamada Mombi lo secuestró y se lo llevó, manteniéndolo como prisionero. Entonces las Brujas se repartieron el reino y gobernaron sus cuatro partes hasta que vos llegasteis aquí. Por eso el pueblo se alegró tanto de veros, y por eso creyeron por vuestras iniciales que erais su legítimo gobernante.

—Pero en aquel tiempo —dijo el Mago pensativo—, había dos Brujas Buenas y dos Brujas Malvadas gobernando en la tierra.

—Sí —respondió Ozma—, porque una Bruja Buena había conquistado a Mombi en el Norte y Glinda la Buena había conquistado a la Bruja malvada en el Sur. Pero Mombi siguió siendo la carcelera de mi abuelo, y después la de mi padre. Cuando yo nací me transformó en un niño, esperando que nadie me reconociera nunca como la legítima Princesa del País de Oz. Pero escapé de ella y ahora soy la Gobernante de mi pueblo.

—Me alegro muchísimo —dijo el Mago—, y espero que me consideréis uno de vuestros súbditos más fieles y devotos.

—Le debemos mucho al Maravilloso Mago —continuó la Princesa—, pues fuisteis vos quien construyó esta espléndida Ciudad Esmeralda.

—Vuestro pueblo la construyó —respondió él—. Yo solo dirigí la obra, como decimos en Omaha.

—Pero la gobernasteis con sabiduría y acierto durante muchos años —dijo ella—, y llenadisteis de orgullo al pueblo con vuestro arte mágico. Así que, como ya sois demasiado mayor para andar errante y trabajar en un circo, os ofrezco un hogar aquí mientras viváis. Seréis el Mago Oficial de mi reino y os tratarán con todo el respeto y la consideración.

—Acepto vuestra amable oferta con gratitud, graciosa Princesa —dijo el hombrecillo en voz suave, y todos pudieron ver que tenía lágrimas en sus vivos ojos viejos. Mucho significaba para él encontrar un hogar así.

—Aunque solo es un Mago de pacotilla —dijo Dorothy sonriéndole.

—Y esa es la clase más segura de Mago que se puede tener —respondió Ozma sin dudarle.

—Oz sabe hacer algunos trucos buenos, de pacotilla o no —anunció Zeb, que ya se sentía más a gusto.

—Nos entretendrá con sus trucos mañana —dijo la Princesa—. He enviado mensajeros para convocar a todos los viejos amigos de Dorothy a recibirla y darle la bienvenida, y deben de llegar muy pronto.

De hecho, la cena no había terminado cuando entró corriendo el Espantapájaros a abrazar a Dorothy con sus rellenos brazos y decirle cuánto se alegraba de volver a verla. El Mago fue también recibido con gran cordialidad por el hombre de paja, que era un personaje importante en el País de Oz.

—¿Cómo están vuestros sesos? —preguntó el pequeño farsante mientras estrechaba las suaves manos rellenas de su viejo amigo.

—Funcionando perfectamente —respondió el Espantapájaros—. Estoy muy seguro, Oz, de que me diste los mejores sesos del mundo, pues puedo pensar con ellos de día y de noche, cuando todos los demás sesos duermen profundamente.

—¿Cuánto tiempo gobernaste la Ciudad Esmeralda después de que yo me fuera? —fue la siguiente pregunta.

—Bastante tiempo, hasta que fui conquistado por una niña llamada la General Jinjur. Pero Ozma la conquistó pronto a ella, con la ayuda de Glinda la Buena, y después fui a vivir con Nick Chopper, el Hombre de Hojalata.

En ese momento se oyó un fuerte cacareo fuera; y cuando un criado abrió la puerta con una reverencia entró pavoneándose una gallina amarilla. Dorothy se lanzó hacia delante y cogió al esponjoso animal entre los brazos lanzando al mismo tiempo un grito de alegría.

—¡Oh, Billina! —dijo—. ¡Qué gorda y lustrosa estás!

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó la gallina con voz aguda y clara—. Vivo en la abundancia, ¿verdad, Ozma?

—Tienes todo lo que deseas —dijo la Princesa.

Alrededor del cuello de Billina había un collar de hermosas perlas, y en las patas llevaba brazaletes de esmeraldas. Se acomodó cómodamente en el regazo de Dorothy hasta que el gatito soltó un gruñido de celos y saltó con una garra afilada ferozmente sacada para dar un zarpazo a Billina. Pero la niña le dio al airado gatito tal manotazo que bajó de un salto sin atreverse a arañar.

—¡Qué horrible eres, Eureka! —exclamó Dorothy—. ¿Es esa manera de tratar a mis amigos?

—Tienes unos amigos muy raros, parece —respondió el gatito con tono hosco.

—A mí me parece lo mismo —dijo Billina con desdén—, si esa bestia horrible es uno de ellos.

—¡Escuchadme! —dijo Dorothy con severidad—. No voy a consentir que se peleen en el País de Oz, eso os lo digo. Aquí todo el mundo vive en paz y quiere a todo el mundo; y a menos que vosotras dos, Billina y Eureka, hagáis las paces y seáis amigas, cogeré mi Cinturón Mágico y os desearé a casa a las dos, inmediatamente. ¡Que quede claro!

Ambas se asustaron mucho ante la amenaza y prometieron con humildad portarse bien. Aunque nunca llegaron a hacerse muy buenas amigas, para que conste.

Y ahora llegó el Hombre de Hojalata, con el cuerpo niquelado de la manera más hermosa, de modo que relucía espléndidamente bajo la brillante luz de la sala. El Hombre de Hojalata quería a Dorothy con gran ternura, y acogió con alegría el regreso del pequeño y viejo Mago.

— Señor — le dijo a este —, nunca podré agradeceros bastante el excelente corazón que una vez me disteis. Me ha hecho muchos amigos, os lo aseguro, y late hoy con tanta bondad y amor como siempre.

— Me alegra oír eso — dijo el Mago—. Me temía que se enmoheciera en ese cuerpo de hojalata.

— En absoluto — respondió Nick Chopper—. Se conserva perfectamente, guardado en mi pecho hermético al aire.

Zeb estaba un poco cohibido al ser presentado a aquella gente tan extraña; pero eran tan amigables y sinceros que pronto llegó a admirarlos muchísimo, encontrando incluso algunas buenas cualidades en la gallina amarilla. Pero se puso nervioso de nuevo cuando se anunció al siguiente visitante.

— Este — dijo la Princesa Ozma— es mi amigo el señor H. M. Insectólogo-Maravilla, T. E., que me ayudó en una ocasión en que me hallaba en gran apuro y es ahora Decano del Real Colegio de Ciencias Atléticas.

— Ah — dijo el Mago—; me complace conocer a un personaje tan distinguido.

— H. M. — dijo el Insectólogo-Maravilla con pompa— significa Homóptero Magnífico; y T. E. significa Totalmente Erudito. Soy en realidad un insecto muy grande, y sin duda el ser más inteligente de todo este vasto dominio.

— Qué bien lo disimula — dijo el Mago—. Pero no pongo en duda vuestra palabra lo más mínimo.

— Nadie la pone en duda, señor — respondió el Insectólogo-Maravilla, y sacando un libro del bolsillo aquel extraño insecto le volvió la espalda a la compañía y se sentó en un rincón a leer.

Nadie hizo caso de aquella descortesía, que podría haber parecido más impolítica en alguien menos totalmente erudito; así que en seguida se olvi-

daron de él y se enfrascaron en una animada conversación que los entretuvo muy bien hasta la hora de acostarse.

CAPÍTULO 16: JIM, EL CABALLO DE PUNTO

Jim el Caballo de Punto se encontró en posesión de una gran sala con suelo de mármol verde y zócalos de mármol tallado, de un aspecto tan majestuoso que habría impresionado a cualquiera. Jim lo aceptó como un simple detalle, y a su mandato los asistentes le dieron una buena cepillada, le peinaron la crin y la cola y le lavaron los cascos y los menudillos. Luego le dijeron que la cena se serviría de inmediato y él respondió que no podían servirla con suficiente rapidez para su conveniencia. Primero le trajeron un humeante cuenco de sopa, que el caballo contempló con consternación.

—¡Llevaos eso! —ordenó—. ¿Me tomáis por una salamandra?

Lo obedecieron al instante, y a continuación sirvieron un hermoso rodaballo grande en una fuente de plata con salsa derretida por encima.

—¿Pescado? —exclamó Jim con un resoplido—. ¿Me tomáis por un gato? ¡Fuera de aquí!

Los criados estaban un poco desanimados, pero pronto trajeron una gran bandeja con dos docenas de codornices asadas sobre tostadas.

—¡Bueno, bueno! —dijo el caballo, ya completamente irritado—. ¿Me tomáis por una comadreja? ¡Qué estúpidos e ignorantes sois en el País de Oz, y qué cosas tan horribles coméis! ¿No hay nada decente de comer en este palacio?

Los criados, temblorosos, mandaron llamar al Mayordomo Real, que llegó sin tardanza y dijo:

—¿Qué desearía cenar Su Alteza?

—¿Alteza? —repitió Jim, que no estaba acostumbrado a semejantes títulos.

—Tenéis al menos metro ochenta de altura, y eso es más alto que cualquier otro animal de este país —dijo el Mayordomo.

—Bien, a Su Alteza le gustarían unas avenas —declaró el caballo.

—¿Avenas? No tenemos avenas en grano —respondió el Mayordomo con mucho respeto—. Pero tenemos gran cantidad de copos de avena, que a menudo cocemos para el desayuno. Los copos de avena son un plato de desayuno —añadió el Mayordomo con humildad.

—Yo los convertiré en un plato de cena —dijo Jim—. Traedlos, pero no los cocináis, si apreciáis vuestra vida.

La verdad es que el respeto que se mostraba al desgastado viejo caballo de punto lo había vuelto un poco arrogante, y se olvidó de que era un huésped, pues nunca lo habían tratado de otra manera que como a un sirviente desde el día en que nació, hasta su llegada al País de Oz. Pero los asistentes reales no prestaron atención al mal humor del animal. Pronto mezclaron una tinaja de copos de avena con un poco de agua, y Jim los comió con mucho gusto.

Luego los criados apilaron un montón de alfombras en el suelo y el viejo caballo durmió sobre la cama más blanda que había conocido en su vida.

Por la mañana, en cuanto hubo luz del día, resolvió dar un paseo e intentar encontrar algo de hierba para desayunar; así que caminó tranquilamente por el elegante arco de la entrada, dobló la esquina del palacio, donde todo parecía dormir, y se encontró de frente con el Caballejo de Sierra.

Jim se detuvo de golpe, sobresaltado y asombrado. El Caballejo se detuvo al mismo tiempo y miró fijamente al otro con sus raros ojos saltones, que eran meros nudos en el tronco que formaba su cuerpo. Las patas del Caballejo eran cuatro palos clavados en agujeros perforados en el tronco; su cola era una pequeña rama que había quedado por accidente, y su boca un corte hecho en un extremo del cuerpo que sobresalía un poco y hacía las ve-

ces de cabeza. Los extremos de las patas de madera iban herrados con placas de oro macizo, y la silla de la Princesa Ozma, de cuero rojo tachonado de diamantes centelleantes, estaba ajustada al tosco cuerpo.

Los ojos de Jim sobresalían tanto como los del Caballejo, y miraba fijamente a la criatura con las orejas erguidas y la larga cabeza echada atrás hasta apoyarse en su arqueado cuello.

En aquella cómica postura los dos caballos dieron vueltas lentamente el uno alrededor del otro durante un rato, sin que ninguno de ellos fuera capaz de comprender qué era aquella cosa singular que contemplaba por primera vez. Luego Jim exclamó:

— ¡Por todos los santos, qué clase de ser eres tú!

— Soy un Caballejo de Sierra — respondió el otro.

— Oh; creo que he oído hablar de ti — dijo el caballo de punto —; pero eres muy distinto de lo que esperaba ver.

— No lo dudo — observó el Caballejo con tono de orgullo —. Se me considera bastante insólito.

— Y lo eres, en efecto. Pero una cosa de madera tan desvencijada como tú no tiene ningún derecho a estar viva.

— No pude evitarlo — respondió el otro, bastante abatido —. Ozma me roció con un polvo mágico y simplemente tuve que vivir. Sé que no valgo gran cosa; pero soy el único caballo de todo el País de Oz, así que me tratan con mucho respeto.

— ¿Tú, un caballo?

— Oh, no uno de verdad, claro. Aquí no hay caballos de verdad en absoluto. Pero soy una espléndida imitación de uno.

Jim soltó un relincho indignado.

— ¡Mírame a mí! — exclamó —. ¡Contempla un caballo de verdad!

El animal de madera se sobresaltó y luego examinó al otro atentamente.

— ¿Es posible que seas un Caballo de Verdad? — murmuró.

— No solo posible, sino cierto — respondió Jim, complacido por la impresión que había causado —. Lo demuestran mis buenos rasgos. Por ejemplo,

mira los pelos largos de mi rabo, con los que puedo espantar las moscas.

—Las moscas nunca me molestan —dijo el Caballejo de Sierra.

—Y fíjate en mis grandes dientes fuertes, con los que mordisco la hierba.

—Yo no necesito comer —observó el Caballejo.

—Examina también mi amplio pecho, que me permite respirar hondo y profundo —dijo Jim con orgullo.

—Yo no necesito respirar —respondió el otro.

—No; te pierdes muchos placeres —observó el caballo de punto con lástima—. No conoces el alivio de espantar una mosca que te ha picado, ni el deleite de comer comida deliciosa, ni la satisfacción de tomar una larga bocanada de aire fresco y puro. Puede que seas una imitación de un caballo, pero eres una imitación bastante pobre.

—Oh, nunca podré llegar a ser como tú —suspiró el Caballejo—. Pero me alegra conocer al fin a un Caballo de Verdad. Eres sin duda la criatura más hermosa que he visto nunca.

Aquel elogio conquistó a Jim por completo. Que lo llamaran hermoso era una novedad en su experiencia. Dijo:

—Tu principal defecto, amigo mío, es ser de madera, y eso supongo que no puedes remediarlo. Los caballos de verdad, como yo, son de carne y hueso y sangre.

—Los huesos se ven perfectamente —respondió el Caballejo—, y son admirables y nítidos. También puedo ver la carne. Pero la sangre, supongo, está escondida dentro.

—Exacto —dijo Jim.

—¿Para qué sirve? —preguntó el Caballejo.

Jim no lo sabía, pero no quería decírselo.

—Si algo me corta —respondió—, la sangre sale para mostrar dónde estoy cortado. Tú, pobre criatura, ni siquiera puedes sangrar cuando te hieren.

—Pero a mí nunca me hieren —dijo el Caballejo—. De vez en cuando me rompo un poco, pero me reparan fácilmente y me ponen en buen estado otra vez. Y nunca noto en lo más mínimo una rotura ni una astilla.

Jim estuvo a punto de envidiar al caballo de madera por ser incapaz de sentir dolor; pero la criatura era tan absurdamente antinatural que decidió que no cambiaría de lugar con ella bajo ninguna circunstancia.

—¿Cómo fue que te herraron con oro? —preguntó.

—La Princesa Ozma lo hizo —fue la respuesta—; y así evita que mis patas se desgasten. Ozma y yo hemos tenido juntos muchas aventuras y le caigo bien.

El caballo de punto estaba a punto de responder cuando de repente dio un respingo y un relincho de terror y se puso a temblar como una hoja. Pues a la vuelta de la esquina habían aparecido dos enormes bestias salvajes que caminaban con tan poco ruido que estaban sobre él antes de que se diera cuenta de su presencia. Jim estaba a punto de salir disparado por el camino para escapar cuando el Caballejo gritó:

—¡Detente, hermano! ¡Detente, Caballo de Verdad! Son amigos y no te harán ningún daño.

Jim se quedó quieto, mirando a las bestias con temor. Una era un enorme León de ojos claros e inteligentes, melena leonada espesa y bien cuidada y cuerpo como de felpa amarilla. La otra era un gran Tigre con rayas púrpuras alrededor de su ágil cuerpo, poderosas extremidades y ojos que brillaban a través de los párpados entornados como brasas de fuego. Las enormes formas de aquellos monarcas del bosque y la jungla bastaban para infundir terror al corazón más valiente, y no es de extrañar que Jim tuviera miedo de enfrentarse a ellos.

Pero el Caballejo presentó al forastero en tono tranquilo, diciendo:

—Este, noble Caballo, es mi amigo el León Cobarde, que es el valiente Rey del Bosque pero al mismo tiempo un fiel vasallo de la Princesa Ozma. Y este es el Tigre Hambriento, el terror de la jungla, que ansía devorar bebés gordos pero su conciencia se lo impide. Estas reales bestias son ambas cálidas amigas de la pequeña Dorothy y han venido esta mañana a la Ciudad Esmeralda a darle la bienvenida a nuestro país de las hadas.

Al oír aquellas palabras Jim resolvió vencer su alarma. Incluyó la cabeza con toda la dignidad que pudo reunir ante las bestias de aspecto salvaje, que a su vez asintieron de manera amistosa.

—¿No es el Caballo de Verdad un animal hermoso? —preguntó el Caballejo con admiración.

—Eso es sin duda cuestión de gustos —respondió el León—. En el bosque se le consideraría torpe, porque tiene la cara alargada y el cuello inútilmente largo. Sus articulaciones, noto, están hinchadas y abultadas, y le falta carne y es viejo en años.

—Y terriblemente duro —añadió el Tigre Hambriento con voz triste—. Mi conciencia nunca me permitiría comerme un bocado tan duro como el Caballo de Verdad.

—Me alegra oír eso —dijo Jim—; pues yo también tengo conciencia, y me dice que no aplaste vuestro cráneo de un golpe de mi poderoso casco.

Si pensaba asustar a la bestia rayada con tales palabras se equivocó. El Tigre pareció sonreír y guiñó un ojo lentamente.

—Tienes una buena conciencia, amigo Caballo —dijo—, y si haces caso de sus enseñanzas te protegerá mucho del daño. Algún día te dejaré intentar aplastarme el cráneo, y después sabrás más sobre los tigres de lo que sabes ahora.

—Cualquier amigo de Dorothy —observó el León Cobarde— debe ser también amigo nuestro. Así que dejemos de hablar de aplastar cráneos y conversemos sobre temas más agradables. ¿Has desayunado, señor Caballo?

—Todavía no —respondió Jim—. Pero aquí hay mucho trébol excelente, así que si me disculpáis comeré ahora.

—Es vegetariano —observó el Tigre, mientras el caballo empezaba a masticar el trébol—. Si yo pudiera comer hierba no necesitaría tener conciencia, pues entonces nada podría tentarme a devorar bebés y corderos.

En ese momento Dorothy, que se había levantado temprano y oído las voces de los animales, salió corriendo a saludar a sus viejos amigos. Abrazó tanto al León como al Tigre con entusiasta afecto, pero parecía querer un poco más al Rey de los Animales que a su hambriento amigo, pues lo conocía desde hacía más tiempo.

Para cuando hubieron tenido una buena charla y Dorothy les hubo contado todo sobre el horrible terremoto y sus recientes aventuras, la campana

del desayuno resonó desde el palacio y la niña entró a reunirse con sus compañeros humanos. Al entrar al gran salón una voz exclamó con tono bastante áspero:

—¿Cómo! ¿Estás aquí otra vez?

—Sí —respondió ella, mirando alrededor para ver de dónde venía la voz.

—¿Qué te ha traído de vuelta? —fue la siguiente pregunta, y los ojos de Dorothy se posaron en una cabeza con cuernas colgada en la pared justo encima de la chimenea, y vio que sus labios se movían.

—¡Pero bueno! —exclamó—. Creía que estabas disecado.

—Y lo estoy —respondió la cabeza—. Pero en cierta ocasión fui parte del Gump, al que Ozma roció con el Polvo de Vida. Fui entonces por un tiempo la Cabeza de la más magnífica Máquina Voladora que jamás se haya conocido, y hicimos muchas cosas maravillosas. Después el Gump fue desmontado y me volvieron a colgar en esta pared; pero todavía puedo hablar cuando me apetece, que no es muy a menudo.

—Es muy extraño —dijo la niña—. ¿Qué eras cuando estabas vivo por primera vez?

—Eso lo he olvidado —respondió la Cabeza del Gump—, y no creo que importe mucho. Pero ahí viene Ozma; así que mejor me callo, pues a la Princesa no le gusta que charle desde que cambió su nombre de Tip a Ozma.

En ese momento la juvenil Gobernante de Oz abrió la puerta y saludó a Dorothy con un beso de buenos días. La pequeña Princesa parecía fresca y sonrosada y de buen humor.

—El desayuno está servido, querida —dijo—, y tengo hambre. Así que no lo hagamos esperar ni un minuto.

CAPÍTULO 17: LOS NUEVE COCHINILLOS DIMINUTOS

Después del desayuno Ozma anunció que había ordenado que se celebrara un día festivo en toda la Ciudad Esmeralda en honor de sus visitantes. El pueblo había sabido que su viejo Mago había vuelto y todos tenían ganas de verlo de nuevo, pues siempre había sido muy querido. Así que primero habría una gran procesión por las calles, tras la cual se solicitó al pequeño y viejo hombre que hiciera algunos de sus magismos en el gran Salón del Trono del palacio. Por la tarde habría juegos y carreras.

La procesión fue muy imponente. Primero venía la Banda Imperial de Cornetas de Oz, vestida con uniformes de terciopelo esmeralda con rasgados de satén verde guisante y botones de esmeraldas enormes talladas. Tocaban el himno nacional llamado «El Estandarte Sembrado de Esmeraldas de Oz», y tras ellos iban los abanderados con la bandera real. Esta bandera estaba dividida en cuatro cuarteles, uno de color azul cielo, otro rosa, el tercero lavanda y el cuarto blanco. En el centro había una gran estrella verde esmeralda, y por los cuatro cuarteles estaban cosidas lentejuelas que brillaban hermosamente al sol. Los colores representaban a los cuatro países de Oz y la estrella verde a la Ciudad Esmeralda.

Justo detrás de los abanderados reales venía la Princesa Ozma en su carroza real, de oro incrustado de esmeraldas y diamantes en exquisitos diseños. La carroza era tirada en aquella ocasión por el León Cobarde y el Tigre Hambriento, que iban adornados con enormes lazos de color rosa y azul. En la carroza viajaban Ozma y Dorothy, la primera en espléndido atavío y luciendo su corona real, mientras la niña de Kansas llevaba ceñido a la cintura el Cinturón Mágico que en su día arrebató al Rey de los Nombres.

Tras la carroza venía el Espantapájaros montado en el Caballejo de Sierra, y el pueblo lo vitoreó casi tan fuerte como a su encantadora Gobernante. Tras él avanzaba con pasos regulares y mecánicos el famoso

hombre-máquina llamado Tik-tok, al que Dorothy había dado cuerda para la ocasión. Tik-tok se movía por mecanismo de relojería y estaba hecho todo de cobre bruñido. En realidad le pertenecía a la niña de Kansas, que tenía mucho respeto por sus pensamientos una vez que estaban debidamente dado cuerda y en marcha; pero como el hombre de cobre sería inútil en cualquier lugar que no fuera un país de hadas Dorothy lo había dejado a cargo de Ozma, que velaba por que estuviera bien cuidado.

Tras esto seguía otra banda, llamada la Banda de la Corte Real, porque todos sus miembros vivían en el palacio. Llevaban uniformes blancos con botones de diamante auténtico y tocaban «Qué sería de Oz sin Ozma» muy dulcemente.

Luego venía el Profesor Insectólogo-Maravilla con un grupo de estudiantes del Real Colegio de Atletismo Científico. Los chicos llevaban el pelo largo y jerséis a rayas y gritaban su grito de guerra universitario a cada dos pasos que daban, para gran satisfacción del público, que se alegraba de comprobar que sus pulmones estaban en buen estado.

El brillantemente pulido Hombre de Hojalata marchaba a continuación al frente del Ejército Real de Oz, compuesto de veintiocho oficiales, desde Generales hasta Capitanes. No había soldados rasos en el ejército porque todos eran tan valientes y hábiles que habían ido ascendiendo uno a uno hasta que no quedó ningún raso. Jim y el buggy seguían, conduciendo el viejo caballo de punto Zeb mientras el Mago estaba de pie en el asiento e inclinaba su calva cabeza a derecha e izquierda en respuesta a los vítores del pueblo, que se agolpaba a su alrededor.

En conjunto la procesión fue un gran éxito, y cuando regresó al palacio los ciudadanos llenaron el gran Salón del Trono para ver al Mago hacer sus trucos.

Lo primero que hizo el pequeño farsante fue sacar un diminuto cochinillo blanco de debajo de su sombrero y fingir separarlo en dos. Repitió el truco hasta que los nueve cochinillos diminutos fueron visibles, y estaban tan contentos de salir de su bolsillo que corretearon con mucho entusiasmo. Las preciosas criaturas habrían sido una novedad en cualquier parte, así que el público quedó tan asombrado y encantado con su aparición como el propio Mago hubiera podido desear. Cuando los hubo hecho desaparecer a todos de nuevo Ozma declaró que le pesaba que se hubieran ido, pues quería uno

para acariciarlo y jugar con él. Así que el Mago fingió sacar uno de los cochinillos del pelo de la Princesa (cuando en realidad lo sacó disimuladamente de su bolsillo interior) y Ozma sonrió con alegría cuando la criatura se acurrucó en sus brazos, y prometió mandar hacerle un collar de esmeraldas para su gordo cuello y tener siempre al pequeño chillón a mano para entretenerse.

Después se observó que el Mago siempre hacía su famoso truco con ocho cochinillos, pero al público le parecía gustar igual que si hubieran sido nueve.

En su pequeña habitación detrás del Salón del Trono el Mago había encontrado un montón de cosas que había dejado atrás cuando se fue en el globo, pues nadie había ocupado el aposento durante su ausencia. Allí había material suficiente para preparar varios trucos nuevos que había aprendido de algunos de los artistas del circo, y había pasado parte de la noche poniéndolos a punto. Así que siguió al truco de los nueve cochinillos diminutos con otras maravillas que deleitaron mucho a su público, y al pueblo no pareció importarle lo más mínimo que el hombrecillo fuera un Mago de pacotilla o no, con tal de que consiguiera entretenerlos. Aplaudieron todos sus trucos, y al final de la función le rogaron encarecidamente que no volviera a marcharse y los dejara.

—En ese caso —dijo el hombrecillo con gravedad—, cancelaré todos mis compromisos ante las cabezas coronadas de Europa y América y me dedicaré al pueblo de Oz, pues os quiero a todos tanto que no puedo negaros nada.

Después de despedir al público con esta promesa, nuestros amigos se reunieron con la Princesa Ozma en un elaborado almuerzo en el palacio, donde hasta el Tigre y el León fueron suntuosamente alimentados y Jim el Caballo de Punto comió su avena de un cuenco de oro con siete filas de rubíes, zafiros y diamantes engastados en el borde.

Por la tarde todos fueron a un gran campo fuera de las puertas de la ciudad donde iban a celebrarse los juegos. Había un hermoso dosel bajo el cual Ozma y sus huéspedes se sentaron a ver a la gente correr y saltar y luchar. Podéis estar seguros de que la gente de Oz se esforzó al máximo con una compañía tan distinguida observándolos, y finalmente Zeb se ofreció a luchar con un pequeño Munchkin que parecía ser el campeón. Por su aspec-

to era el doble de viejo que Zeb, pues tenía largas patillas puntiagudas y llevaba un sombrero picudo con cascabelillos alrededor del ala que tintineaban alegremente al moverse. Pero aunque el Munchkin apenas llegaba al hombro de Zeb era tan fuerte y hábil que tumbó al muchacho tres veces boca arriba con aparente facilidad.

Zeb quedó muy asombrado de su derrota, y cuando la bonita Princesa se unió a su pueblo riéndose de él propuso un combate de boxeo con el Munchkin, con lo que el pequeño habitante de Oz estuvo prontamente de acuerdo. Pero la primera vez que Zeb logró darle un buen tortazo en las orejas el Munchkin se sentó en el suelo y se puso a llorar hasta que las lágrimas le corrieron por las patillas, porque le habían hecho daño. Aquello hizo reír a Zeb a su vez, y el muchacho se sintió consolado al comprobar que Ozma se reía tan alegremente de su lloroso súbdito como antes lo había hecho de él.

En ese momento el Espantapájaros propuso una carrera entre el Caballejo de Sierra y el Caballo de Punto; y aunque todos los demás se alegraron ante la propuesta el Caballejo se echó atrás, diciendo:

— Esa carrera no sería justa.

— Desde luego que no — añadió Jim con un toque de desdén —; esas patitas de madera tuyas no son ni la mitad de largas que las mías.

— No es eso — dijo el Caballejo con modestia —; sino que yo nunca me canso, y tú sí.

— ¡Bah! — exclamó Jim mirando al otro con gran desprecio —. ¿Imaginas por un instante que una imitación de caballo tan zarrapastrosa como tú puede correr tan deprisa como yo?

— No lo sé a ciencia cierta — respondió el Caballejo.

— Eso es lo que estamos tratando de averiguar — observó el Espantapájaros —. El objeto de una carrera es ver quién puede ganarla; al menos eso es lo que mis excelentes sesos piensan.

— En cierta ocasión, cuando era joven — dijo Jim —, era un caballo de carreras y derroté a todos los que se atrevieron a correr contra mí. Nací en Kentucky, ¿sabéis?, de donde vienen todos los mejores y más aristocráticos caballos.

—Pero ahora eres viejo, Jim —señaló Zeb.

—¿Viejo? ¡Si hoy me siento como un potro! —respondió Jim—. Solo desearía que hubiera aquí un caballo de verdad con el que correr. Os daría un buen espectáculo, os lo aseguro.

—Entonces ¿por qué no corres con el Caballejo? —preguntó el Espantapájaros.

—Tiene miedo —dijo Jim.

—Oh, no —respondió el Caballejo—. Solo dije que no era justo. Pero si mi amigo el Caballo de Verdad está dispuesto a emprender la carrera, yo estoy perfectamente dispuesto.

Así que desengancharon a Jim y le quitaron la silla al Caballejo, y los dos animales tan desparejados se pusieron uno al lado del otro para la salida.

—¡Cuando diga «Ya»! —les gritó Zeb—, saldréis disparados y correréis hasta llegar a aquellos tres árboles que veis allí. Luego daréis la vuelta alrededor de ellos y volveréis. El primero en pasar por donde está sentada la Princesa será declarado ganador. ¿Listos?

—Supongo que debería darle al muñeco de madera una buena ventaja —gruñó Jim.

—No te preocupes por eso —dijo el Caballejo—. Yo haré lo que pueda.

—¡Ya! —gritó Zeb; y a aquella señal los dos caballos se lanzaron hacia delante y la carrera comenzó.

Los grandes cascos de Jim repiquetearon a gran velocidad, y aunque no tenía muy buen porte corría de una manera que hacía honor a su pura sangre de Kentucky. Pero el Caballejo era más veloz que el viento. Sus patas de madera se movían tan deprisa que apenas podían distinguirse, y aunque era mucho más pequeño que el caballo de punto cubría el terreno con mucha más rapidez. Antes de llegar a los árboles el Caballejo llevaba una gran ventaja, y el animal de madera había vuelto al punto de salida y estaba siendo vitoreado con entusiasmo por los habitantes de Oz antes de que Jim llegara jadeando al dosel donde estaba sentada la Princesa con sus amigos.

Lamento registrar el hecho de que Jim no solo se avergonzó de su derrota sino que por un momento perdió el control de su temperamento. Al mirar la

cara cómica del Caballejo le pareció que la criatura se reía de él; así que en un arranque de ira irracional se volvió y le asestó una patada violenta que mandó a su rival de cabeza al suelo, rompiéndole una pata y la oreja izquierda.

Un instante después el Tigre se agazapó y lanzó su enorme cuerpo por el aire, rápido e irresistible como una bala de cañón. La bestia le dio a Jim de pleno en el hombro y mandó al asombrado caballo de punto rodando una y otra vez, entre gritos de regocijo del público que había quedado horrorizado por el acto tan poco elegante del que se había hecho culpable.

Cuando Jim volvió en sí y se sentó sobre los cuartos traseros encontró al León Cobarde agazapado a un lado de él y al Tigre Hambriento al otro, y sus ojos ardían como bolas de fuego.

—Os pido disculpas, por supuesto —dijo Jim con humildad—. Me equivoqué al patear al Caballejo y me arrepiento de haberme enojado con él. Ha ganado la carrera y la ha ganado limpiamente; pero ¿qué puede hacer un caballo de carne ante una bestia incansable de madera?

Al escuchar aquella disculpa el Tigre y el León dejaron de agitar las colas y se retiraron con pasos dignos al lado de la Princesa.

—Nadie debe herir a ninguno de nuestros amigos en nuestra presencia —gruñó el León; y Zeb corrió hacia Jim y le susurró que si no controlaba su temperamento en el futuro probablemente lo harían pedazos.

Entonces el Hombre de Hojalata cortó con su reluciente hacha una rama recta y fuerte de un árbol e hizo una pata nueva y una oreja nueva para el Caballejo; y cuando estuvieron firmemente fijadas en su sitio la Princesa Ozma se quitó la corona de su propia cabeza y la colocó en la del ganador de la carrera. Dijo:

—Amigo mío, te recompenso por tu velocidad proclamándote Príncipe de los Caballos, sean de madera o de carne; y de ahora en adelante todos los demás caballos, en el País de Oz al menos, deberán ser considerados imitaciones, y tú el verdadero Campeón de tu raza.

Hubo más aplausos a esto, y luego Ozma mandó volver a poner la silla enjoyada al Caballejo y ella misma montó al vencedor de vuelta a la ciudad a la cabeza de la gran procesión.

—Debería ser un hada —gruñó Jim mientras tiraba despacio del buggy hacia casa—; pues ser un simple caballo corriente en un país de hadas es no valer absolutamente nada. Este no es lugar para nosotros, Zeb.

—Pero menos mal que llegamos —dijo el muchacho; y Jim pensó en la cueva oscura y asintió.

CAPÍTULO 18: EL JUICIO DE EUREKA, EL GATITO

Siguieron varios días de fiesta y alegría, pues aquellos viejos amigos no se reunían a menudo y había mucho que contarse y comentar entre ellos, y muchas diversiones de las que disfrutar en aquel delicioso país.

Ozma estaba feliz de tener a Dorothy a su lado, pues las chicas de su edad con las que era apropiado que la Princesa se relacionara eran muy pocas, y a menudo la joven Gobernante de Oz se sentía sola por falta de compañía.

Era la tercera mañana tras la llegada de Dorothy, y estaba sentada con Ozma y sus amigos en un salón de recepción charlando sobre los viejos tiempos, cuando la Princesa dijo a su doncella:

—Por favor, ve a mis aposentos, Jellia, y trae el cochinillo blanco que dejé en el tocador. Quiero jugar con él.

Jellia partió enseguida a cumplir el encargo, y estuvo fuera tanto tiempo que casi habían olvidado su misión cuando la doncella de verde regresó con semblante preocupado.

—El cochinillo no está allí, Alteza —dijo.

—¿Que no está? —exclamó Ozma—. ¿Estás segura?

—He buscado en cada rincón de la habitación —respondió la doncella.

—¿No estaba cerrada la puerta? —preguntó la Princesa.

—Sí, Alteza; estoy segura de que lo estaba; pues cuando la abrí el gatito blanco de Dorothy salió corriendo y subió las escaleras.

Al oír esto Dorothy y el Mago se miraron con alarma, pues recordaban con qué frecuencia Eureka había expresado su deseo de comerse un cochinillo. La niña se levantó de un salto.

—Ven, Ozma —dijo con inquietud—; vamos nosotras mismas a buscar el cochinillo.

Así que las dos fueron al tocador de la Princesa y buscaron con cuidado en cada rincón y entre los jarrones, cestas y adornos que había por el bonito boudoir. Pero no encontraron ni rastro de la diminuta criatura que buscaban.

Dorothy estaba a punto de llorar, mientras Ozma estaba airada e indignada. Al volver junto a los demás la Princesa dijo:

—Hay pocas dudas de que mi querido cochinillo ha sido comido por ese horrible gatito, y si es así la infractora debe ser castigada.

—¡No me creo que Eureka fuera capaz de hacer algo tan horrible! —exclamó Dorothy muy angustiada—. Ve a buscar a mi gatito, por favor, Jellia, y veremos qué tiene que decir al respecto.

La doncella verde se apresuró a ir, pero volvió pronto y dijo:

—El gatito no quiere venir. Ha amenazado con arrancarme los ojos si la toco.

—¿Dónde está? —preguntó Dorothy.

—Debajo de la cama en tu propia habitación —fue la respuesta.

Así que Dorothy corrió a su cuarto y encontró al gatito debajo de la cama.

—¡Ven aquí, Eureka! —dijo.

—No quiero —respondió el gatito con tono hosco.

—¡Oh, Eureka! ¿Por qué eres tan mala?

El gatito no respondió.

—Si no vienes conmigo ahora mismo —continuó Dorothy, irritándose—, cogeré mi Cinturón Mágico y te desearé en el País de los Gárgoles.

—¿Para qué me quieres? —preguntó Eureka, inquieta por aquella amenaza.

—Tienes que ir con la Princesa Ozma. Quiere hablar contigo.

—Bien —respondió el gatito saliendo—. No le tengo miedo a Ozma ni a nadie.

Dorothy la cogió en brazos y la llevó de vuelta donde los demás estaban sentados en silencio, tristes y pensativos.

—Dime, Eureka —dijo la Princesa con dulzura—: ¿te has comido mi querido cochinillo?

—No pienso contestar a semejante pregunta absurda —declaró Eureka con un gruñido.

—Sí que lo harás, querida —insistió Dorothy—. El cochinillo ha desaparecido y tú saliste corriendo de la habitación cuando Jellia abrió la puerta. Así que, si eres inocente, Eureka, debes decirle a la Princesa cómo llegaste a estar en su habitación y qué ha sido del cochinillo.

—¿Quién me acusa? —preguntó el gatito con altivez.

—Nadie —respondió Ozma—. Solo tus propios actos te acusan. El caso es que dejé a mi pequeña mascota en mi tocador durmiendo sobre la mesa; y tú debes de haberte colado sin que yo lo supiera. La siguiente vez que se abrió la puerta saliste corriendo y te escondiste, y el cochinillo había desaparecido.

—Eso no es asunto mío —gruñó el gatito.

—No seas impertinente, Eureka —la amonestó Dorothy.

—La impertinente eres tú —dijo Eureka—, por acusarme de semejante crimen cuando no puedes probarlo salvo haciendo suposiciones.

Ozma estaba ahora muy irritada por la conducta del gatito. Llamó a su General en Jefe, y cuando apareció el alto y delgado oficial le dijo:

—Llevad a este gato a prisión y tenedlo bien custodiado hasta que sea juzgado con arreglo a la ley por el crimen de asesinato.

Así que el General en Jefe tomó a Eureka de los brazos de Dorothy, que ya lloraba, y a pesar de los gruñidos y arañazos del gatito lo llevó a prisión.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el Espantapájaros con un suspiro, pues semejante crimen había ensombrecido a toda la compañía.

—Convocaré al Tribunal para que se reúna en el Salón del Trono a las tres —respondió Ozma—. Yo misma seré la jueza, y el gatito tendrá un juicio justo.

—¿Qué pasará si es culpable? —preguntó Dorothy.

—Deberá morir —respondió la Princesa.

—¿Nueve veces? —preguntó el Espantapájaros.

—Las veces que sea necesario —fue la respuesta—. Le pediré al Hombre de Hojalata que defienda a la acusada, pues tiene un corazón tan bondadoso que estoy segura de que hará todo lo posible por salvarla. Y el Insectólogo-Maravilla será el Acusador Público, pues es tan erudito que nadie puede engañarle.

—¿Quiénes serán el jurado? —preguntó el Hombre de Hojalata.

—Debería haber varios animales en el jurado —dijo Ozma—, pues los animales se entienden entre sí mejor de lo que nosotros los entendemos. Así que el jurado estará compuesto por el León Cobarde, el Tigre Hambriento, Jim el Caballo de Punto, la Gallina Amarilla, el Espantapájaros, el Mago, Tik-tok el Hombre-Máquina, el Caballejo de Sierra y Zeb del Rancho de los Hugson. Eso hace los nueve que exige la ley, y todos mis súbditos podrán asistir a escuchar el testimonio.

Se separaron entonces para prepararse para la triste ceremonia; pues cuando se hace un llamamiento a la ley casi siempre sigue el dolor, incluso en un país de hadas como Oz. Pero hay que decir que la gente de aquel País se comportaba por lo general tan bien que no había ni un solo abogado entre ellos, y hacía años que ningún Gobernante había juzgado a un infractor de la ley. Al ser el asesinato el crimen más horrible de todos, cundió una tremenda agitación en la Ciudad Esmeralda cuando se supo la noticia del arresto y juicio de Eureka.

El Mago, al volver a su habitación, estaba muy pensativo. No dudaba de que Eureka se había comido a su cochinito, pero sabía que un gatito no

puede confiar siempre en portarse bien, pues su naturaleza es destruir animales pequeños e incluso pájaros para alimentarse, y el gato doméstico que hoy tenemos en nuestras casas desciende del gato salvaje de la jungla, una criatura muy feroz. El Mago sabía que si la mascota de Dorothy era declarada culpable y condenada a muerte la niña quedaría muy desgraciada; así que, aunque lamentaba el triste destino del cochinito tanto como cualquiera, resolvió salvar la vida de Eureka.

Mandando llamar al Hombre de Hojalata el Mago lo llevó a un rincón y le susurró:

— Amigo mío, es vuestro deber defender al gatito blanco e intentar salvarla, pero me temo que fracasáis porque Eureka lleva tiempo queriendo comer un cochinito, de eso estoy seguro, y mi opinión es que no ha podido resistir la tentación. Pero su desgracia y su muerte no devolverían al cochinito, sino que solo servirían para hacer desgraciada a Dorothy. Así que tengo intención de probar la inocencia del gatito con un truco.

Sacó de su bolsillo interior uno de los ocho cochinitos diminutos que quedaban y continuó:

— A esta criatura debéis esconderla en algún lugar seguro, y si el jurado decide que Eureka es culpable podéis entonces presentar este cochinito y afirmar que es el que se había perdido. Todos los cochinitos son exactamente iguales, así que nadie puede disputar vuestra palabra. Este engaño salvará la vida de Eureka, y entonces todos podremos ser felices de nuevo.

— No me gusta engañar a mis amigos — respondió el Hombre de Hojalata —; sin embargo, mi bondadoso corazón me urge a salvar la vida de Eureka, y generalmente puedo fiarme de que mi corazón haga lo correcto. Así que haré como decís, amigo Mago.

Después de pensarlo un poco colocó al pequeño cerdo dentro de su sombrero en forma de embudo, y luego se puso el sombrero y volvió a su habitación a pensar su discurso al jurado.

CAPÍTULO 19: EL MAGO HACE OTRO TRUCO

A las tres el Salón del Trono estaba abarrotado de ciudadanos, hombres, mujeres y niños ansiosos por presenciar el gran juicio.

La Princesa Ozma, vestida con sus más espléndidas galas de estado, estaba sentada en el magnífico trono de esmeralda con el cetro en la mano y la centelleante corona en su bella frente. Tras el trono se erguían los veintiocho oficiales de su ejército y muchos funcionarios de la casa real. A su derecha estaba sentado el estrambótico jurado, compuesto de animales, muñecos animados y personas, todos gravemente dispuestos a escuchar lo que se dijera. El gatito había sido colocado en una gran jaula justo delante del trono, donde estaba sentado sobre los cuartos traseros mirando a través de los barrotes a la multitud que lo rodeaba, con aparente indiferencia.

Y ahora, a una señal de Ozma, el Insectólogo-Maravilla se levantó y se dirigió al jurado. Su tono era pomposo y caminaba de un lado a otro en un ridículo intento de parecer digno.

—Vuestra Alteza Real y Conciudadanos —empezó—: el pequeño gato que veis preso ante vosotros es acusado del crimen de haber primero asesinado y luego comido al gordo cochinito de nuestra estimada Gobernante, o bien de haberlo primero comido y luego asesinado. En cualquiera de los dos casos se ha cometido un grave crimen que merece un grave castigo.

—¿Queréis decir que mi gatito tiene que ser puesto en una fosa? —preguntó Dorothy.

—No interrumpas, niña —dijo el Insectólogo-Maravilla—. Cuando tengo mis pensamientos bien ordenados no me gusta que nada los altere o los ponga en confusión.

—Si vuestros pensamientos fueran algo sólidos no se confundirían —observó el Espantapájaros con seriedad—. Los míos siempre...

—¿Es este un juicio de pensamientos o de gatitos? —exigió saber el Insectólogo-Maravilla.

—Es el juicio de un gatito —respondió el Espantapájaros—; pero vuestra manera de actuar es un suplicio para todos nosotros.

—Que el Acusador Público continúe —llamó Ozma desde su trono—, y os ruego que no lo interrumpáis.

—La criminal que ahora se limpia las patas ante el tribunal —continuó el Insectólogo-Maravilla— ha deseado durante mucho tiempo comerse ilegalmente al gordo cochinillo, que no era más grande que un ratón. Y finalmente urdió un perverso plan para satisfacer su depravado apetito de cerdo. La veo, con el ojo de mi mente...

—¿Qué es eso? —preguntó el Espantapájaros.

—Digo que la veo con el ojo de mi mente...

—La mente no tiene ojo —declaró el Espantapájaros—. Es ciega.

—Alteza —clamó el Insectólogo-Maravilla apelando a Ozma—, ¿tengo ojo de la mente o no?

—Si lo tenéis, es invisible —dijo la Princesa.

—Muy cierto —respondió el Insectólogo-Maravilla haciendo una reverencia—. Digo que veo a la criminal, con el ojo de mi mente, colándose furtivamente en la habitación de nuestra Ozma y ocultándose cuando nadie miraba, hasta que la Princesa se fue y cerró la puerta. Entonces la asesina estaba a solas con su indefensa víctima, el gordo cochinillo, y la veo abalanzarse sobre la inocente criatura y comérsela...

—¿Seguís viendo con el ojo de vuestra mente? —preguntó el Espantapájaros.

—Naturalmente; ¿de qué otra forma podría verlo? Y sabemos que es verdad porque desde el momento de aquel encuentro no hay cochinillo alguno que se encuentre en ninguna parte.

—Supongo que si el gato hubiera desaparecido en lugar del cochinillo, el ojo de vuestra mente vería al cochinillo comiéndose al gato —sugirió el Espantapájaros.

—Muy probablemente —reconoció el Insectólogo-Maravilla—. Y ahora, Conciudadanos y Criaturas del Jurado, afirmo que un crimen tan espantoso merece la muerte, y en el caso de la feroz criminal ante vosotros, que ahora se está lavando la cara, la pena de muerte debería imponerse nueve veces.

El público aplaudió con entusiasmo cuando el orador se sentó. Entonces la Princesa habló con voz severa:

—Prisionera, ¿qué tenéis que decir en vuestra defensa? ¿Sois culpable o inocente?

—Eso es lo que vosotros tenéis que averiguar —respondió Eureka—. Si podéis probar que soy culpable, estoy dispuesta a morir nueve veces; pero el ojo de la mente no es prueba, porque el Insectólogo-Maravilla no tiene mente con que ver.

—No te preocupes, querida —dijo Dorothy.

Entonces el Hombre de Hojalata se levantó y dijo:

—Respetado Jurado y queridísima Ozma, os ruego que no juzguéis a esta prisionera felina sin sentimientos. No creo que el inocente gatito pueda ser culpable, y desde luego no es amable acusar a un almuerzo de ser un asesinato. Eureka es la dulce mascota de una encantadora niña a la que todos admiramos, y la gentileza y la inocencia son sus principales virtudes. Mirad los inteligentes ojos del gatito —(aquí Eureka cerró los ojos soñoliento)—; contemplad su sonriente semblante —(aquí Eureka gruñó y enseñó los dientes)—; fijáos en el tierno gesto de sus blandas y almohadilladas manitas —(aquí Eureka sacó las afiladas garras y arañó los barrotes de la jaula)—. ¿Sería un animal tan delicado capaz de comerse a una criatura semejante? No; mil veces no.

—Oh, abrevia —dijo Eureka—; ya has hablado bastante.

—Intento defenderte —protestó el Hombre de Hojalata.

—Entonces di algo sensato —replicó el gatito—. Diles que sería una tontería por mi parte comerme al cochinillo, porque tuve el sentido común de saber que armaría un escándalo si lo hacía. Pero no intentes hacerles creer que soy demasiado inocente para comerme a un cochinillo gordo si pudiera hacerlo sin que me descubrieran. Me imagino que estaría muy rico.

—Quizá, para los que comen —observó el Hombre de Hojalata—. Yo mismo, al no estar construido para comer, no tengo experiencia personal en esas cuestiones. Pero recuerdo que nuestro gran poeta dijo en cierta ocasión:

—«Comer es dulce placer cuando el hambre exige recibir un manjar sabroso.»

—Tened esto en cuenta, amigos del Jurado, y fácilmente decidiréis que el gatito está falsamente acusado y debería quedar en libertad.

Cuando el Hombre de Hojalata se sentó nadie lo aplaudió, pues sus argumentos no habían sido muy convincentes y pocos creían que hubiera probado la inocencia de Eureka. En cuanto al Jurado, sus miembros se susurraron unos a otros durante unos minutos y luego nombraron al Tigre Hambriento su portavoz. La enorme bestia se levantó despacio y dijo:

—Los gatitos no tienen conciencia, así que comen lo que les apetece. El jurado cree que el gatito blanco conocido como Eureka es culpable de haberse comido al cochinito propiedad de la Princesa Ozma, y recomienda que sea condenado a muerte como castigo por el crimen.

El fallo del jurado fue recibido con grandes aplausos, aunque Dorothy sollozaba miserablemente por el destino de su mascota. La Princesa estaba a punto de ordenar que le cortaran la cabeza a Eureka con el hacha del Hombre de Hojalata cuando aquel brillante personaje volvió a levantarse y se dirigió a ella.

—Alteza —dijo—, ved con qué facilidad puede equivocarse un jurado. El gatito no pudo haberse comido a vuestro cochinito, ¡pues aquí está!

Se quitó el sombrero en forma de embudo y de debajo de él sacó un diminuto cochinito blanco que alzó en alto para que todos pudieran verlo claramente.

Ozma se puso muy contenta y exclamó con entusiasmo:

—¡Dadme mi mascota, Nick Chopper!

Y toda la gente vitoreó y aplaudió, alegrándose de que la prisionera hubiera escapado a la muerte y quedara probada su inocencia.

Mientras la Princesa sostenía al cochinillo blanco en brazos y le acariciaba el suave pelo dijo:

—Poned en libertad a Eureka, pues ya no es prisionera sino nuestra buena amiga. ¿Dónde encontrasteis a mi mascota perdida, Nick Chopper?

—En una habitación del palacio —respondió él.

—La justicia —observó el Espantapájaros con un suspiro— es algo peligroso con lo que entrometerse. Si no hubierais encontrado por casualidad al cochinillo, Eureka habría sido ejecutada sin duda.

—Pero la justicia prevaleció al final —dijo Ozma—; pues aquí está mi mascota y Eureka es una vez más libre.

—Me niego a ser libre —gritó el gatito con voz aguda—, a menos que el Mago pueda hacer su truco con ocho cochinillos. Si solo puede sacar siete, entonces este no es el cochinillo que se perdió, sino otro.

—Cállate, Eureka —la advirtió el Mago.

—No seas tonta —le aconsejó el Hombre de Hojalata—, o puede que te arrepientas.

—El cochinillo que pertenecía a la Princesa llevaba un collar de esmeraldas —dijo Eureka en voz suficientemente alta para que todos la oyeran.

—¡Es verdad! —exclamó Ozma—. Este no puede ser el que me dio el Mago.

—Desde luego que no; él tenía nueve en total —declaró Eureka—; y he de decir que fue muy mezquino de su parte no dejarme comer aunque solo fuera uno. Pero ahora que este absurdo juicio ha terminado, os diré qué fue realmente de vuestro cochinillo.

A eso todo el mundo en el Salón del Trono se quedó repentinamente callado, y el gatito continuó en tono tranquilo y burlón:

—Confesaré que tenía intención de comerme al pequeño cerdo para mi desayuno; así que me colé en la habitación donde estaba guardado mientras la Princesa se vestía y me escondí bajo una silla. Cuando Ozma se fue cerró la puerta y dejó a su mascota sobre la mesa. Al instante di un salto y le dije al cochinillo que no hiciera alboroto, pues estaría dentro de mí en medio segundo; pero a ninguna de estas criaturas se le puede enseñar a ser razon-

able. En lugar de estarse quieto para que pudiera comerlo tranquilamente, le entró tal temblor de miedo que cayó de la mesa dentro de un gran jarrón que había en el suelo. El jarrón tenía el cuello muy estrecho y se ensanchaba en la parte superior como un cuenco. Al principio el cochinito se quedó atascado en el cuello del jarrón y creí que lo conseguiría de todos modos, pero se retorció para pasar y cayó en el fondo profundo, y supongo que sigue allí.

Todos quedaron asombrados con aquella confesión, y Ozma mandó enseguida a un oficial a su habitación a buscar el jarrón. Cuando volvió la Princesa se asomó al estrecho cuello del gran adorno y descubrió a su cochinito perdido, tal como Eureka había dicho.

No había manera de sacar a la criatura sin romper el jarrón, así que el Hombre de Hojalata lo hizo pedazos con su hacha y puso en libertad al pequeño prisionero.

Entonces el público vitoreó con entusiasmo y Dorothy abrazó al gatito y le dijo cuánto se alegraba de saber que era inocente.

—Pero ¿por qué no nos lo dijiste desde el principio? —preguntó.

—Habría arruinado la diversión —respondió el gatito bostezando.

Ozma le devolvió al Mago el cochinito que tan amablemente había dejado que Nick Chopper usara de sustituto del perdido, y luego se llevó el suyo a sus aposentos del palacio. Y así, terminado el juicio, los buenos ciudadanos de la Ciudad Esmeralda se dispersaron a sus casas, muy satisfechos con el entretenimiento del día.

CAPÍTULO 20: ZEB VUELVE AL RANCHO

Eureka quedó muy sorprendida de encontrarse en desgracia; pero así estaba, a pesar de no haberse comido al cochinillo. Pues la gente de Oz sabía que el gatito había intentado cometer el crimen y que solo un accidente se lo había impedido; por tanto incluso el Tigre Hambriento prefería no relacionarse con ella. A Eureka le estaba prohibido vagar por el palacio y la obligaron a permanecer encerrada en la habitación de Dorothy; así que empezó a rogar a su dueña que la enviara a algún otro lugar donde pudiera pasarlo mejor.

Dorothy también tenía ganas de volver a casa, así que le prometió a Eureka que no se quedarían mucho más tiempo en el País de Oz.

La noche siguiente al juicio la niña le pidió a Ozma que la dejara mirar el cuadro encantado, y la Princesa accedió de buena gana. Llevó a la niña a su habitación y dijo:

—Pide tu deseo, querida, y el cuadro te mostrará la escena que desees contemplar.

Entonces Dorothy descubrió, con ayuda del cuadro encantado, que el tío Henry había vuelto a la granja de Kansas, y también vio que tanto él como la tía Em estaban vestidos de luto porque creían que su sobrinita había muerto en el terremoto.

—De verdad —dijo la niña con angustia—, tengo que volver cuanto antes junto a los míos.

Zeb también quería ver su hogar, y aunque en el cuadro no vio a nadie llorando por él, la vista del Rancho de los Hugson le hizo anhelar volver allí.

—Este es un país magnífico y me cae bien toda la gente que vive en él —le dijo a Dorothy—. Pero lo cierto es que Jim y yo no parecemos encajar en un país de hadas, y el viejo caballo lleva rogándome que volvamos a casa

desde que perdió la carrera. Así que, si puedes encontrar la manera de arreglarlo, te lo agradeceríamos mucho.

—Ozma puede hacerlo fácilmente —respondió Dorothy—. Mañana por la mañana yo iré a Kansas y tú puedes ir a California.

Aquella última velada fue tan deliciosa que el muchacho nunca la olvidaría mientras viviera. Estaban todos juntos (salvo Eureka) en las bonitas habitaciones de la Princesa, y el Mago hizo algunos trucos nuevos, y el Espantapájaros contó historias, y el Hombre de Hojalata cantó una canción de amor con su sonora voz metálica, y todo el mundo se rió y lo pasó bien. Luego Dorothy le dio cuerda a Tik-tok y bailó una jiga para entretener a la compañía, tras lo cual la Gallina Amarilla narró algunas de sus aventuras con el Rey de los Nombres en el País de Ev.

La Princesa sirvió deliciosos refrigerios a los que tenían costumbre de comer, y cuando llegó la hora de acostarse de Dorothy la compañía se separó después de intercambiar muchos sentimientos amistosos.

A la mañana siguiente todos se reunieron para la despedida final, y muchos de los funcionarios y cortesanos vinieron a presenciar las impresionantes ceremonias.

Dorothy sostenía a Eureka en brazos y se despidió con cariño de sus amigos.

—Debes volver algún día —dijo el pequeño Mago, y ella prometió que lo haría si le era posible.

—Pero el tío Henry y la tía Em me necesitan para ayudarlos —añadió—; así que nunca puedo estar mucho tiempo fuera de la granja de Kansas.

Ozma llevaba el Cinturón Mágico; y cuando le dio el beso de despedida a Dorothy y formuló su deseo, la niña y su gatito desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Dónde está? —preguntó Zeb, bastante desconcertado por lo repentino del asunto.

—Saludando a su tío y su tía en Kansas, a estas alturas —respondió Ozma con una sonrisa.

Entonces Zeb sacó a Jim, ya enjaezado y enganchado al buggy, y tomó asiento.

—Estoy muy agradecido por toda vuestra amabilidad —dijo el muchacho—, y muy reconocido por haberme salvado la vida y enviarme a casa después de todos los buenos ratos que he pasado. Creo que este es el país más bonito del mundo; pero como Jim y yo no somos hadas sentimos que debemos estar donde pertenecemos, y eso es en el rancho. ¡Adiós a todos!

Dio un respingo y se restregó los ojos. Jim trotaba por el conocido camino, agitando las orejas y batiendo la cola con gesto satisfecho. Ante ellos estaban las puertas del Rancho de los Hugson, y el tío Hugson salió ahora y se quedó con los brazos en alto y la boca abierta de par en par, mirando con asombro.

—¡Cielos! ¡Si es Zeb, y Jim también! —exclamó—. ¿Dónde diantres has estado, muchacho?

—Pues en el mundo, tío —respondió Zeb con una carcajada.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB